SEGUNDA EDICION

ALLENDE

THANK YOU...!

VIVENCIAS PERIODISTICAS
Y PERSONALES

NENA OSSA

Nena Ossa, nacida en Santiago, cursó sus estudios secundarios en el Santiago College. Trabajó en Pan American Grace Airways (PANAGRA); en Western Airlines en California, en W.R. Grace & Co. en Nueva York y K.L.M. en Santiago. Ya casada con Ignacio Bunster Tagle, estudió dibujo y pintura en Chile y Nueva York. Desde 1965 - 1971, escribió entrevistas, críticas, comentarios y eventos culturales para P.E.C. (Política, Economía y Cultura), revista chilena de opinión. 1967 -1968: escribió sobre arquitectura y artesanía rurales para "El Campesino." y, para Radio El Conquistador, su programa "Impresiones de Nena Ossa". 1969 - 1970: mantuvo en Canal 13, bajo su responsabilidad, un programa semanal sobre las artes visuales.

1969: escribió para la revista EVA dos artículos al mes sobre acontecimientos culturales. 1967 -1971: fue corresponsal para La Revista ATLAS de Nueva York.

1970: fue Relacionadora Pública y Agregada de Prensa en el Pabellón de Chile en la EXPO-70 realizada en Osaka, Japón.

Escaneado con CamScanner

Nena Ossa

Allende: Thank you...!

Vivencias periodísticas y personales

Editorial Maye Ltda.

Allende: Thank you...!
Vivencias periodísticas y personales
© por **Elena (Nena) Ossa Puelma**

Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 178.337
ISBN 978-956-8433-24-6

Primera edición de 1.000 ejemplares: Marzo 2009
Segunda edición de 1.000 ejemplares: Mayo 2009

EDITORIAL MAYE LTDA.
Email: almarquez@mi.cl

Impresores:
Imprenta Nuevo Extremo Ltda.
Dr. Carlos Charlín 1530, Providencia.
Solo actúa como impresor.

ÍNDICE

DEDICATORIA

Dedico este libro a mis hijos, Max e Ignacio Bunster, y a todos los chilenos de la generación que nació alrededor de 1950 y que no pisaron aquel Chile nuestro bajo Allende. Ninguno de los que entre ellos conozco, grupo que incluye a mis dos Bunster, se imagina verdaderamente o cree lo que se vivió, a lo largo del país. En especial a partir de 1972 y hasta el 11 de septiembre de 1973.

Nena Ossa
Diciembre de 2008

INTRODUCCIÓN

Escribo recordando el viernes 6 de febrero de 1970, fecha en que en Corral se celebró con pompa y majestad el aniversario 150 de la toma del puerto y de Valdivia por Lord Thomas Alexander Cochrane y sus compañeros Beauchef y Miller. Día tan glorioso como la toma misma. Brillaba el sol como nunca, convirtiendo en azul vivaz las aguas del río y las radas. Escoltados por Joaquín Holzapfel, el intendente de Valdivia, asistieron los embajadores de Gran Bretaña, Francia y España y un racimo de las más altas autoridades del país: Gabriel Valdés, ministro de Relaciones Exteriores; Sergio Ossa Pretot, ministro de Defensa; almirante Fernando Porta, distinguidos oficiales de la Armada chilena, William Thayer, rector de la Universidad Austral, algunos sacerdotes, Pablo Neruda, Alberto Bambach, descendiente directo de Beauchef, y Douglas Cochrane, especialmente importado

desde Londres. Luego de un simulacro de la toma, que se dijo resultó idéntica —aunque con barcos muy distintos a los que tomaron parte en 1820—, y de una destacada ceremonia, se sirvió un almuerzo con empanadas y vino tinto bajo una improvisada ramada. Con todo, la nota más maravillosa de ese día fundamental fue la llegada al atardecer de los gaiteros del Royal Scots Grey Regiment, ataviados en tartán rojo y negro y altos cascos de piel negra. Desfilaron con su paso marcial, adelantados por David Le Seour, el capitán del regimiento, de uniforme negro y charretería plateada. Lo acompañaba un airoso coronel de idéntico atavío.

Al día siguiente o subsiguiente, Joaquín Holzapfel y Cecilia Ossa, su mujer, ofrecieron un almuerzo a tan importantes asistentes y a sus amigos en el jardín de Molco, su fundo vecino. Fue ahí que, mientras Matilde Romo y yo conversábamos con David Le Seour a la orilla del estanque-piscina, David nos preguntó: —«¿Qué es Chile? ¿Una democracia? ¿Una república? ¿Existe verdadera libertad?». —«Una democracia. La prueba está aquí —respondimos al unísono—. Ministros, en traje de baño, que pertenecen a un gobierno democratacristiano. Más allá, Pablo Neruda, el más importante poeta de habla hispánica, y hasta hace muy poco candidato a la presidencia de la República».

—«¿Un poeta candidato? ¿De qué tendencia?».

—«Comunista» —respondimos.

—«¿Comunista? ¿Y los de allá?».

—«Son los máximos representantes de la Marina».

—«¿Y ustedes y aquellos otros?» —insistió David.

—«Algunos de ideas centristas. Los más, de derecha».

—«¿Y están todos aquí juntos?».

—«Así es Chile —señaló Matilde—. Los colores políticos no interfieren en la amistad. No la borran...» —Inocentes palomas, no nos imaginábamos que siete meses después, cuando asumió Salvador Allende, esas palabras se las comenzarían a llevar vientos huracanados.

I

JAPÓN Y CHILE

Septiembre 1970 - Junio 1971

Septiembre 5, 1970, 9:00 a.m., hora de Japón.

Sonó el teléfono del departamento donde viví aquellos tres meses que fui la *press attaché* del pabellón de Chile en la EXPO '70, situada en Senri, condado de Osaka. Llamaba uno de los representantes de prensa ante la EXPO, periodista del —en esos días— diario más importante de Osaka.

—"Mrs. Ossa?".

—"Yes...".

—"I have bad news for you... Mr. Salvador Allende was elected President of Chile".

Quedé paralogizada.

Mi silencio lo alarmó: —"Are you there? Are you well?". Con voz salida de ultratumba, le agradecí su gentileza.

¿Por qué me afecta tanto —pensé—, si yo sabía que Allende sería elegido? Lo hablamos tantas veces en mayo y junio con Tito Mundt, ese brillante periodista que «veía» debajo de las piedras, arriba de los árboles y en la olas del mar... Aunque mi alma se negaba a creerlo, lo sabía. Lo escribí. Se publicó en la edición de agosto de 1970 de *ATLAS*, por entonces revista mensual de Nueva York, de la que fui su corresponsal en Chile:

"RED SUNSET IN CHILE? Chile will go communist before 1970 flickers out. That's the word from some close observers of slippery events in the far-south Latin American country. Quote from a Chilean military man is that 'the army could not cope with the internal left', much less a Castro engineered revolution. Leading citizens are so disturbed that they are getting their money out of the country fast, risking jail sentences to do it".

Nuevamente suena el teléfono. Llamaba Eladia Mesa, la secretaria de Sergio Silva Piderit, diplomático y *commissaire* a cargo del pabellón chileno en la EXPO '70.

—«¿Nena?».

—«Ya lo sé», dije antes de que continuara.

—«¿Estás bien? Sergio me pidió que te llamara y dijera que no vayas a la oficina si no te sientes bien. Te propongo que vamos a tiendas en Osaka para que pienses en otra cosa».

Me vestí con lo primero que pillé y ni siquiera me pinté los labios. Eladia llegó a buscarme y tomamos el tren a Osaka, que yo no conocía. Me hizo bien, y al poco rato nos fuimos en otro tren a la oficina, situada a cuatro metros del pabellón chileno. Sergio Silva no estaba y a la secretaria japonesa no le podía importar menos el asunto Allende. Las dos lindas chilenas, que junto con el grupo de diez japonesas recibían a los cientos de visitantes diarios, estaban demasiado ocupadas. Se me comenzó a ir el ánimo a los pies.

A las 6 p.m. llegó Jurg Andermatt, el joven fotógrafo suizo que trabajaba para nuestro pabellón. Inteligente, creativo, sensitivo y excelente amigo. —«¿Qué haces aquí, despeinada y con esa cara de funeral? ¿Se te olvidó que hoy eligen a Miss EXPO? ¿No vas a ir a la gran recepción? Nena, tienes la obligación de estar ahí. Tu jefe es uno de los 15 del jurado, ¿Se te olvidó también?».

Me semipeiné y partí, y por supuesto que llegué retrasada. Desde la escalinata del ingreso observé que las mesas estaban repletas de asistentes. Todos y todas, elegantísimos y elegantísimas. Yo, hecha un guiñapo. Me sentí morir. Felizmente, siempre permanece cercano mi ángel de la guarda. El jovencísimo *press attaché* del pabellón de Suiza se levantó de su mesa y me fue a buscar. —«Siéntese con nosotros», me propuso, agregándome al oído: —«Ya supimos la noticia. Me imagino cómo debe sentirse...». Casi me puse a sollozar.

De pronto vino el intermedio del desfile de las más atractivas misses de la EXPO, elegidas entre aquellas que trabajaban para la mayoría de los 70 pabellones. Divisé a Eladia afirmada contra un muro cercano a la pasarela, alrededor de la cual permanecían sentados los 15 miembros del jurado. Entre ellos,

Sergio Silva y Miroslav Galûska, el *commissaire* del pabellón de Checoslovaquia, quien, al verme en ese momento, al lado de Eladia, se levantó, se acercó y, desde su altura cercana al metro ochenta y seis, me preguntó: —"How are you?".

—"All right... thank you, Miroslav...", y al decírselo mirándole su rostro, vi que se le llenaban los ojos de lágrimas. A él. No a mí.

Conocí a Miroslav Galûska a los pocos días de llegar a Japón, a comienzos de junio de 1970, invitada por *Canadian Pacific,* para escribir a Chile sobre la denominada EXPO '70. Inicialmente fui por 15 días, pero quiso el destino que Loreto Herman, periodista santiaguina de 24 años, que fuera nombrada *press attaché* del pabellón chileno, se enamorara de Ramsay Short, un atractivo británico. En ese momento Short terminaba de filmar para la BBC de Londres un programa sobre la EXPO, con Peter Ustinov, el famoso actor, como personaje central. Casi al minuto de conocerme, enamorado perdidamente de Loreto, como estaba, de rodillas comenzó a rogarme que me quedara en el puesto de su amor. Quería llevársela de inmediato a Londres. No esperar hasta el 13 de septiembre, día que marcaría el fin de la EXPO: —«Nena, si no me la llevo ahora, yo sé que no la veré más. Y ella no quiere romper el contrato y dejar a Sergio Silva sin *press attaché...*».

Conociendo a Loreto, me dije que Ramsay tenía toda la razón. Loreto y Ramsey se lo propusieron a Sergio; él aceptó, pero yo lo pensé dos días, sintiéndome partida en dos: la amistad que me unía a Loreto o volver a Chile a votar por Jorge Alessandri el 4 de septiembre. Ganó un tercer elemento: las dos compañeras de departamento de Loreto, Gigi Monn (22 años) y Angélica Donoso (18 años). Ambas, de ro-

dillas también, me rogaron sin cesar: —«Nena, quédese, por favor. No queremos que nos metan en la pieza de Loreto a alguien que comience a controlar y criticar lo que hacemos. Por favor, por favor, por favor». Tan bonitas que eran, tan encantadoras y tan cariñosas. No pude decirles que no.

Y así fue como, al día siguiente de partir Loreto a Inglaterra, me tocó a mí ser anfitriona, junto con Sergio, de la gran recepción que dio Chile en su pabellón. Durante algún momento de los siete meses de duración de la EXPO '70, cada país tenía el deber de dar una recepción para las autoridades, los *commissaires* y los amigos. La organización de la fiesta recayó en Loreto antes de su partida, pero a mí me tocó recibir y atender, y, muy importante, darle la receta del pisco *sour* a los mozos del restaurant del pabellón de Checoslovaquia. Estaban ellos a cargo, en préstamo, de preparar los tragos y organizar los comestibles. «Cuatro por uno», les expliqué.

—«Preocúpate tú, por favor, del *commissaire general* de Checoslovaquia, que viene entrando con su familia», al poco rato me dijo Sergio. Me acerqué al señor Galûska y le ofrecí un pisco *sour*, qué mejor. Fui a pedírselo al mozo checo dedicado a preparar los *sours* en una vasija de cobre enorme, como aquellas en que nuestras madres y abuelas, revolviendo y revolviendo, preparaban el dulce de membrillo. —«Un pisco *sour* por favor... para su jefe», le dije.

—«¡Ah!, el señor Galûska... trátelo muy bien, lo queremos mucho y no sabemos lo que va a pasar con él».

—«¿Qué le puede pasar?», le pregunté.

—«Era un destacado hombre de Dubcek...».

Conversamos con Miroslav de Chile, de mi periodismo sobre arte y cultura, de las elecciones que en Chile se nos venían encima y del éxito que había sido en 1968 el pabellón de Checoslovaquia en la EXPO de Canadá, que fuera ideado, organizado y dirigido por él. Y lo mucho que le gustó el pisco *sour*, que no conocía. Cuando iba yo aún en el primero y él por el tercero, le pregunté cuál sería su trabajo una vez que volviera a su país. —«No quiero pensar en ello, lo único que quiero es morirme...», fue su respuesta.

—«¿Cómo puede decir eso, con una señora tan buenamoza? La estoy mirando. ¿Y esos dos hijos maravillosos, que se ven de la edad de los míos?».

—«Lo sé, pero quiero morirme...».

—«Pero, ¿qué edad tiene usted?».

—«Cuarenta y siete. Ha sido un gran placer conocerla, pero, ¿sabe?, mejor me voy. Si quiere visitar nuestro pabellón, avíseme. Me gustaría mostrárselo personalmente». Me dio su tarjeta y se fue.

—«¿Qué pasó? ¿Qué le dijiste?», me preguntó Sergio, preocupadísimo.

—«Nada, Sergio, deben haber sido los pisco *sour*... Se tomó tres».

—«Nena, ¡si es pisco de exportación de 52º!».

Con razón ya estaba comenzando la fiesta a todo dar. La música la aportó el pabellón de Cuba. Las luces y todo lo electró-

nico, los británicos; sillas y mesas, los colombianos; los comestibles, el pabellón belga. El mundo de la EXPO era el mundo de la amistad. La fiesta chilena duró hasta el amanecer.

Tres o cuatro días después llamé a Miroslav Galûska para visitar su pabellón y escribir sobre él a Chile. Espléndido pabellón. Ingenioso. Transparente. Muros de cristal de suelo a techo hacia el exterior. Cristal checo. Obras de arte de dimensión, contemporáneas, significativas, no más de una docena, que Miroslav me fue explicando. Cada una representaba un aspecto de la historia de su país. Tiempos felices, la guerra, la calma, el dolor. Y al final, saliendo al aire libre, una figura en bronce, porte natural, de un muchacho espigado, bello, con un brazo en alto llevando una antorcha encendida. Cerraba la exposición. Me recordó algunas esculturas italianas del siglo XVI. «Esta, que se me obligó a colocar, representa lo que el gobierno actual asegura que simboliza la Checoslovaquia de hoy», me dijo con clarísima ironía.

Nos despedimos y no lo vi más hasta ese 5 de septiembre, hora de Japón, en que se le llenaron los ojos de lágrimas... sin que él hubiese tomado pisco *sour*. Eso sí, me llamó por teléfono a los dos días de la entrevista en su pabellón. Me había ido por el *weekend* a Kioto y no supe cómo consiguió saber dónde me estaba alojando, pero logró contactarse. —«Nena, quisiera pedirle algo...».

—«Lo que usted quiera...»

—«Por favor, no publique las últimas palabras que le dije. ¿Las recuerda?».

—«No se preocupe. Las recuerdo muy bien y subentendí que debía olvidarlas».

***

Pasaron volando las horas y las semanas. Las horas y semanas más cautivantes que pueda recordar. Ello, además del gran interés de cada uno de los pabellones, en especial los japoneses (Hitachi, Mitsubishi, Fuji, Toshiba, IHI). No poseían la belleza del pabellón checoslovaco o del de Canadá, pero sí anunciaban fórmulas futuristas de vida, de cine y de arquitectura. Pabellones imaginativos e insuperables. Agreguemos que al alcance estaba Kyoto, con sus templos y el jardín de piedra Ryoan-ji, sus montañas y sus extensos bosques de bambú. Al alcance también estaba el mar de Japón, que cruzamos en barco con Angélica Donoso hasta la ribera norte de Kiusiu, llegando luego en tren hasta Fukuoka con su cercano Castillo. Y a la vuelta detenernos en Hiroshima y en el santuario Itsukushima con su torii de pilares que, cuando sube la marea, quedan semihundidos en el mar. Y la pequeña, tranquila, amistosa Tenri, ciudad hermana de Viña del Mar, que fuera en tiempos ya remotos la primera capital de Japón. Inolvidable cada lugar, cada templo, cada detalle. Amé al país. Pero llegó el 5 de septiembre, que, aparte de nublar temporalmente mi fascinación, me reveló una interesante verdad: Los cuatro o cinco cubanos que se habían hecho tan amigos de Sergio y entraban y salían del pabellón chileno como si fuera su casa, dejaron de saludarme y si se encontraban conmigo me daban la espalda. —«Sergio, ¿alguna mala palabra?».

—«Nena, representan al gobierno de Fidel y lo saben todo de todos. El que tú escribas para *P.E.C.* te convierte en enemiga».

A Miroslav Galûska, de parte de Sergio Silva y mío, le llevé el 13 de septiembre a su pabellón dos botellas de vino chileno. «No está...», me dijo la secretaria. Le dejé el vino. Sin embargo, al salir de su oficina, desde la cafetería checa que estaba a un costado de la oficina, me divisó Miroslav y salió

a buscarme. —«Nena, ¿le importaría mucho si le presento al representante del gobierno de Praga? Ha venido a recibir la entrega de nuestro pabellón».

«Encantada», dije, y nos sentamos en un ambiente semioscuro a tomar un café. No recuerdo el nombre del representante. Sí su rostro. De unos 35 años, delgado, de pelo oscuro, piel muy clara y ojos negros penetrantes, de mirada severa. —«Quisiera hacerle una pregunta sobre su nuevo presidente, el señor Allende», me dijo.

—«Lo que quiera...».

—«En su opinión, ¿cómo lo describiría...?».

—«Un *playboy*», respondí instantáneamente, para el espanto facial de ambos.

—«¿Por qué un *playboy*?».

—«Bueno, es muy mujeriego, le fascina el licor fuerte, los cigarrillos habanos y le encanta vestirse muy elegante. Impecable, lo usual en los *playboys*».

—«Pero ello no quiere decir que no pueda gobernar. ¿Cuál es su opinión en ese sentido?».

—«Que no va a poder gobernar...».

—«¿Cómo?».

—«Lo que dije. Ha sido candidato a la presidencia cuatro veces: 1952, 1958, 1964 y ahora. Durante todos esos años le ha prometido tanto, tanto, al pueblo chileno, que no lo va a poder cumplir. Por otro lado, si no están contentos, los chilenos son bastante inmanejables.

—«Existen métodos para manejarlos...».

—«Olvídelo, no servirían para nada en Chile...».

Fin de la conversación. Se pararon, Miroslav me acompañó hacia afuera y me entregó una botella de *slivovica*. «Se la tenía guardada», me dijo abrazándome y nunca más supe, directamente, de él. Y nunca supe de qué sector de mi cerebro extraje las respuestas dadas al representante de un país que en aquellos años aún permanecía fuertemente amarrado a la órbita de Moscú.

Dos días después regresé en tren a ese Tokio pleno de un ajetreo imparable, curiosamente más revitalizador que agotador. Me fui a despedir de Janusz Pastuszinsky, representante de *Canadian Pacific* en Japón, quien había vivido varios años en Chile trabajando para *Braniff* y no le estaba cabiendo en su cabeza que se hubiese elegido a Allende. Me preguntó si lo conocía. —«Sí...», le respondí.

—«Cuéntame».

—«Lo conocí porque por allá por los años 1952/53 pololeaba con mi amiga María de las Mercedes, a quien veía bastante seguido a pesar de ser ella varios años mayor que yo. Inteligente, fina, de temple y, aunque desafiante, siempre vital y sonriente. Optimista, pero reservada. Soltera, ya sin remedio».

—«Fíjate, Nena —me dijo un día—, yo que creía que había dado vuelta la página, a estas alturas me he vuelto a enamorar».

—«¿De quién?», le pregunté.

—«No te lo puedo decir, lo comprometería a él».

Pero quiso la casualidad que los viera juntos en la oficina de María de las Mercedes y, por las miraditas mutuas, no me cupo duda de que Allende era el elegido. Comprendiendo ella rápidamente que yo ya lo sabía, me rogó que la acompañara al Congreso a tomar té con don Salvador, senador y ya una vez candidato a la presidencia de la República. No se atrevía a ir sola. Fuimos dos veces, a escucharlo en las sesiones senatoriales y a tomar té alrededor de esas mesas redondas del comedor del antiguo Senado, con sillas para

unos ocho. Poco después, María me pidió que los invitara juntos a comer a mi casa. Con Ignacio, mi marido, y los dos niños vivíamos casi en la cumbre del Cerro San Luis, con una vista espectacular. «Quiero que Salvador sepa que Santiago, aparte del San Cristóbal, tiene cerros con tan linda vista como los de Valparaíso».

—«Bueno, Nena, dime cómo era Allende, qué decía...», me insistió Janusz Pastuszinsky.

—«Simpático. No a matar, pero que era simpático, sí lo era. Inteligente y sabía muy bien deslizar sus ideas. Por suerte, supe contradecirlo. Discutimos los dos toda la noche, con Ignacio y María de las Mercedes tomando palco. Para mi sorpresa, ya que la política no era entonces ni por asomo mi tema, le combatí con fervor sus puntos de vista sobre las minas de El Teniente y Chuquicamata y también las perfidias -según él- del capitalismo. No recuerdo qué más... salvo que había que tener premisas muy nítidas y firmes para no caer en el silbido sibilino de su algo cursi sonreír. Lo que sí recuerdo claramente es que esa noche reafirmé mi convencimiento de que por un candidato de la izquierda no iba a votar jamás».

***

En 1970, volando desde Tokio hacia Vancouver en un DC-6, sobraba tiempo para dormitar, divagar y recordar. Japón se me fue quedando en una suave nebulosa, mientras mis pensamientos se deslizaron hacia la Luz Donoso Puelma, mi prima hermana, con quien durante nuestra niñez y adolescencia estuvimos tanto juntas. Hasta los 10 u 11 años en nuestros largos veraneos en el fundo, cerca de Mulchén, de nuestro abuelo, don Francisco Puelma Tupper, más tarde en

Zapallar y, desde luego, en el Santiago College. Estábamos en el mismo curso, aunque, a decir verdad, Luz en el grupo de las inteligentes y yo en las así, así, nomás. Era tan bonita y tan querible mi prima.

¿Qué estará haciendo?, me comencé a preguntar. ¿Bailando por las calles, pletórica de alegría por el triunfo de Allende? ¿Riéndose a gritos de los momios como yo? ¿Qué nos condujo a caminos tan distintos en la vida? ¿Por qué, aunque en ningún instante dejé de tenerle un gran cariño, nos convertimos en el agua y el aceite? ¿Fui yo más Ossa que Puelma y ella más Puelma que Donoso?

Los Ossa Lynch, católicos todos, confiables, agradables y recelosos de los cambios sociales, se desplazaban protegidos por una formal y precisa manera de ser. En cambio, el Dr. don Francisco Puelma Tupper, mi abuelo por parte de mi madre, fue un brillante médico, masón devoto del positivismo y en algún momento diputado. Hombre de avanzada en medicina y en la política, eligió ser radical en tiempos en que ser radical era profundo pecado social. Resultado: demoró varios años en concretarse el matrimonio Ossa Puelma. Exigencias las hubo de ambos lados: «A esta casa no entra nadie que no sea profesional...», fue el veredicto de don Francisco, a quien mi mamá adoraba. Y firme el bando contrario: «Si no es católica, de ninguna manera aceptaremos a tu Emilia...». Pero como el amor enfrenta toda suerte de escollos, mi padre estudió la carrera de leyes completita y mi madre se bautizó y convirtió al catolicismo.

La que no se convirtió al catolicismo fue Elena Puelma Yungue, la hermana de mi mamá, madrina mía y mamá de la Luz. Rebelde por naturaleza, ya casada y madre de tres hi-

jos, entró al Partido Comunista por allá por 1925, que era por entonces para cierta juventud algo parecido a lo que fue convertirse en *hippie* en los años 70. Pero doña Nena, a quien le debo el que me nombraran Elena y que, al igual que a ella, siempre me denominaran Nena, tomó muy en serio lo del comunismo y se aferró a él por el resto de su vida, que fue larga. Avasalladora como era, con el tiempo arrastró al partido a su hija Luz y a una importante lista de sus juveniles amistades. La verdad es que la casa de mi madrina hervía de comunistas o simpatizantes de izquierda, chilenos y extranjeros. En general, gente atractiva, aguda y muy culta. Mi mamá, esencialmente femenina, soñadora y enamorada del amor, flotaba por encima de la política, pero la atraía a morir el ambiente literario y filosófico que se producía en casa de su hermana. Mi papá, a quien le sobraba inteligencia, lo tomaba todo y a todos como algo bastante entretenido, pero que muy poco tenía que ver con él.

Vivíamos en el barrio alto, que en esos tiempos terminaba en el canal San Carlos y asustaba su buen poco a la familia de mi papá: «Pero, Eugenio, los niños se van a educar entre puros extranjeros...», fue el veredicto de mis tías Ossa cuando nos trasladamos desde Vicuña Mackenna, donde nací, a vivir a Providencia con Lyon, luego a Margarita con Villaseca, luego a Villaseca con Pío X y luego también a Luis Thayer Ojeda con Pío X. Maravilla de barrios. Éramos libres con mi hermano y los tres Donoso Puelma, sumados a los amigos, casi todos de familias europeas, que fuimos agregando. Se podía bicicletear por todos lados sin temor alguno a los *Ford* modelo T, a los *Nash*, algún *Packard* convertible o un elegante, largo, enorme, *Chrysler* que pertenecía a un italiano muy serio y amable con los niños que vivía en Villaseca esquina de Lota. Gellona creo que era su apellido. Tampoco existía, que supiéramos o nos advirtieran, el peligro de delincuen-

tes o pederastas. Fue un bicicleteo libre de acompañantes adultos, que mi papá supo aprovechar. A mi hermano, cuatro años mayor que yo, y a mí nos instó varias veces a salir en bicicleta a repartir sobres, de casa en casa, con material subversivo de la Milicia Republicana. Textos impugnando el primer gobierno del general Ibáñez y, sin entender nada, yo aplaudí feliz cuando Ibáñez cayó.

Lo que no llegué a saber, ni entonces ni después, es si, cuando cumplí 12 o 13 años, mi papá prohibió terminantemente que yo visitara la casa de los Donoso Puelma para alejarme del comunismo o de los amoríos que eran aparentemente asunto generalizado dentro del grupo que se reunía en la casa de ladrillo a la vista de la avenida Suecia con Lota. Mi mamá obedeció la orden, pero durante las vacaciones de invierno del Santiago College, con ocasión de los días de fiesta alrededor del 18 de septiembre y parte del mes de diciembre, arrastraba conmigo a los lugares más inusitados. Uno era el café Santos, el original, situado bajo el teatro Central en Huérfanos, entre Estado y Ahumada, vereda sur. Si la memoria me acompaña, eran los jueves que ahí se reunía a tomar té un grupo de marxistas, al que también asistía de vez en cuando mi madrina Nena. Se reunían no más de siete u ocho, cuyos rostros recuerdo, pero solo el nombre de Marcos Chamudez me quedó grabado, por entonces la «estrella» joven del Partido Comunista. Y «estrella» de los encuentros en el café. Se hablaba de todo y de todos, pelando o celebrando lo contingente. Stalin, la palabra santa. ¿Yo? Ponía poca atención. Lo que me atraía eran las paneras con las hallullas, su mantequilla exquisita y sus helados de piña.

Tampoco supe si mi papá fue informado de otra de las ocurrencias de mi mamá y doña Nena. Me arrastraron vestida de española, con manto y peineta, a bailar arriba de una lar-

ga mesa instalada en una kermés pro el partido que se realizó en un local enorme, semi al aire libre, en las cercanías de la Pérgola de las Flores. Recuerdo de los tiempos en que la pérgola permanecía en su sitial original al lado de la Iglesia de San Francisco. Inolvidable. Me negué y me negué, pero igual, con los atavíos españoles puestos, me subieron arriba de la mesa al comenzar los compases andaluces. Miré a mi alrededor, percibí un sartal de miradas libidinosas de los altos jefes del partido y me bajé furiosa. Adiós baile, adiós kermés y adiós, adiós, a todo lo que fuera comunista, salvo las hallullas, la mantequilla y los helados del café Santos.

***

Después de Tokio, Vancouver fue un golpe al reverso. Esa bellísima ciudad no la vi. Me detuvo la mirada el choque racial. ¡Qué contraste! Nada había parecido a los muros de peatones japoneses en perpetuo movimiento, todos muy derechos, vestidos de traje negro, camisa blanca y corbata oscura; o de aquellas jóvenes y menudas japonesas de pelo azabache liso, recto, de vestidos igualmente rectos y una que otra reminiscencia del kimono. En Vancouver divisé gente alta, baja, demasiado gorda, flaca, colorina, rubia, con barba o sin ella, de cabellos cortos, crespos, con moños o sueltos hasta la cintura y de espaldas agachadas, minifaldas, *blue jeans, shorts* y camisas a todo color. Se me había olvidado el desorden físico y el del vestir de los occidentales, parecido al mío. Observarlos me volvió a la realidad. Comprendí que tenía que agarrar fuerzas para enfrentar la llegada a Santiago, y que esa fuerza me la iba a dar el ver a Max, mi hijo mayor, en la Universidad de Notre Dame en Indiana y estar con Ignacio, el menor, en la Universidad de Miami. Obligatorio fue, además, volver a Ciudad de México a retomar el vuelo de *Canadian Pacific* hacia Santiago.

Ocho días había estado en México, en mi viaje de ida a Japón, en casa de Pablo Burchard y Lina Contreras, la encantadora, buenamosísima hermana de la tan famosa *Payita*. A Pablo, arquitecto, pintor y a quien el gobierno de Frei nombró de agregado cultural en México, y a su hermana, la Cuca, pintora también, los conocía desde muchos años. Excelentes amigos eran ambos. Igual Lina, a quien conocí a través del arte cuando ella aún estaba casada con Flavián Levine y habían comprado El Cañaveral hacía poco a los herederos de Ignacio Tagle Valdés, arquitecto y dueño de ese increíblemente espectacular lugar situado entre lomajes y con el río Mapocho que tronaba saltando de piedra en piedra a sus pies. Ignacio Tagle diseñó y construyó la casa entre los años 43 y 44 y allá se fue a vivir. Por ser primo de mi marido y gracias a su infinita generosidad, cuando nos casamos nos abrió las puertas de su El Cañaveral, que pasó a ser algo así como nuestro segundo hogar, y Nacho, como todos le decían, un amigo verdaderamente inolvidable. Murió relativamente joven y nunca más había vuelto yo a pisar El Cañaveral. Me dolió ir, pero Lina, que se quedó con El Cañaveral al separarse de don Flavián, supo darle vida y borrar las nostalgias que me acongojaron cuando volví. Amigas como nos hicimos, me invitó bastante seguido a reuniones a las que llegaban todas sus amistades, que eran muchas, Salvador Allende con Hortensia Bussi, entre ellas. Y *Payita*, por cierto, con su marido. Fue ahí, en El Cañaveral y en casa de otros amigos comunes donde volví a estar cerca de Salvador Allende. Digo cerca, porque durante las tres o cuatro veces que nos encontramos, él evitó tener que saludarme. También lo evitó en la fiesta, relativamente íntima, del matrimonio de la hija de *La Payita*, a la cual asistí. Diría que para él yo era un anatema, seguramente porque escribía en *P.E.C.* o acaso porque no quería tocar el tema de María de las Mercedes.

No así Hortensia, *La Tencha* para sus amigos. Ella, siempre amable, siempre muy señora y tantas, tantas, veces sola. En

conciertos e incluso en El Cañaveral. Recuerdo, además, muy bien la tarde en que Lina, que se había casado por poder con Pablo, partió a México a juntarse con él. Sus amigas fuimos en grupo a despedirla a Pudahuel, donde a las únicas dos personas a las que las autoridades permitieron acompañar a Lina hasta los pies de la escalera del avión fue a Hortensia Bussi y a mí. A ella por ser la señora de un senador y a mí por ser periodista. Al cerrarse la puerta del *Boeing*, abrazadas nos pusimos a sollozar largo rato.

El aterrizaje en México post Japón fue mi primer encuentro o golpe real con los efectos que en amigos chilenos produjo la elección de Allende. Lina y Pablo estaban desolados. Desolados y enojados. Pablo, furibundo. Lina, queriendo viajar a Santiago a arreglar y velar por El Cañaveral, por la casa de Pablo en Santiago y la que se había construido en El Pangue de Zapallar. «A mí no me llevas a Chile estando ese imbécil de presidente. Va a destruir la economía... ya van a ver... Si tú quieres ir, vas sola...», declaró un inamovible Pablo.

—«Nena —dijo Lina—, no lo puedo convencer. Voy a tener que ir sola porque la *Paya* quiere quedarse con El Cañaveral y me ofrece por él una porquería de plata...».

Estuve con ellos un día y dos noches, en que no se habló de otra cosa que no fuera la destrucción del vivir general que se vislumbraba para Chile.

***

Aterrizar en Santiago a comienzos de octubre de 1970 fue equivalente a llegar a otro país. Familias enteras, de todas edades, se paseaban con rostros fúnebres mientras organizaban sus quehaceres para irse a vivir fuera de Chile. Va-

rios y varias ya habían partido, a Buenos Aires y a España, principalmente, y solo uno que otro a Estados Unidos. Marcos Chamudez fue el primero en irse, obligado por Marta Vergara, su mujer. «Nena, qué otra cosa iba a hacer. Fue el único al que Allende se refirió con nombre y apellido en su discurso nocturno del 4 de septiembre». Por su lado, «Allende me las va a pagar...», me declaró mi amiga periodista, la María de la Luz Marmentini, quien, como tantos otros, estaba aún dividida en dos. «¿Me quedo? ¿Me voy? ¿Sigo a mi marido y toda su familia, en total 30, a Australia?». «En un país marxista no vivo ni loco....», había decidido él de inmediato. Y a los pocos días se fueron todos, con María de la Luz también. Quedé inmovilizada en un Santiago gris, revuelto, patas arriba, en estado de *shock*. Durante una semana vagué de casa de amigos a casa de otros amigos, sin saber si era yo o un fantasma el que vagaba.

Durante ese ocioso andar, en la calle Bandera me topé con Eladia Mesa, a quien no había visto desde que abandonamos Japón. Contentas de vernos, nos detuvimos a conversar y, ¡oh, coincidencia!, apareció a nuestro lado uno de los amistosos cubanos que en la EXPO '70 me dieron vuelta la espalda al día siguiente de la elección de Allende. Pletórico de sonrisas, nos abrazó a las dos: «Quién iba pensar en Japón que me enviarían a Santiago. No dejen de llamarme...», dijo risueño y encantado, pasándonos dos tarjetas con el número del teléfono de su embajada. «Espero verlas», agregó, y siguió su camino. Pensando en lo interesante que sería entrevistarlo, lo llamé varias veces, dando mi nombre, pero luego de repetitivos «no está», «salió», «no trabaja más aquí», lo archivé en el álbum del olvido. Supongo que con Eladia sí se vieron, ya que años más tarde descubrí que entonces, y después, Eladia era, solapadamente, activísima miembro del Partido Socialista.

Con todo, el encuentro con el cubano me trajo a la memoria la ansiedad con que durante las primeras dos semanas de enero de 1950, en Zapallar, mis primos y su set de amigos marxistas, entre ellos Cristián Casanova, día a día esperaban que dieran las 2:00 de la tarde. A esa hora precisa llegaba la micro que desde Papudo traía la prensa de cada día. Lo primerísimo, para ellos, era leer y requete leer las noticias sobre Fidel Castro y sus fusilamientos en el paredón. ¡Cómo aplaudían! Los escuché y los vi: «Van 321 fusilados», «van 570», «van 833», «llegaron a 1.000«, «a 1.750...», y más y más cada tarde. Bastó ese recuerdo —sumado a la típica frase de los comienzos del gobierno de Allende de varios optimistas: «No te preocupes, Nena, si en Chile nunca pasa nada»—, para que me dijera a mí misma: «Ponte las pilas. No más andar penando».

Comencé de nuevo a escribir mi columna *En su Mundo*, sobre arte y cultura, para *P.E.C.* De a poco. Sumado a ello, mi gran amiga Nella Martin, al verme tan perdida, me invitó a ir con ella, su marido y su hijo de unos veinte años, a la Argentina. «Nena, cambia de aire, ven con nosotros, nos vamos a Mendoza, a Córdoba, a Rosario y Buenos Aires. Vamos a estudiar qué posibilidades hay de irnos a vivir a la Argentina. Estaremos fuera unas dos semanas y volvemos». Genial, pensé, y me subí a un enorme *Mercedes* el 21 de octubre, o sea, al día siguiente del asesinato del general Schneider, sobre el que aún no sabíamos claramente los detalles. Sí se aseguró contundentemente por la prensa, la radio y la TV, que andaban hasta sabuesos en busca de los culpables, de nombres y apellidos conocidos. Que se habían dado órdenes de cerrar todos los pasos hacia la Argentina y de revisar autos, camiones y hasta carretelas que cruzaran las barreras de las rutas que llevaban fuera de Santiago. ¡Qué lata!, nos vamos a demorar mucho más de lo que suponíamos en llegar a Mendoza, nos dijimos. Pero no, señores. Enfilamos por

caminos bastante vacíos hacia Los Andes, ruta en la que la única barrera existente esos días se encontraba a la bajada de la cuesta de Chacabuco. Permanecía totalmente abierta y nadie nos detuvo. Al contrario, recibimos un cariñoso saludo y buenos deseos: —«Que les vaya bien...».

No esperábamos la misma complacencia en el paso Los Libertadores. Pero, ¡vaya tremenda sorpresa!, los serios oficiales de turno resultaron ser igual de atentos. Mientras revisaban los cuatro carnets, nos preguntaron: —«¿Por cuánto tiempo van a la Argentina? ¿Llevan algo especial?».

—«Nada, las maletas solamente...».

Y con un «Sigan y que lo pasen bien...», nos despidieron sin abrir el enorme maletero del *Mercedes*, donde habrían cabido hasta dos de los jóvenes involucrados en el caso Schneider. —«Bueno —pensé y dije—, es obvio que les están dando tiempo para salir del país...».

PUERTAS QUE SE CIERRAN

Al regreso de Argentina me conecté nuevamente con el *Canal 13* de TV, donde, en el programa *Buenas tardes, Mirella*, conducido por Mirella Latorre, estuve durante un largo período animando una vez por semana un espacio sobre los aconteceres de la pintura y la escultura en el país. ¡Vaya optimismo el mío! A la semana siguiente se me acercó la coordinadora de los programas para decirme que se había suprimido mi espacio. No me lo dijo Mirella. Tampoco Mario Sepúlveda, el gerente de programas. Y menos aún

Claudio di Girólamo, flamante director del 13, nombrado por el gobierno de Allende en reemplazo de Eleodoro Rodríguez Matte. Éramos amigos con Claudio. Había estudiado dibujo con él y conversado varias horas sobre el arte y la vida. Todavía no le perdono que no me lo dijera él. El único del canal que se despidió, expresando cariño y un sincero «No sabes lo que lo siento, tú sabes lo que me gustaban tus programas... te voy a echar de menos», fue Bartizaga, de nacionalidad argentina y director de *Buenas tardes, Mirella*. No me consta, pero posteriormente me aseguraron que Bartizaga era comunista. Esa fue la primera de la cadena de puertas que a mi paso se fueron cerrando.

La segunda se debió a órdenes dadas por Mario Pedroza, famoso y vetusto dirigente marxista del Brasil, gurú del arte, que fuera invitado por Allende a planificar los pasos necesarios para que la plástica en Chile se dirigiera con exclusividad hacia la izquierda. «O si no, ya verán...». Su tarea debía lograrla secundado por Miguel Rojas Mix, investigador, profesor de historia del arte y autor de *Alexander von Humbolt, obra y variación del mundo*. En el ambiente se hablaba, bajando la voz, de Mario Pedroza como si fuera el Todopoderoso.

Quise conocerlo. «¿Tú? ¿Tú que escribes para *P.E.C.*? Olvídate, no te va a recibir». Contra todo lo esperado, por teléfono aceptó recibirme a las 3:00 p.m. de un caluroso martes en el departamento de la avenida Presidente Bulnes, que le habían asignado. Llegué a la hora. «Tendrá que esperar... está durmiendo», me anunció un joven de pelo oscuro, bigotes negros a lo Che Guevara y mirada más que molesta. Largo silencio. Sentado en una dura silla, casi sin moverse, no abrió la boca el semi Che durante los cuarenta y tres minutos que duró la espera. No parecía chileno, tampoco del Brasil. Acercándose las 4:00 p.m., sonó un timbre. El mudo joven

abrió una puerta y me señaló que pasara y atrás de mí entró él. Entró y se quedó. Sin moverse de su escritorio, Mario Pedroza me saludó fríamente y, más fríamente aún, dijo: —«Lo siento, pero no acepto que me entreviste, hágame el favor de dejarme tranquilo». —«Si es así, ¿por qué aceptó la entrevista? ¿No le parece que es una mala educación?». —«No tengo por qué darle explicaciones...». Y eso fue todo.

Poco después se inauguró en el antiguo Instituto Cultural de Las Condes una exposición de los dibujos de un muchacho argentino, desconocido en Chile. Dibujos excelentes. Se repletó la sala en que se exhibían. El marxismo de las artes plásticas en masa estaba ahí, pero me fue fácil hablar con el expositor, ya que, como buenos marxistas, los asistentes hablaban sin parar solo entre ellos. Le expliqué que me interesaba entrevistarlo. —«Le agradezco, no conozco a nadie... acabo de llegar a Chile», me dijo.

—«Tendría que ser mañana, pero no más allá de las 10:00 a.m., para que el artículo se lea antes de que se cierre la exposición...».

—«Es que aquí no abren antes de las 11».

—«¿Dónde vives?».

—«Es muy incómodo el lugar...».

—«No se preocupe por ello...».

Me dio un número de la calle Bombero Núñez, si mal no recuerdo, a pasos de Bellavista.

Llegué a las 10:00 a.m. a encontrarme con un edificio roñoso de dos o tres pisos, tan destartalado, que parecía que se iba a desarmar y caer en cualquier minuto. Al talentoso dibujante le concedieron, gratis, una pieza en que lo único que había era una cama desvencijada, una silla y una mesa. Ahí, en ese paupérrimo espacio, en peores condiciones que las de cualquier callampa, estaba solo, helado de frío. Para comer tenía solo una naranja. «Señora Nena —dijo, a punto de llorar—... no sabía cómo avisarle que no viniera. Me prohibieron que usted me entreviste. Usted, que es la única persona que se preocupó de mí en la exposición. Me advirtieron que si se publicaba algo en la revista en la que usted escribe, me echarían de Chile... y no puedo, por ahora, volver a Buenos Aires».

Le pasé un pañuelo para que se secara las lágrimas y poco a poco lo fui calmando. «Olvídate de la entrevista, pero explícame quién te lo prohibió y cuéntame algo de ti y la razón de porqué no puedes volver a tu país. Poco a poco se fue soltando, me contó que sus padres trabajan en un circo, que en ese mundo creció, que se había metido no sé en qué lío y que la orden de darme vuelta la espalda venía del grupo de Mario Pedroza y sus seguidores. Mirarlo y escucharlo partía el corazón. Meses después, en la casa londinense de Rita Philips, me encontré con él. Se sintió pésimo al verme, pero me alegró saber que le estaba comenzando a ir bien.

El tercer caso, y el más increíble, fue la actitud de Guillermo Núñez, el pintor, nombrado en enero de 1971, por el gobierno de Allende, director del Museo de Arte de la Universidad de Chile, situado en esa época en aquel templo griego de la Quinta Normal. Había entrevistado a Guillermo para *P.E.C.* unas tres veces. Él, siempre muy abierto y simpático, como todos antes de Allende, y especialmente cariñoso. Lo llamé en abril para felicitarlo y nuevamente entrevistarlo. —«Para esa porquería de revista que tú escribes, jamás», me ladró.

—«Ándate al diablo... ¡Qué te has imaginado! ¿Te lo prohíbe Allende, Rojas Mix o quién? Voy para allá ahora, y pobre de ti que no me recibas». Fui, me recibió con cara de ángel, voz suavecita... y tan amigos como antes.

PUERTAS QUE SE ABRIERON

A comienzos de enero del 70 recibí en mi casa una llamada de la embajada de Estados Unidos, para informarme que el viernes de la semana siguiente llegaría a Chile el periodista norteamericano William F. Buckley Jr., quien había solicitado que, como primera actividad en Chile, coordinaran una entrevista conmigo. ¿Entrevistarme él a mí? Creí que me estaban tomando el pelo y me eché a reír. —«Señora, no es para la risa...», me dijo la secretaria, bastante enojada.

—«Perdone, acepto encantada», le respondí.

—«¿Cuándo podría ser?».

—«Si el señor Buckley llega el viernes... podría invitarlo a almorzar a mi casa el sábado. ¿Le parece bien?».

—«Perfecto, cualquier cambio se lo avisaré...». Y ahí mismo me quedé entre semipetrificada y con ganas de bailar. ¡William Buckley me quiere entrevistar a mí!

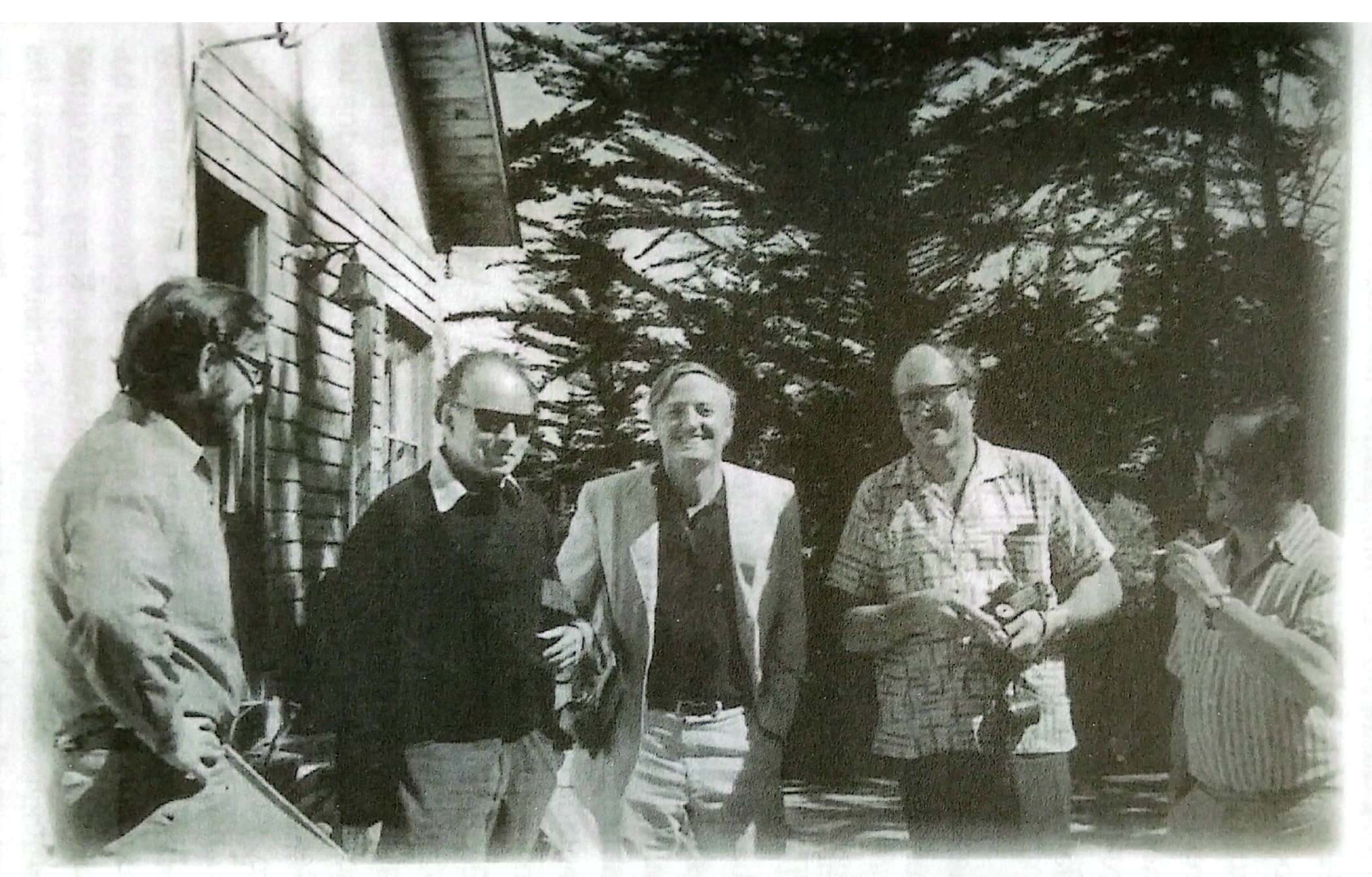
Fue en septiembre, volviendo de Japón, cuando volé a Miami a visitar a mi hijo Ignacio, que por primera vez supe de la existencia de William F. Buckley Jr., el renombradísimo periodista, escritor e ideólogo neoyorkino que tanto influenció

al Partido Republicano. Estábamos invitados a comer Ignacio y yo donde un amigo, norteamericano también, que había vivido en Chile y quería comentar la elección de Allende. Al llegar, lo encontramos enfrascado mirando un programa de TV. "Sorry, Nena, but I have to see this program...". No nos quedó otra alternativa que verlo también. Y ahí en la pantalla estaba un señor delgado, rubio, de ojos penetrantes, semiechado para atrás en una silla giratoria y de largo lápiz en mano entrevistando a tres estudiantes universitarios británicos. Poco a poco fui quedando obnubilada con la brillante, sagaz e imbatible inteligencia del entrevistador. —«¿Quién es?», le pregunté al dueño de casa al terminar el programa.

—«William F. Buckley Jr., aparece todas las semanas en este programa, *Firing Line*. Lo veo siempre, a pesar de que, como demócrata que soy, mis pensamientos están muy alejados de los de él. Pero, sin duda, es la mente más articulada del Partido Republicano».

—«¿Sabes? —le respondí—, desde hoy es la persona que más quisiera conocer en el mundo, junto a Indro Montanelli, el periodista italiano». Lo dije, naturalmente, pensando que jamás lo conocería. Porque, ¿dónde?, ¿cómo? Pero bien sabemos que la vida está llena de sorpresas y, gracias a Allende, ese ilusorio decir resultó verdad y me cambió la vida.

No llegó William Buckley Jr. aquel viernes. En cambio, aterrizó en mi casa Selden Rodman, periodista, escritor de libros sobre arte contemporáneo, dueño de la colección más sobresaliente de USA del arte de Haití y traductor al inglés en Norteamérica de los poemas de Neruda. Lo había conocido unos meses antes, cuando vino a Chile conversar con el poeta. Selden me había escrito que vendría justamente en esa fecha de enero. Le conté que tenía invitado a almorzar



De izquierda a derecha: Miguel Rojas Mix, Selden Rodman, William F. Buckley Jr., Alistair Horne y Antonio Avaria.

a William Buckley para el día siguiente. «No... —me dijo—, no vas a almorzar con Bill, porque no llega hasta mañana en la tarde. Acabo de estar con él en Colombia. Pero no te preocupes. Ven con nosotros el domingo a Isla Negra. Tengo una cita con Neruda a las 11:00 a.m. y a Bill le gustaría entrevistarlo. Tendrás el resto del día para conversar con él. Somos amigos desde hace años y fui yo quien le dije que tú, Nena, eres la persona que sabe más sobre lo que pasa en Chile». Caí ¡plop!

A las 8:30 de la mañana siguiente apareció una negra limusina, enviada desde el hotel Carrera para llevarnos allí a recoger a Bill. Al lado del chofer se sentó Selden. Atrás, a mi lado, William Buckley y a su derecha un alto y atractivo inglés. «Bill and Alistair Horne», me dijo Selden cuando la limusina ya iba partiendo. Como las entonces llamadas limusinas eran unos taxis negros solo un poco más grandes que los taxis corrientes, quedamos bastante apretujados y a mí se me entró el habla. Absolutamente. No podía creer que iba hacia la costa sentada codo a codo con el brillante periodista que había visto y escuchado en TV dos meses antes en Miami. Dándose cuenta de mi confusión, a los cinco minutos me dijo, con voz muy suave: «Nena, ¿puedo decirle Nena?, ¿por qué no me cuenta algo del ambiente chileno en estos días?...». Tupida como estaba, no encontré nada mejor que contarle todos los chistes sobre los ministros de Allende, que eran *vox populi* ese enero, y comentarle sobre los tuvo y los tienen. Bill, que hablaba bastante castellano, se rió con ganas, no sé si de puro gentil, pero los chistes sirvieron para disipar mi totalmente inusual cortedad de genio y para que Bill comenzara a hacerme preguntas más serias. «El embajador Korry, con quien comimos anoche, me dio esta lista de cuatro personas, las que, según él, yo debo entrevistar —me explicó pasándome un papel—. Me agradaría, Nena, que, si fuese posible, me dé

su opinión de cada uno...». Leí los nombres: Patricio Aylwin, Cristián Casanova, Sergio Onofre Jarpa y Claudio Véliz.

—«A Patricio Aylwin lo conozco solo de lejos. Me parece sagaz, pero sé que casi todo lo que establece es más teatro que verdad. No hay que creerle de buenas a primeras».

—«¿Cristián Casanova? Lo conozco desde que éramos *teenagers*. Hábil pero muy descriteriado y a él sí que no hay que creerle nada, pero nada».

—«Sergio Onofre Jarpa... Es muy inteligente y estoy de acuerdo con todos sus planteamientos, pero no sabe inglés y es de pocas palabras. De un lenguaje rotundo. No miente».

—«Claudio Véliz: Un intelectual cautivante. Muy inteligente también y certero en sus apreciaciones. Por estos días ha estado dudando sobre si estar del lado de Allende o en contra de Allende».

Al llegar a Isla Negra, les expliqué que Neruda no me tenía ninguna simpatía, sino todo lo contrario, y que mientras ellos conversaran con el poeta yo los esperaría en la casa de un joven, también poeta. Se bajaron los tres y la limusina me fue a dejar donde Antonio Avaria, a quien encontré tomándose una taza de café... en piyama. Lo había conocido en Valdivia y hacía tiempo que no nos veíamos. Me recibió encantado y se fue a poner una bata. Estábamos en lo mejor de la conversación, con Antonio contándome que Miguel Rojas Mix estaba pasando unas semanas en la casa vecina, cuando, no habiendo pasado más de 25 minutos, golpearon a la puerta. ¡Oh, sorpresa! Ahí estaba Buckley, solo. —«Bill, ¿puedo decirle Bill?, ¿qué sucedió?».

—«No quiero saber ni hablar nunca más del señor Neruda. No perdono a nadie que se comporte mal educado con una persona amiga...».

—«¿Y los demás?».

—«Se fueron a la playa...».

Lo hicimos pasar y, mientras también él se tomaba una taza de café, le dije que, para no perder el viaje a Isla Negra, tal vez podría interesarle conversar con un izquierdista de influencia que estaba en la casa del lado. "But of course...". Fui a golpearle la puerta a Rojas Mix, a quien entrevisté largamente para *P.E.C.* seis meses antes, quedando él sorprendidísimo e incrédulo frente a lo que escribí. Como profundo marxista que era, no le cabía en la cabeza que una revista momia de pe a pa saliera publicando con exactitud todo lo que me había dicho. Nos recibió feliz y, para mi asombro, Bill le hizo solo dos preguntas, una sobre *El Mercurio* y la otra sobre la libertad o no libertad de prensa bajo Allende, las que Miguel Rojas Mix contestó con una inusitada, cándida, sencillez. Al menos, aparentó estar sinceramente convencido sobre el que cualquier forma de presión que el gobierno ejerciese sobre *El Mercurio* nada tendría que ver con motivos ideológicos.

Al salir, Antonio sugirió que, ya que no había resultado el encuentro con Neruda, podríamos almorzar con Nicanor Parra. «Es el otro gran poeta chileno y también está en Isla Negra», explicó. Genial... —pensé yo, ya que está peleadísimo con Neruda— eso le va a gustar a Bill. Me llevó el chofer a su sencilla casa exenta de toda la parafernalia del estilo de la de Neruda, la que quedaba bastante lejos del reducto intelectual

de la Isla. Nicanor, con su característico humor, dijo: «Bueno, ¿por qué no?...», se subió a la limusina y nos fuimos a encontrar con Antonio, Bill, Alistair y Selden a la hostería de la Isla. Lista nos esperaba una mesa al aire libre y, entre uno y otro tema, la corvina y el vino tinto, dieron las 5:00 de la tarde. «Volvamos a Santiago ya... —dijo Bill, mirando su reloj—. Tengo que ir a la misa de las 7:00 p.m.».

«No llegaremos a tiempo...», dije, y propuse que fuéramos a la misa de la catedral de Valparaíso, que quedaba más cerca. Aceptaron y, mientras Bill estuvo en misa, llamé a mi amigo Enrique Concha Gana, arquitecto, dueño de una galería de arte en Viña y un entusiasta del arte contemporáneo. Vivía con su familia en un departamento del Cerro Castillo, con la mejor vista hacia la bahía de Valparaíso que he conocido. Le sugerí que nos invitara a todos a comer. Sin titubear, aceptó. Así eran Enrique y Blanquita, su mujer. No se complicaban con nada. Pidió pizzas y vino tinto, y entre esto y aquello dieron las 12:00 de la noche. Dos horas a Santiago, que Bill las durmió por completo, mientras con Alistair conversamos sin parar. A las 2:00 de la mañana nos despedimos en la puerta del hotel Carrera, yo suponiendo que no los vería más.

Al día siguiente, un lunes, desperté cerca de la hora de almuerzo. Selden y su maleta ya habían partido al aeropuerto rumbo a Estados Unidos, sin ver de nuevo a Pablo Neruda, quien no dio ninguna explicación valedera del por qué no los recibió debidamente. Meses después, disculpándolo, se me dijo que esa mañana, justamente, estaba con él Clodomiro Almeyda, el ministro de Relaciones Exteriores, quien había ido a Isla Negra a pedirle que aceptase ser nombrado embajador en Francia. Otros, típico, daban por hecho que Selden Rodman era de la CIA y que Neruda había sido informado y no quería saber de él.

A las 2:00 p.m. sonó mi teléfono. Llamaba Alistair Horne para decirme que Bill había entrevistado a tres de aquellos que el embajador Korry le había sugerido que entrevistara. Que como se ajustaban exactamente a la opinión que yo le había dado, me querían invitar a comer al Carrera para que le aconsejara a Bill sobre quiénes serían para él interesantes de conocer. A las 8:00 en punto llegué y, entre piscos *sour* y más corvina, le sugerí a Bill que conversara con dos jóvenes, quienes, aunque Allende llevaba menos de dos meses sentado en la presidencia, presentía que llegarían a ser elemento esencial en la lucha de la derecha chilena contra el marxismo: Jaime Guzmán y Pablo Rodríguez. Me preguntó, además, si acaso existía alguna fórmula que hiciera posible el que él volase en avión planeador sobre Los Andes. No teniendo idea, llamé de ahí mismo a mi gran amigo Raúl Fabres Gutiérrez, hombre de negocios, representante de *Cessna* en Chile, piloto también y quien, sin chistar, sacaba llaves o tuercas de algún cajón milagroso para solucionar fuese lo que fuese. El día martes, Bill almorzó con Jaime Guzmán y Pablo Rodríguez y a las 4:00 p.m. sobrevoló en planeador un sector de Los Andes. Resultado, nuevamente invitada a comer, esta vez con Raúl Fabres incluido, y el miércoles a comer todos a mi casa, una Ley Pereira en Vitacura con un disparate de decoración *hippienta* impuesta por mis hijos antes de irse a estudiar a Estados Unidos. Cuando después conocí la casa de dos pisos de Bill y Pat, su bellísima mujer, en la calle 73 esquina de Park Avenue de Nueva York, casi me desmayé recordando su visita a mi Ley Pereira.

Se fue Bill Buckley un jueves, al quinto día de haber llegado a Santiago, dejando a Alistair, su amigo desde el colegio, en mis manos. Alistair, quien había vivido tres años en Alemania inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, me propuso que lo acompañara a Valdivia, como su guía. Quería indagar qué le estaba pasando a los alemanes del sur en rela-

ción con las «tomas» de fundos que ya parecía, de acuerdo con lo que había leído, cosa de todos los días. Alistair, quien aunque hablaba un castellano titubeante y le era imposible seguir el rumbo a una conversación entre chilenos, sí lo leía. Desde su llegada, devoró en las mañanas temprano *La Prensa*, *El Siglo* y *El Mercurio* y rápidamente comenzó a estar más informado que yo sobre esa retahíla de «tomas» ilegalísimas por Cautín, la zona de Valdivia, Osorno y Llanquihue. «Es por allá en el sur donde está la acción. No podemos dejar de ir...», me repitió Alistair, no sin cierta fascinación salpicada de inquietud.

Primero, sin embargo, quiso ir a Valparaíso a entrevistar a Allende, quien, como bien sabemos, había trasladado la presidencia a la intendencia del puerto. Cuando Alistair solicitó la entrevista, le asignaron hora para la mañana del lunes siguiente. ¿Qué hacer en el intertanto? En mi pequeño, ya viejo, *Taunus* los conduje a él y a Raúl Fabres, que había chocado su *Porsche*, a pasar el *week end* al departamento de Raúl en Higuerillas, al que en las noches olas embravecidas azotaban los muros de la terraza. De día, el calor devoraba. A la playa, entonces, y bajo un purísimo cielo azul nos fuimos los tres y, como yo lo hacía siempre en la costa en esos lejanos días, me lancé hacia las olas, con Alistair corriendo tras de mí. Ya hundida en el agua, miré para atrás. Ahí estaba Alistair, detenido a punto de perder el aliento. No se me había ocurrido informarle que la existencia de la corriente de Humboldt convierte el mar chileno en hielo puro. Creí que le estaba dando un infarto y que Allende se iba a quedar colgado esperándolo. No se infartó, fue un lindo *week end* para Alistair y una suerte de despedida a Raúl, que dentro de poco viajaría a Nueva York a casarse con la tan, tan, linda Christiane de Beaufort.

El lunes temprano llevé a Alistair a Viña para que tomara un taxi o un tren a Valparaíso y volví manejando el *Tau-*

nus a Santiago. No supe cómo o en qué finalmente se trasladó Alistair. Sí evoco bien lo que después contó sobre su desencuentro con el señor presidente. En las cercanías de la intendencia se topó con un auténtico caos de taxistas, delegaciones de trabajadores y un sartal de curiosos apretujados hasta la entrada de la repartición, impidiendo el paso al que fuere. Escasamente pudo Alistair cruzar el umbral del edificio y subir las escaleras a la oficina de Allende, para solo escuchar un «vuelva en media hora, el compañero presidente está ocupado». Volvió. Aumento de dificultades para entrar y más barullo por todos lados. Subió en el preciso momento en que Allende iba bajando, rodeado de una avalancha de periodistas y no periodistas, camino a irse a almorzar. Se saludaron con un gesto, y eso sería todo. Como posteriormente Alistair escribió: «Ante esta frustrante experiencia, volví a Santiago en tren».

«¿Conoces a Pablo Huneeus?», me preguntó una mañana en Santiago. Había descubierto en *La Prensa* un artículo de Pablo sobre su encuentro con un llamado *Comandante Pepe* en la zona de Liquiñe. Llamé a Pablo, lo fuimos a ver y generosamente nos contó que él había ido a la zona de Cautín, donde las «tomas» estaban a la orden del día. Que había llegado a un fundo en Lautaro «tomado» por el MIR, premunido de una tarjeta de presentación de un mirista conocido suyo, y que un grupo de miristas de escopetas en mano, insolentemente, le habían preguntado que qué diablos quería. «Hablar con *Pepe*», dijo Pablo, porque fue el único nombre que se le vino a la cabeza, y sacó su tarjeta mirista. «No está, se fue a Liquiñe», le informaron. «Nena, si ustedes quieren hablar con él, van a tener que ir hasta Liquiñe, y de ahí al fundo Carranco. El *Pepe* se lo "tomó" hace pocos días». Para allá se había ido Pablo y allá, al anochecer y en medio de una lluvia torrencial, se encontró con el «héroe» cabalgando

y estilando, de manta de castilla, calañé negro, botas negras y ojos negros. Lo fotografió y el encuentro se publicó en *La Prensa*. Durante la conversación, Pablo nos informó, además, que era un área que abarcaba unos 200.000 hectáreas y 86 los fundos «tomados» entre el MIR y el MCR (Movimiento Campesino Revolucionario).

Alistair arrendó un *Peugeot* armado en Arica y, dos días después de la conversación con Pablo Huneeus, partimos bastante tarde hacia Temuco, atraso que nos situó, muertos de cansancio, en la hostería del Salto del Laja a las 12:00 de la noche. Ello no evitó que el estruendo de las cascadas del Salto del Laja contribuyera a que el dormir de Alistair fuera a sobresaltos y que, por tanto, tempranísimo apareciera refunfuñando contra "Those Mini Niagara Falls", como las denominó. Felizmente, aunque nubarrones lluviosos cubrían la vista del Llaima y más al sur del Villarrica, Alistair despertó y comenzó a fascinarse con el cambio del paisaje. Lo comparativamente plano del valle Central y muy plano en la zona de Los Ángeles, al cruzar el Biobío y el Malleco, quedó atrás. Lo atrajo primero la flora silvestre, que comenzó a comparar con las flores cuidaditas de Inglaterra. Luego, a la frondosidad de los lomajes verdes y cerros pletóricos de bosques, los comparó con un paraíso terrenal y le devolvieron su afán de anotar todo lo que veía y escuchaba. —«Nena, no han cosechado el trigo». —«Nena, ¿cómo se llaman esas flores naranjas que hay por todos lados? ¿Son acaso la flor nacional de Chile?».

—«No, Alistair, esa es el copihue. Estas se llaman amancai».

Al llegar a Temuco: —«¿Por qué las casas son de madera y no de ladrillo o adobe?».

—«Porque la madera es lo que hay en cantidad en el sur y, además, con la llegada de los alemanes a estas regiones se comenzaron a importar casas prefabricadas, de madera, que se elegían en catálogos especializados». Y así hasta el infinito.

Lo primero fue visitar a Germán Becker, el alcalde de Temuco, tan alemán de aspecto que Alistair comenzó de inmediato a hablarle en *tedesco* y, al minuto, a hundirse en el mundo alemán del sur. En ese vivir tanto más apegado al pasado que al presente, y que fuera la razón inicial de nuestro viaje hacia Valdivia. Me mantuvieron marginada, salvo cuando en algunos momentos el encantador y cariñoso Germán, a quien había conocido anteriormente, me hablaba en castellano para que no me quedara en la luna. No perdí demasiado, ya que intercambiaron datos de sus mutuas vidas y Germán, ante las preguntas de Alistair, le relató a grandes rasgos aspectos de la historia política de Cautín, con Jorge Alessandri como personaje central. En español hablaron sobre las «tomas» de los campos y, por primera vez, escuché la confirmación de las clarísimas instrucciones dadas por el gobierno a Carabineros, prohibiéndoles defender de las tropelías del MIR a las dueños de los fundos «tomados». Lo había leído y se lo había escuchado a Pablo Huneeus, pero, al igual que la mayor parte de los santiaguinos durante aquellos tempranos días de la Unidad Popular, no comprendí cabalmente, antes de llegar a Temuco, la importancia política que ello acarreaba. O hasta qué punto el descarado actuar del MIR, con el beneplácito de Allende, había plasmado trágicas consecuencias para familias enteras. Por su parte, Raúl Gallardo, director del *Diario Austral*, nos confirmó que era absolutamente cierta la orden dada a Carabineros de NO INTERVENIR, así, en mayúsculas. Con el agregado de que, escudándose en sus trabajos de verano, los varios miles de alumnos que habían llegado a Cautín, en teoría a alfabetizar a sus habitantes mapuches, estaban colaborando con el MIR.

Almorzamos en el hotel La Frontera y en la tarde conduje a Alistair a mi lugar favorito en el Temuco de esos años, el café Central, situado en pleno centro e imperdible lugar de encuentro con mis amistades en viajes anteriores. Estaba, como de costumbre, lleno de lugareños y turistas. —«Nena, ¿ves a esos cuatro caballeros de traje gris sentados dos mesas más allá? Son rusos», me dijo Alistair.

—«¿Rusos? ¿Cómo sabes?».

—«Mírales los zapatos negros, puntudos. Los rusos son los únicos en el mundo que usan esos horribles zapatos».

Creyéndole a medias, me levanté, me dirigí hacia el baño y, pasando por la mesa indicada, dejé caer mi cartera y, claro, estaban hablando en ruso y los cuatro usaban zapatos puntudos. Puntiagudísimos. —«Me han informado que Chile está plagándose de cubanos, tupamaros y guerrilleros del Brasil —le dije a Alistair—. No había pensado que de rusos también».

—«Es lo lógico, Nena. El Partido Comunista chileno tiene que mantener los ojos bien abiertos y vigilar para que precisamente los cubanos no se conviertan en el plato fuerte de esto que Allende llama democracia en libertad».

A la mañana siguiente enfilamos hacia Valdivia a alojarnos en casa de Matilde Romo, mi amiga del alma, quien siempre se las arreglaba para recibir con los brazos abiertos. Lo primero fue llamar a Nicanor Allende y a Marilita Haverbeck, amigos míos de los lejanos años en que éramos solteros y también amigos de Matilde desde que ella arribó a vivir a Valdivia con Carlos Cortínez, su marido, y sus cuatro hijos, en 1962. Les expliqué que estaba de paso con un «gringo»

historiador y, ocasionalmente, periodista. Nos invitaron a comer a la gran casa de los Haverbeck, la familia más destacada y próspera de Valdivia, al menos hasta antes de que el terremoto de 1960 les infligiera un golpe mortal a su enorme astillero y a su flota de barcos cargueros. Al hundirse uno de ellos, de bastante tonelaje, en el río Valdivia, víctima del tsunami que envolvió las costas de la provincia, se tornó esencial vender los otros barcos.

Tema central durante la comida fue la espada de Damocles que los amenazaba en ese momento. La prensa había informado que Allipén, el fundo de los Haverbeck cercano a Temuco, de unas 32.000 hectáreas, estaba dentro de los planes de expropiación de la Reforma Agraria de Jacques Chonchol, quien, copiando el traslado temporal de la presidencia a Valparaíso, trasladó ese verano su Ministerio de Agricultura a Temuco.

Invitado especialmente por Nicanor estaba un capitán del Ejército, menudo de porte y rostro muy agradable. Lo estoy viendo sentado en un sólido sillón de roble estilo alemán. Es el momento, me dije, y le pregunté sobre un tiroteo a orillas del lago Neltume que hubo en diciembre entre algunos soldados y cuatro o cinco miristas, en el que, mientras los subversivos arrancaban, uno de ellos fue herido a bala en una pierna. «Eso no ha sucedido, ni lo diga...», me respondió, pero sus ojos y su sonrisa decían que sí sucedió. Le pregunté entonces sobre la existencia de un grupo de miristas liderados por el llamado *Comandante Pepe*. Había, dijo, escuchado hablar sobre él y sobre una escuela de adoctrinamiento que el MIR tendría en las cercanía de Liquiñe. Con Nicanor y Alistair escuchando a nuestro lado, expliqué que Pablo Huneeus nos había informado del encontrón bajo la lluvia que tuvo con el *Comandante Pepe* y sobre sus «tomas» en Liquiñe, y que a la brevedad

partiríamos hacia allá en su búsqueda. Reaccionaron como si hubiese puesto una bomba dentro del living.

Nicanor: —«Nena, ¿cómo se te puede ocurrir? ¿Están locos los dos? Los miristas son un peligro».

El capitán: —«Nosotros podríamos atacarlos fácilmente, pero el gobierno nos prohíbe actuar contra el MIR. No creo que sea cuerdo el que ustedes vayan. Son lugares muy solitarios. Puede pasar cualquier cosa. ¡Ojo!, el camino para llegar es angosto, largo y pésimo».

¡Qué nos han dicho! Partimos hacia Liquiñe temprano el sábado 6 de febrero, premunidos de agua, un termo con café, emparedados, impermeables, paraguas y suéteres. Resplandeciente día salpicado de uno que otro chubasco, preciosos paisajes con el volcán Choshuenco y el Villarrica bastante cerca y el Lanín brillando a lo lejos. Más millares de flores silvestres, mangas de choroyes cruzando el cielo, alguna carreta arrastrada por bueyes y uno que otro campesino abrigado con sus negras mantas de castilla. Los caminos eran solo de tierra, entre regulares y malos y especialmente precarios a medida que íbamos subiendo hacia Liquiñe, situado a poquísimos kilómetros de la frontera con Argentina. Hubo que aplaudir al *Peugeot*, que se portó cual *Mercedes Benz*.

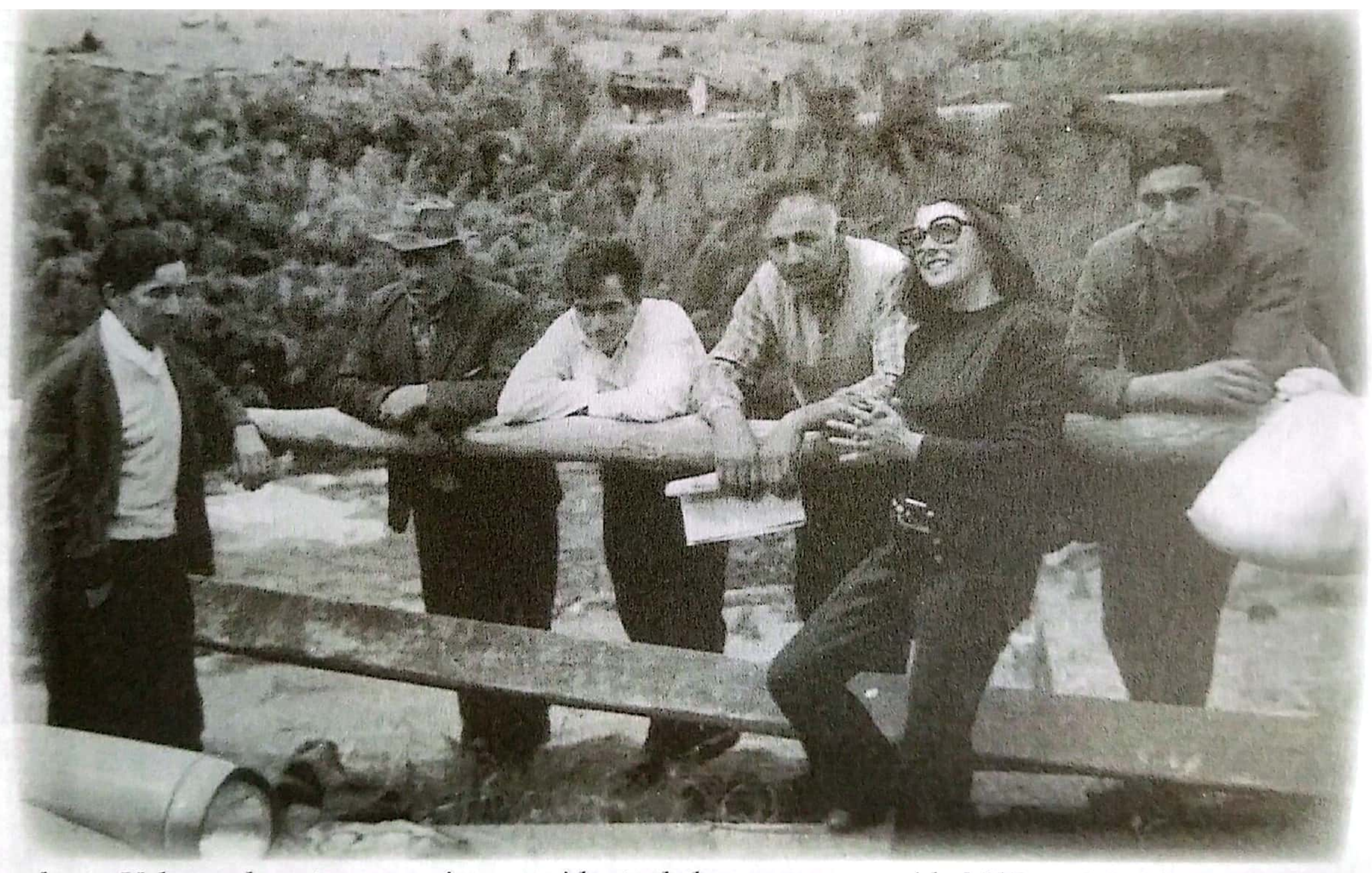
A pesar de las curvas y baches, llegamos al mediodía a un Liquiñe envuelto en el silencio, con cero mirista a la vista. Nos dirigimos a una sencilla hostería, cuyo dueño, don Julio García, de rostro tan español como el de los conquistadores de Chile, nos recibió amablemente, pero con visos de no entender para nada qué hacíamos ahí. Al preguntarle si sabía dónde estaba el fundo Carranco, sus ojos demostra-


"CARRANCO" →
TERRITORIO LIBERADO

ron aún más asombro. «Les recomiendo que pregunten en el retén de carabineros. Está aquí cerca, a pasos de la barrera fronteriza que evita el que los ocupantes de los vehículos se pasen sin mostrar antes sus pasaportes». Hacia allá nos dirigimos acarreando el bolso con los emparedados, el agua y la Coca-Cola. Tranquilo retén. Al indagar sobre Carranco, los carabineros se miraron entre ellos antes de proceder a explicarnos que estaba a uno o dos kilómetros hacia la Argentina, justo antes de llegar al puente que cruza el río. Sin preguntarnos nada, sin advertencia alguna y sin pedirnos pasaportes o el carnet de identidad, nos despidieron con un «¡Qué tengan suerte...!».

Era imposible perderse. A un costado del portón con tranca habían colocado, sobre una estaca, un letrero clarísimo: «CARRANCO, TERRITORIO LIBERADO». Elegimos cruzar el río, observar el fundo-aserradero desde la orilla opuesta y sentarnos a la vera del camino a devorar nuestro picnic. Una quietud total envolvía cuatro o cinco casas de madera muy grisáceas y comparativamente bastante más grandes que otros hogares de inquilinos que conocía. Alcanzamos a ver solo un perro dormilón. ¿Personas? Ninguna.

Al regresar y nuevamente cruzar el río, divisamos a cinco campesinos situados en el cerco al lado del portón de Carranco. Dejando el *Peugeot* a un costado, nos acercamos al grupo, cuyos rostros desconfiados no indicaban nada bueno. «Déjame a mí, tengo experiencia con el "idioma" que entienden en el campo», le dije a Alistair, recordando las veces que de niña y no tan niña pasábamos tres o cuatro meses al año en el fundo de mi abuelo Puelma. Comencé alabándoles el paisaje de la zona y preguntándoles sobre el frío que suponía era tremendo en el invierno. Poco a poco se fueron endulzando sus miradas, pero no sin que antes el



Humberto Veloso, al centro, conmigo, presidente de la nueva comunidad "liberada" del Fundo Carranco

que actuaba de jefe, de unos 50 años y con un tumor en una mejilla, me preguntara que quién era ese «gringo» que me acompañaba. «El asunto es al revés —le respondí—. Yo lo acompaño a él para traducirle cuando no entiende lo que le dicen. Su nombre es Alistair Horne y es un escritor inglés muy interesado en Chile, especialmente en el sur con sus lagos y volcanes, y su gente. Quiere saber qué significa para ustedes "Territorio Liberado". Hablen con él».

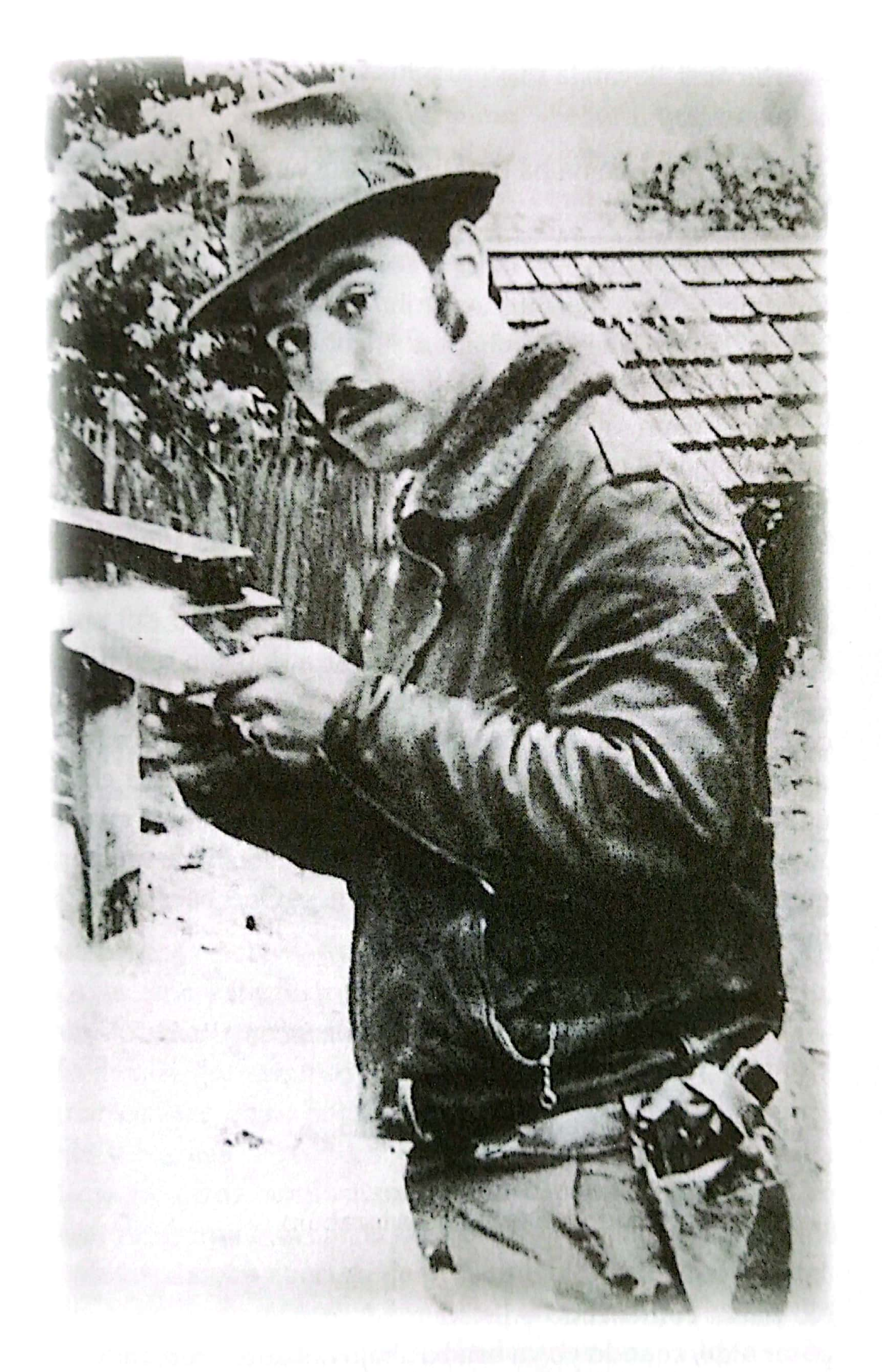
—«Humberto Veloso, a sus órdenes. Trabajo aquí en Carranco desde hace veinte años y ahora soy el presidente de nuestra nueva comunidad», le dijo a Alistair y se dieron la mano.

La conversación duró su buena media hora, quedando en claro que el *Comandante Pepe* fue quien los organizó y quien estructuró su forma de trabajo a pedido de ellos mismos. Agregó firmemente que, para evitar peleas, le había advertido al *Comandante* que él era devoto evangelista, como todo el grupo de trabajadores, y que su religión no les habría permitido tomar parte en la «toma» de Carranco si hubiese sido propiedad privada. Que les habían asegurado que era terreno fiscal en arriendo al señor Etchevarry y que, asimismo, del inventario de Etchevarry se le devolvería «hasta el último perno».

Ante la pregunta de Alistair sobre si se había nombrado un interventor en Carranco, Veloso respondió que sí lo hubo, pero que lo echaron dado que según el *Comandante Pepe* ese interventor no era de su agrado, por estar más de parte de Etchevarry que de los campesinos. —«Entonces —afirmó Alistair—, si no hay interventor, no pueden legalmente, según entiendo, trabajar el aserradero o vender la madera. ¿De dónde sacan plata para la comida y todo lo demás?». Veloso sonrió y explicó que les había llegado bastante plata de la organización de Chonchol y que continuaban vendiendo madera a la cooperativa de Panguipulli.



Los hombres del Comandante Pepe en el fundo Trafún, recién "liberado".



Comandante Pepe (Gregorio José Liendo)

—«¿Y cómo llevan la madera y los troncos para allá abajo?».

—«En el tren, que no ha parado de funcionar. El gobierno se hace el leso nomás»...

Finalmente, ya todos íntimos amigos, Veloso nos explicó que era en Trafún donde podíamos encontrar a su *Comandante Pepe*. Trafún era un fundo maderero perteneciente a la familia Kunstmann, de Valdivia, situado en una montaña andina un poco más al oeste de Liquiñe y para allá nos dirigimos tomando un camino de acceso que me recordó el del Arrayán a Farellones de los años 40 y 50. Pura tierra, curvas imposibles y baches en cantidad. Llegamos arriba cerca de las 7:00 de la tarde, para quedarnos semiparalizados dentro del auto, enfrentando un ancho portón. A nuestra derecha una hilera de casas de inquilinos y a la izquierda un típico cerco del sur con una treintena de inquilinos encaramados en él, mirándonos como si hubiese arribado Satanás. La bandera chilena flameaba, simbolizando que Trafún era terreno tomado. Volver atrás era imposible, no había espacio suficiente para girar el auto sin antes abrir el portón. «¿Qué hacemos...?», me preguntó Alistair.

—«Bajarnos y preguntarles por el *Comandante Pepe*».

—«Nena, si hasta tienen una escopeta...».

—«La estoy viendo, y los facones también...».

No había comenzado Alistair a advertirme que me podía pasar algo, cuando yo ya estaba abajo del auto acercándome al grupo... para ser interpelada por un hombre algo macizo,

de unos 55 años, tez clara, ojos claros y un revólver que semiescondía bajo su camisa azulina. «Señora, qué vienen a hacer aquí...», me zampó con ademán y voz enemiga y mirando amenazadoramente a Alistair, que ya estaba parado tras de mí, cual guardaespaldas.

—«Quisiéramos conversar con el *Comandante Pepe.* Nos envió aquí el presidente Veloso, de Carranco», dije mirando a varios muchachotes, a las claras miristas, que se habían encaramado en el portón. A la mención *Comandante Pepe,* uno ellos partió corriendo agazapado, cual piel roja de las películas, hacia una estructura blanca que se divisaba entre enormes robles y nogales.

—«¿Para qué? ¿Quiénes son ustedes?», preguntó el de la camisa azulina y, como si una voz angelical me estuviese dictando desde el cielo, al instante le contesté: —El señor Horne está en Chile y hoy en Liquiñe porque está escribiendo un libro sobre el Pacto Andino entre Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, donde él ya estuvo, y también Chile. Le falta conocernos bien a nosotros. Chile será el capítulo más importante, por ser Salvador Allende nuestro presidente. Yo soy su guía y traductora. Se produjo un respetuoso silencio, con Alistair, murmurando —"Not a bad idea...", justo antes de que divisáramos a *Pepe,* de chaqueta de cuero negro, gruesos *blue jeans,* botas negras, sombrero andaluz negro, ojos y bigotes negros, tez clara y muchas pecas. Caminaba hacia nosotros semitrotando, cual caballito chileno. A su lado venía una muchacha algo gordita, de pelo castaño, ojos castaños, bonita sonrisa, de pollera y blusa de tonos pastel. Si alguna duda teníamos, la actitud de los campesinos al llegar *Pepe* nos demostró que le obedecerían cual soldado a su general en medio de una batalla.

Con su mirada pícara y sonriendo, a toda carrera, nos dijo: «Soy el *Comandante Pepe*. ¿Quieren conversar conmigo? ¿Sobre qué y por qué?». A toda carrera también, mi ángel me susurró que le repitiera el cuento del Pacto Andino. No tardaron, *Pepe* y Valentina, en abrir el portón. Ambos salieron y automáticamente se produjo una división. Valentina, que hablaba bastante bien en inglés, se puso a conversar con Alistair. *Pepe*, que no lo hablaba para nada, se quedó a un lado conversando conmigo. Desde el primer instante muy cordial y sin malicia alguna, me contó cosas que yo había escuchado y otras que no. Hijo de familia vasca, nació en Magallanes, donde su padre dirigía una lechería. Nombre verdadero: Gregorio José Liendo. Las humanidades las estudió en Santiago, donde se unió a la juventud comunista, pero, pareciéndole que el grupo era demasiado lento, al trasladarse a estudiar antropología en la Universidad de Concepción se unió al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, fundado en 1965 ahí, en Concepción, y para siempre llamado simplemente MIR. En conjunto con otros dos grupos de extremistas, el FER y el MCR, propagaron por pueblos, villorrios y campos su eslogan «Armemos a los campesinos para la lucha». Cuatro años antes se había trasladado a estudiar agronomía en la Universidad Austral, la que desde hacía dos años también abandonó para dedicar su vida a luchar en pro de los campesinos sin tierra propia, a lo largo de sectores cordilleranos desde Cautín a Osorno. «Como enseñanza, es mucho más relevante que la de cualquier universidad», dijo absolutamente convencido, agregando que, siguiendo esa meta, se tomaron Carranco hacía unos dos meses y Trafún dos noches antes, con todo el personal de los Kunstmann adentro.

Bruscamente cambió su expresión y me preguntó: —«Tú, ¿cómo te llamas? Tu cara me es conocida» —Ángel, ilumíname, me dije; y, al igual que siempre, me iluminó.

—«Jacqueline Levy» —le contesté con cara de palo, recordando los lejanos años en que, con Jacqueline, trabajamos en las oficinas de *Panagra* del aeropuerto de Los Cerrillos. Parecidas nos encontraban entonces y parecidas nos encontraban también en 1971. Los mismos anteojos, el mismo colorido. Yo dejé *Panagra* y Jacqueline la línea aérea y el aeropuerto.

—«¿Dónde trabajas?», insistió.

—«En el aeropuerto de Pudahuel...».

—«¡Ah!, entonces es allá donde te he visto. Te lo pregunté porque Pasc... Mira... me dieron orden desde Santiago de no hablar con ningún periodista. Vino uno hace poco que publicó su encuentro conmigo en un diario santiaguino, y recibí el reto de los retos».

Sencillo y sin complicaciones como era ese *Pepe,* mi cuento del tío lo tranquilizó y la pregunta clave que le hice me la respondió con la más entera y cándida sinceridad: —«¿Cuál es el plan de fondo de ustedes a corto, mediano o largo plazo?».

—«Tomarnos los campos y los pueblos del sur, violentamente si es necesario, mientras en Santiago el MIR se toma la ciudad y bajan a unirse con nosotros a medio camino...».

—«¿O sea, la meta es "tomarse" todo Chile violentamente? ¿No les importa si muere gente?».

—«Claro que violentamente. Tiene que morir un millón de chilenos para que el pueblo se compenetre de la revolución y esta se convierta en realidad. Con menos muertos no va a resultar».

Justo al terminar de decírmelo, Alistair y Valentina se acercaron y nuestro *Comandante*, al verlos tan sonrientes y amistosos, sugirió que entráramos a Trafún a conversar más cómodamente y a que conociéramos las oficinas y lo lujosa que era la mansión de los Kuntsmann. Con bastante recelo aceptamos, cada uno por su cuenta, pensando: ¿Nos dejarán volver a salir? También sabiendo perfectamente que si no entrábamos el auto, al lado afuera no podríamos virarlo para bajar hacia Liquiñe.

Esas tres o cuatro construcciones blancas de un piso que había divisado desde lejos contenían las oficinas de la administración de Trafún. Valentina se despidió por tener «otros trabajos que hacer todavía», dejándonos a Alistair, a *Pepe* y a mí en la oficina principal, amplia pero muy sencilla, con todo tan blanco, como blanca por fuera era la construcción. Papeles y carpetas estaban esparcidos por todos lados y varios cajones se divisaban vacíos. A lo largo de las ventanas abiertas se instalaron unos veinte campesinos. No escuché casi nada de lo que Alistair y *Pepe* conversaron. Había quedado tan impresionada con la declaración de *Pepe* sobre el millón de muertos, que no puse atención. A los cinco minutos se sugirió que fuéramos a conocer el lujo de los Kuntsmann, cuya sencillísima casa de madera quedaba a una cuadra y media o más hacia adentro del fundo. «Jacqueline, podemos ir en uno de los camiones. Temo que a pie se le mojen sus zapatillas, estuvo lloviendo fuerte en la mañana y el pasto está mojado», cariñosísimamente me advirtió el *Comandante Pepe*. Prefiriendo ver bien más detalles del campo, elegí ir a pie, con *Pepe* al lado preocupado de que no me cayera en desniveles que el pasto tapaba.

Nueve jóvenes miristas veinteañeros, estudiantes universitarios todos, estaban en el living, uno con una pata de palo amarrada a la rodilla. ¿El herido a bala que mencionamos al

capitán en casa de Nicanor Allende? No se tocó el tema. Mirándonos con Alistair, sí nos preguntamos: ¿Dónde estará el lujo? No existía, a no ser que se comparara la casa Kunstmann y su mobiliario con las viviendas de los inquilinos. Una mesa redonda, cuatro sillas y largas banquetas adheridas a los muros con durísimos cojines pegados y forrados en plástico rojo oscuro, más un solitario sillón de duros cojines también. Un conjunto de muebles de semiestilo *art deco* que se vendían al por mayor en la Mueblería París de la Alameda, cuando yo era niña. Nada era cómodo. Como único adorno, la cabeza de un venado astado colgaba del muro de la chimenea. Me condujeron a ver el «lujo» de un par de dormitorios, ambos aperados de dos simplísimos somieres con su bastidor de madera y uno que otro colchón relleno con crin. ¿Frazadas o colchas? No las vi. ¿Adornos? Ninguno. Ellos, los del MIR, incluyendo a Valentina, ejemplarmente dormían en el suelo en casas de los trabajadores.

Pepe nos ofreció vino de una botella de los Kunstmann. Ni *Pepe* ni sus miristas tocaban el alcohol. Lo habían dejado para dar el ejemplo a gente que estaba acostumbrada a emborracharse. Ya todos instalados, Alistair en el sillón, yo más lejos en una de las duras banquetas y *Pepe* y sus colegas sentados en el suelo, comenzó un largo coloquio, no sin que antes *Pepe* invitara a pasar y sentarse también en las banquetas a varios de los campesinos. Primer tema: la Reforma Agraria, dado que había que acabar con las injusticias de la casta de dueños de fundos grandes o medianos, aunque de paso se cometieran injusticias. Era imprescindible entender que había llegado el turno de las minorías, las cuales, mientras durara el proceso, inevitablemente harían sufrir a esas mayorías que durante siglos abusaron de ellas. Todos estaban de acuerdo en que el gobierno de Allende iba caminando por la ruta adecuada, pero que lo estaba haciendo demasiado lento. No faltó el que estableciera que solo una

revolución violenta sería capaz de arrasar con la burguesía. Por cierto, no faltó tampoco el que asegurara que si Chile recibía ayuda económica de los soviéticos, ello sería «otra forma de imperialismo». Opinión que condujo a que la temática se tornara en una larga y vivaz dialéctica sobre los beneficios de la economía dirigida del marxismo en comparación con los de la economía social de mercado. Yo, muda, solo hablaba si se me solicitaba que le tradujera algo a Alistair o viceversa. Dejé de prestar atención unos minutos, me puse a observar a los inquilinos, quienes miraban a su *Comandante* como si fuera Dios. Sin duda alguna, comenzaba a envolverlos una nueva dignidad y fe en un futuro mejor. Un futuro que, para *Pepe* y sus satélites, dependía de una inevitable violenta revolución: «Los conservadores y el Ejército no permitirán que se les despoje de sus bienes, y eso significa una guerra civil. Ni un milímetro de las más de 200.000 hectáreas que a lo largo de la cordillera nos hemos tomado se les devolverá y ningún campesino abandonará las tierras liberadas. Estamos dispuestos a matar y morir». O sea, el necesario millón de muertos.

Cerca de las 10 de la noche, *Pepe* dijo: «Esta conversación está fascinante, pero debo partir a seguir concientizando a nuestros amigos en Carranco. Quedé de estar allá a las 11 p.m. y no quisiera desilusionarlos. ¿Por qué no se quedan a dormir aquí y mañana continuamos?». La cara de Alistair la habría grabado, pero durante todo el encuentro con *Pepe* no me atreví a sacar la máquina fotográfica. Alcanzó a decirme: —«¿Nena...?».

—«Atractiva idea... —dije—, pero, Alistair, no te olvides que mañana en la mañana tienes una entrevista con el ministro Chonchol» —Era una verdad a medias. La tenía, pero para tres días después.

Nos subimos los dos adelante en un antiguo camión blanco algo desvencijado, de aquellos de carrocería alta en que aca-

rreaban enormes troncos. Quedé al medio entre Alistair y un macizo chofer de overol blanco y camisa blanca (todo era blanco donde los Kunstmann), quien colocó un respetable facón en el asiento, a mi lado. Atrás, en vez de troncos, se encaramaron varios de los miristas veintiañeros. Llegando a metros del portón, se acercó a la ventanilla uno de los gerentes de Kunstmann, con su rostro palidísimo, casi verde de desesperación, a preguntarnos si íbamos hacia Valdivia. —«Por favor, llamen y avisen que se tomaron este fundo, que estamos encerrados» —nos suplicó.

—«Imposible, imposible. No vamos a Valdivia, ni cerca», le respondí al ver cómo el maceteado chofer a mi lado agarraba la empuñadura del enorme cuchillo.

—«Pero hagan algo, les ruego, por favor; mi familia está en Valdivia».

Nosotros, Alistair y yo, con nudos en el estómago, lo dejamos ahí, envuelto en desaliento y supongo que pensando que éramos unos desalmados más.

Mientras Alistair fue a buscar el auto, le propuse a *Pepe* que nos acompañara hasta Liquiñe en el *Peugeot*, porque de noche nos podríamos perder. Dijo que no, pero que Valentina se iría con nosotros hasta la hostería y él nos seguiría en el camión para recogerla. Se subió Valentina adelante con Alistair y atrás, conmigo, uno de los miristas. ¡Ah! —pensé—, temen que la desconcienticemos y le ponen un guardián. Pero sirvió para que Alistair y nuestra mirista hablaran en inglés. No, Valentina no era la polola de su *Comandante*. *Pepe* se había casado con una joven lugareña hacía pocos días. Tenía 23 años, había asistido a un colegio en Estados Unidos gracias a un intercambio y al volver estudió antropología en la Universidad de Concepción. Desilusionada del gobierno de

Frei, se ladeó hacia el MIR. Llevaba cerca de un año junto a *Pepe* concientizando en las cercanías de Trafún y, en Liquiñe, apoyando a un grupo de 28 universitarios afiliados a la Federación de Estudiantes Revolucionarios, la FER, venidos de Concepción y Talca. Estaban en Liquiñe cumpliendo sus «trabajos de verano» junto a los campesinos. Su lema era: «La tierra para el que la trabaja». Al menos es lo que se le explicó a Alistair cuando, a la mañana siguiente, lo llevó Valentina a conocer al grupo. Tampoco tuvo ella el menor resquemor en declararle que creía a pie juntillas en los evangelios de Mao y el Che Guevara sobre la revolución violenta. La verdad es que Valentina era aún más mirista que los miristas.

A eso de las 10:45 p.m., llegamos a la hostería con Valentina y su guardián del MIR a esperar a la orilla del camino la llegada del camión que seguiría rumbo a Carranco con *Pepe*, Valentina, los MIR y el trabajador de camisa azulina. Se bajó solo *Pepe* y, cual queridos compadres, nos despedimos dándonos un apretadísimo y largo abrazo. «Saludos de mi parte a mi gran amigo Jacques Chonchol. Estuvo por aquí hace dos semanas», fueron sus últimas palabras. Ahí mismo, mientras se alejaban, me dolió pensar que el MIR santiaguino estaba, fríamente, usando a *Pepe*, quien, aunque se creía y vivía la película mirista por completo, humanamente era más honesto y, en lo personal, más desinteresado, más generoso. Claro que, la verdad sea dicha, días después lo usé yo también. Llegando a Santiago, impulsada por Alistair, quien llamó a William F. Buckley Jr. para sugerírselo, escribí y le envié a *National Review* los proyectos y quehaceres del *Comandante Pepe* en Carranco y Trafún. Se publicó en la edición de marzo 23, 1971.

***

Por la tarde de febrero 7 manejamos hasta Pucón, dejamos maletas y maletines en Antumalal y viramos de vuelta hacia Villarrica, para detenernos en la casa de Fernando Léniz, si-

tuada a los pies del volcán y a orillas de lago. Lo había conocido Alistair en *El Mercurio*, del que en ese momento Fernando era gerente general, y acordado que lo visitaría cuando Alistair volviera de sus andanzas por Valdivia y la cordillera. Ahogados como estábamos de ganas de revelarle a la prensa nuestra aventura con el *Comandante Pepe* y sus colegas, Alistair comenzó a narrársela a Fernando, a quien yo no conocía. Para mi horror, Fernando eligió por largo rato no creer que hubiésemos puesto los pies dentro de Trafún. O, quizás, prefirió de buenas a primera dudar sobre algo que amenazaba la paz y tranquilidad de futuros veraneos en Villarrica y Pucón. O, como escribió Alistair, Fernando Léniz, como muchos chilenos, evitaría violencias a cualquier precio. Por ejemplo, en caso de necesitarlo, evitaría defenderse a tiros del amenazante MIR. No tenían los chilenos aún claro que el MIR, con el visto bueno de Allende, estaba activísimamente moviéndose para tomarse los campos de Santiago al sur. Que, al pasar, destruiría la agricultura tanto o más que aquel capítulo de la Reforma Agraria que estableció dejar solo 40 hectáreas en manos de los dueños de los fundos.

Desilusionados y Alistair algo dolido, nos fuimos a comer al hotel Pucón. Otro inesperado y decepcionante ambiente. El comedor estaba repleto, casi sin excepción, con matrimonios con o sin sus hijos y alguna pareja sola. La mayor parte apenas cruzaba palabra, haciendo gala de un penoso aburrimiento y mucho bostezo. Si no hubiese sido por momentáneos parloteos de uno que otro adolescente, era como para pensar que el gato les había comido la lengua y no nos cupo duda de que no tenían idea de lo que estaba sucediendo a cercanos kilómetros en Liquiñe, Cautín y Temuco. De vuelta en Antumalal, nos prestaron un diario local de ese día. En grandes letras informaba que José Tohá, ministro del Interior, el día anterior había sobrevolado en helicóptero toda la zona de Neltume y Pirihueico y declarado enfáticamente que el *Comandante Pepe* era solo una leyenda. Esto el mismo 6 de febrero en que no-

sotros estuvimos en Carranco y Trafún, justo al otro lado del alto cerro que separa Pirihueico de Liquiñe.

Temprano, la mañana del 8 de febrero, aconsejados por Fernando Léniz, nos dirigimos a visitar Flor del Lago, el fundo de Ernesto Wagner, situado al otro costado del lago Villarrica, precisamente al frente de la casa de Fernando, y el que estaba a punto de ser expropiado.

En su casa estilo austríaco, lejos, pero muy lejos, más lujosa que la de los Kunstmann en Trafún, nos recibió el señor Wagner, quien a ojos vista estaba con los nervios hechos trizas y sospechoso de nuestra presencia. Dado lo que se le venía encima, lo entendimos perfectamente. Más de un siglo de esfuerzo estaba a punto de hacerse añicos. Cuando el padre de Ernesto Wagner compró el fundo poco después de llegar de Alemania en 1850, era solo un compacto bosque de árboles nativos. En febrero del 71, sus 4.000 hectáreas (700 arables y 1.800 aún de bosques) nos dejaron atónitos por su indescriptible belleza y por la magnífica forma en que estaba organizado y cuidado. Al recorrerlo, Alistair se encantó con las avenidas de álamos, con los gamos que se cruzaron al frente del auto y con los ulmos pletóricos de flores blancas y de abejas consumiendo el polen. No así respecto a las cosechas. Arruinada por mal tiempo se divisaba la de raps, excelente la de los campos de avena y las de trigo aún sin madurar. El gran drama se avecinaba a futuro. Como la mayoría de los agricultores de la zona y hacia el sur, los Wagner no estaban plantando, dado el ambiente de inseguridad. Fue doloroso ver cómo, a medida que pasaron los minutos, Ernesto y Germán, su hijo, fueron quebrándose más y más. Gabriella, su mujer, optó por continuar cumpliendo con lo acostumbrado. Se despidió y se fue a enseñar a coser a las alumnas del colegio del fundo.

***

La entrevista con Jacques Chonchol fue la aclaratoria definitiva del trágico desastre en que iba a convertirse la agricultura en el país. Partió el ministro explicándole a Alistair que la diferencia primordial entre su Reforma Agraria y la del gobierno de Frei residía en que el ritmo de avance sería mayor, porque era esencial evitar la frustración de los campesinos. Muy seguro de sí mismo, pensaba completar en 1971 la misma cantidad de reformas que Frei logró en seis años, agregando que a Frei le había faltado voluntad política, no así la plata. Dicho esto, sin arrugarse y a ojos vista, había decidido efectuar SU Reforma Agraria a una velocidad despiadada. Los dramáticos resultados de su arrogante optimismo los conocemos. Con todo, para mí la entrevista fue otra lección de cómo pillar descaradamente mintiendo a un entrevistado tan seguro de sí mismo. Al preguntarle Alistair sobre el *Comandante Pepe*, textualmente dijo: «Dudo que exista, pero si existiera no tendría ninguna importancia». Agregó que todo lo que se decía sobre Liquiñe era una tremenda exageración de la oposición. Que no era verídico que el MIR estuviese formando un Chile libre y que si existiese un grupo que lo quisiera formar, el gobierno tomaría acción inmediata. Agregó que estuvo en Liquiñe y en Carranco «y todo eso» hacía tres semanas y que Tohá, cuando estuvo en la región, tampoco vio nada.

Como buen inglés, Alistair no le discutió el punto y cambió de tema. —«¿Cómo ve usted venir el resultado de las cosechas de 1971?». —«Excelente. Basta mirar lo buena que está».

—«No me refería a la de esta temporada, pues se plantó el año pasado. Me refería a la futura cosecha que parecería acarreará un déficit de comestibles» —le aclaró Alistair, que se había informado muy bien cuando, por consejo de Germán Becker, el alcalde, alcanzamos hasta la Carillanca Agricultural Station.


CAMPAMENTO "LAUTARO"
MUERTE VENCEREMOS
CAMPESINO REVOLUCIONARIO
Los Pobres
VIENVENIDOS
Los Ricos a
La MIERDA
MCR

Juramentando no dar nombres, ahí en Carillanca uno de los agrónomos nos detalló el negativo porvenir que se vislumbraba. Nervioso desde el instante en que se nombró al *Comandante Pepe*, la última pregunta irritó aún más al ministro. Sin contestarla, se paró y nos despidió obviamente molesto.

Convertidos en imparables curiosos y metetes, como estábamos —o éramos—, ante la sugerencia de Alistair, al día siguiente nos dirigimos hacia Lautaro a estudiar la situación de Tres Hijuelas, fundo «tomado» a comienzos de diciembre por el MCR, grupo aliado al MIR. Entre las 50 o más «tomas» que se realizaron ese mes en la provincia de Cautín, la prensa eligió a Tres Hijuelas como el fundo bandera. Allá se había dirigido Pablo Huneeus a indagar sobre las actividades del MIR y donde se le informó que el *Comandante Pepe* estaba en Carranco.

Desde Lautaro hacia la cordillera recorrimos un camino de tierra de una sospechosa soledad. No transitaba ningún auto o carreta con bueyes. Tampoco vimos alma alguna en los campos vecinos, salvo un grupo de silenciosos mapuches a un costado de ese plano paisaje que llegaba a su fin en el volcán Llaima. A los cinco kilómetros nos topamos con una ancha entrada. Suponiendo que se trataba de Tres Hijuelas, viramos, para de inmediato frenar en seco. A unos 10 metros, varios hombres estaban parapetados tras los típicos cercos de troncos de la región, todos de fusil en mano, semblanteándonos con rostros furibundos y gestos amenazadores. Estirado de lado a lado, entre dos árboles, colgaba uno de los inconfundibles letreros pintados sobre tocuyo blanco y, a un lado, una enorme fotografía del Che Guevara.

CAMPAMENTO «LAUTARO»,
TIERRA O MUERTE, VENCEREMOS
MOVIMIENTO CAMPESINO REVOLUCIONARIO

Diez semanas hacía que estaban ahí colgados los letreros, y aunque la ley declarase otra cosa, el MCR eligió morir tras su trinchera antes que evacuar el fundo. Nos agarró el pánico, echamos marcha atrás, no sin que antes se trabaran los cambios y que uno de los revolucionarios comenzara a caminar hacia nosotros de machete en mano. Dimos vuelta no sé cómo y a Lautaro de nuevo, sin que pudiéramos tomar una buena fotografía. A los dos kilómetros o menos, por el espejo retrovisor, divisamos que tras nuestro venía un vehículo a toda, pero a toda, carrera. ¿Eran los MCR? Pensamos que sí y, apretando el acelerador al máximo del fiel *Peugeot*, logramos llegar a la entrada de Lautaro justo antes de que los perseguidores nos alcanzaran. Dieron media vuelta y se perdieron bajo una nube de polvo.

Como último aro previo a dejar atrás la experiencia sureña, al llegar a las cercanías del Salto del Laja nos detuvimos en el fundo Curanilahue, de la mujer más valiente que he conocido, mi amiga Nella Martin, con quien tres meses antes viajamos a la Argentina. Ni las consecuencias del daño en una pierna, herencia de la polio que tuvo de niña, la detuvieron jamás. Había antes estado yo unas tres o cuatro veces en verano alojando en su fundo. Ella, siempre alegre, trabajando el campo y vigilando sola, sin ayuda, sus 400 hectáreas con plantaciones de trigo y de maíz y sus vacas y vaquillas. En febrero de 1971, el panorama cambió. Nella era un apretado nudo de nervios y cansancio. Sabía que su tierra estaba marcada, que en los alrededores más de doscientos campesinos del MIR estaban a la espera para tomársela y cualquier ruido o el ladrido de un perro la dejaba sin dormir noche a noche. Al día siguiente nos despedimos con el corazón apretado. Cuatro o cinco meses después, 80 miristas traídos desde Lota, en un día en que llovía a chorros, se tomaron varios fundos cercanos y el de Nella también. Comenzaron por darle vuelta el camión lechero con

1.500 litros de leche destinados al hospital de Concepción. 40 días estuvo Nella encerrada, sin poder salir y sin que dejaran entrar a su marido. Su hijo, de 20 años, vadeando el río, logró llegar a acompañarla. Cosas, todas estas que estoy contando, imposibles de olvidar.

***

De vuelta en Santiago, enumerando lo que habíamos visto y vivido, Alistair no dudó que, no obstante cualquier injusticia que los latifundistas hubiesen cometido anteriormente, en Chile se estaba desenvolviendo una magna tragedia. Drama que a los santiaguinos aún no los tocaba y diría que, salvo excepciones dentro de la derecha y de algunos en la Democracia Cristiana, preferían creer que los cuentos que llegaban sobre las hazañas del MIR y sus compinches eran una exageración. Fue así, al menos hasta después de que Alistair Horne había abandonado Chile hacia el 20 de febrero. Ni *El Mercurio* —que daba las noticias de muchas de las «tomas»—, el cual Alistair visitó por segunda vez antes de dejarnos, ni nadie, lo entrevistó. En vista de lo cual lo hice yo para *P.E.C.*, entrevista publicada el 19 de febrero, que detallaba los aspectos relevantes de nuestro paseo por Temuco, Valdivia, Carranco, Trafún y el encuentro con Chonchol. Como era de esperarse, tampoco tuvo eco, salvo en la izquierda, que al *P.E.C.* lo leía sin saltarse detalle. Por lo menos, lo que me sucedió a los pocos días parecía indicarlo.

En el centro me encontré una tarde con Nicanor Allende, quien andaba con desesperación buscando a alguien que tuviese un televisor para ver una importante noticia que se transmitiría en una hora. Lo invité a mi Ley Pereira de la calle El Arcángel de Vitacura. —«Está arriba, en mi pieza», le dije al llegar. Subimos, miramos y no pude creerlo: ¡El televisor había desaparecido! —«Nena, me has engañado...». Me costó convencerlo de que al salir a mediodía ahí estaba mi televi-

sor sobre mi enorme mesa velador y que, aunque pequeñito, había significado la felicidad de mis hijos cuando aún vivían en Chile. La casa, en mi ausencia, quedaba sola. María Inés, la muchacha que me ayudaba, se había ido de vacaciones al sur una semana antes. —«¿Qué más se han llevado? ¿Plata?, ¿joyas, ¿qué? Mira todo», me ordenó Nicanor, aún dudando de mis aseveraciones. Billetes había dejado en el cajón más a la vista. Estaba el total. Joyas de valor tenía una que otra; ahí estaban también. Todo permanecía en su sitio.

—«¿Nena, tienes una pistola o un revólver?».

—«Por supuesto, mi amigo Hernán me prestó hace años el de él».

—«¿Lo mantienes cargado?».

—«Siempre».

—«Pásamelo». Se lo pasé.

—«Pero, Nena, ¿dónde están las balas? Está descargado».

—«Imposible», le dije, y me puse a buscar las cajitas con balas que tenía, que eran varias. Habían desaparecido. Partimos a dar parte a Carabineros del robo del televisor, sin mencionar las balas por consejo de Nicanor.

Unas dos semanas después estaba en cama, con un resfrío espantoso, cuando sentí que tocaban el timbre de la casa. «Investigaciones, señora», me avisó María Inés, que había

vuelto de sus vacaciones. «Dígales que suban, pero solo si le muestran su carnet». Subió un señor de respetable aspecto. Me envolví en un grueso chal y en mi pieza, que estaba abrigada, nos sentamos a conversar. «Estoy aquí por el robo de su televisor», fue lo primero que dijo, muy caballerosamente. No lo habían encontrado, pero querían confirmar cómo era, cuándo desapareció y mil y un detalles. La sorpresa fue su última pregunta:

—«Señora, ¿qué más le robaron?».

—«Nada...».

—«Señora, le repito: ¿qué más le robaron?».

—«Nada, señor».

—«Señora...».

—«N-A-D-A...».

—«Déjemoslo ahí, pero le doy un consejo: no haga más leseras...».

—«¿Qué leseras?».

—«Usted sabe muy bien...», fueron sus últimas palabras y se fue y no supe más del televisor, y menos de las balas.

Me dejó de una pieza, bastante preocupada y preguntándome: ¿y ahora qué? Bueno, escribir sobre el cine del momento,

ya que las exposiciones de pintura o escultura se suspendían en los meses de verano. No así en abril, donde una variedad de artistas revolucionarios se sacaron los zapatos con ocasión de la muestra titulada *FABRICA DE HERRAMIENTAS UP*. A verla y a nuevamente entrevistar a Guillermo Núñez, aún su director. Me trasladé al Museo de la Quinta Normal. Guillermo ya se sabía a la perfección la letanía UP.

- El artista debe dejar de ser un mono sabio de la burguesía.
- El artista que no es político, no es artista.
- En la lucha de clases, el arte debe ser un instrumento.
- Allende creció al declarar no ser el presidente de todos los chilenos.

La exhibición la formaba un conjunto de gigantescos murales y algunos afiches que el día en que fui, antes de la apertura oficial, un grupo de brigadistas muy felices estaban colgando. Alegres colores chillones, semejantes a las tonalidades que por esos tempranos días del gobierno de Allende ya habían aparecido pintados o pegados en muros santiaguinos y de Valparaíso. Una frase, al menos, lo decía todo: «Tu liberación es el fusil o el voto consciente». Postura que también la indicaban las imágenes visuales. Angela Davis resaltaba profusamente y algún Lenin le hacía pelea, mientras la Estatua de la Libertad de fusil en mano competía con los Padres de la Patria de fusil en alto. Fue una larga entrevista, de más de una hora, a un Guillermo electrizado de fascinación con su trabajo y de la que recuerdo muy bien una de mis preguntas:
—«¿Te interesa que el museo sea un arma política?».

—No sé si un arma, pero tiene que ser una herramienta política, aunque no de un partido determinado. Debe tener la misma actitud que la universidad reformada, en que tam-

bién los problemas del artista van unidos a los del pueblo. El contacto tiene que ser contemporáneo. Contemporáneo en el sentido de que estamos viviendo este momento y construyendo juntos el socialismo».

El 2008, que fue un año de vigorosas «tomas» y ataques realizados por violentistas mapuches a fundos, camiones y carabineros de la zona llamada de la Araucanía, trajo a mi memoria la dura agresión a un fundo en Lautaro que perpetró una horda de mapuches a fines de abril de 1971. Desenlace: una tía del dueño, de puro pavor, cayó muerta de un ataque al corazón. «Toma» aquella que despertó mi interés, especialmente por haber comprobado con Alistair Horne lo despiadado y eficaz que era el actuar del MIR y el MCR cuando en aquel mes de febrero anduvimos husmeando por sus campos ya «tomados», precisamente en la zona lautarina.

Sin embargo, recuerdo muy bien que lo que despertó, cual estruendoso balazo, a la derecha santiaguina no sucedió en la Araucanía. Fue la violentísima «toma», el 30 de abril, del fundo Nilahue, situado en la zona central. No en Valdivia, Temuco u Osorno, y «tomado» no por el MIR, el MCR o el FER, sino que directamente expropiado por la Corporación de la Reforma Agraria, respaldada por un grupo de carabineros. O sea, por el Estado. O sea, por don Jacques Chonchol, quien le dio alma y vida a esa reforma, la que, en el caso de Nilahue, le concedió solo dos horas a la familia Baraona para abandonar la casa patronal, dureza que, como sabemos, ocasionó el ataque al corazón del dueño de Nilahue, don Jorge Baraona Puelma, quien, al igual que la señora del fundo de Lautaro, murió ahí mismo.

A raíz de la crudeza de las últimas tomas y expropiaciones, entrevisté a un asesor de agronomía, relativamente amigo,

llamémoslo Gregorio, democratacristiano bastante más de izquierda que de centro. Sintetizando, dijo:

- Solo un milagro puede salvar el desastroso porvenir de la agricultura chilena.
- La ociosidad y la indisciplina reinan en el agro chileno, tanto en la CORA como en SAG e INDAP.
- La agricultura siempre ha sido el talón de Aquiles de los regímenes socialistas.
- Mientras más asentamientos haya, más grave será la crisis alimentaria.
- Se dan casos inverosímiles. Un herrero de Malloa fue nombrado como jefe zonal de CORA en la provincia de O'Higgins. Un aprendiz de sastre como jefe de CORA en Chillán. Una dactilógrafa como jefa de SAG en Arica.
- La CORA debería expropiar a la CORA y no a particulares.

«Olvídate por un rato de todo este enjambre chileno y acompáñanos a una gira en auto por el norte de Argentina y por Paraguay», me dijeron Juan Costabal y María Isabel Anguita, su mujer, amigos ambos desde varias décadas. Como siempre que se ha tratado de viajes, «de todas maneras», les respondí sin preguntar más. Ellos partieron primero a encontrarse en Salta con un tío de Juan que vivía en Buenos Aires. Yo volé a Salta unos días después. El tío, de distinguido aspecto, era, sin embargo, un pelmazo y mandón, además; pero Salta, una ciudad encantadora y de gran distinción. Por entonces contrastaban con Santiago la sencillez y vivacidad de su gente y el general bienestar. El viaje continuó a la aún más colonial Jujuy, cercana a selvas entremezcladas con ríos, campos y valles en que crecen enormes y ordenadas plantaciones de tabaco y de caña de azúcar. Hacia el sur, camino a Tucumán, las selvas dieron paso al pomelo, el limonero,

el trigo, algo de arroz y siempre la caña de azúcar. Aunque feliz con el viaje, aún no sabía cuál era en el fondo la motivación tras él. En un momento en que el tío se alejó, pregunté. —«Nena —me respondió Juan—, no quisimos decírtelo en Santiago, pero se trata de estudiar la posibilidad de comprar alguna tierra en la Argentina o en Paraguay para volar fuera de Chile si la situación allá se espesa aún más».

—«¿Y cuál es el rol de tu tío, si él ya vive en la Argentina?».

—«Él es el de la plata, así que, aunque te cueste, trátalo bien...».

Continuamos manejando a Santiago del Estero, a Resistencia y luego hacia el norte a Clorinda, para atravesar al Paraguay. Para felicidad de María Isabel y la mía, el más que sesentón tío, en Resistencia, se enamoró de una obviamente «rubia en busca de amante» que a la hora de comida estaba sentada en la mesa del lado. Al alba del día siguiente se devolvió a Buenos Aires, llevándola a ella. Adiós plata, pensamos con María Isabel, pero qué respiro seguir viajando sin él. Juan, que se había ido a acostar temprano, no había visto a la rubia y me anduvo echando la culpa. «¿Qué le dijiste?». Se le pasaron las dudas al comprobar lo de la rubia y estaba encantado de tener a María Isabel en el asiento a su lado y no al tío refunfuñón.

Asunción nos sedujo por sus rasgos evocadores de tiempos coloniales, por la envolvente fragancia de los naranjos que ornaban la mayoría de las calles y por el caminar altivo de mujeres que balanceaban sobre sus cabezas canastos cuajados de mandarinas, naranjas y/o bananas. Mezcolanza de años perdidos en el tiempo y lo actual. En el hotel, casi de inmediato nos encontramos con varios conocidos santiaguinos, quienes

desalentados frente al Chile de Allende, andaban en lo mismo: ver la posibilidad de invertir en campos paraguayos. A un socio y amigo de Juan, bastante mayor, le hizo mal el clima y resolvió regresar a Santiago, dejándole la tarea de la búsqueda a su yerno, a quien Juan agregó al «turismo» nuestro. Por la ruta 2, aparte de estudiar los campos, llegamos hasta Foz de Iguazú, en Brasil, a contemplar esas soberbias cataratas salpicadas de arcoíris que parecen bailar entre la espuma, junto a las nubes de mariposas y bandadas de loros y golondrinas que construyen sus nidos en árboles y plantas que crecen debajo de los chorros. Fue en los atardeceres que, al recordar nuestro allendismo, el ánimo se nos venía bastante al suelo.

Al tomar, días después, la Ruta 1 que desde Asunción conduce a Encarnación, pasamos por parajes que hasta 1767 fueron prósperas reducciones indígenas en manos de los jesuitas. Más profunda fue la caída de ánimo al detenernos en el más excepcional de los santuarios, el de Yaguarón, de estilo barroco-indígena y que fuera construido sin usar clavo alguno a fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, bajo la dirección de sacerdotes franciscanos. No recuerdo exactamente el tenor de la conversación con el padre confesor. Al ver que éramos chilenos, en voz muy baja, y pidiéndonos reserva, tocó el tema de Allende. «Revolución en Libertad», nos repitió, celebrando el que al fin en Chile los campos se estaban entregando al pueblo. Tratamos de explicarle que no era para nada miel sobre hojuelas el cruel sistema que para ello se estaba aplicando, pero, sorprendido y molesto, estableció que los revolucionarios, aunque estuviesen armados hasta los dientes, tenían toda la razón.

***

Al regresar a Santiago recibí un llamado de Tito Mundt, que venía llegando desde España. No lo veía desde antes

de partir en mi viaje a Japón. «Nena, lo primero que hago es llamarte, vámonos a almorzar al club Vasco, quiero que me cuentes cómo ves tú este caos...». Fui y al segundo me di cuenta de que Tito continuaba pensando y sintiendo a toda máquina, como era su costumbre, pero que estaba aun más inquieto e inquietante que antes de Allende. «Nena, veo sangre. Sangre por todas partes. Sangre hasta en los árboles». De toda la larga conversación de ese día y la de dos días después, esas dos son las frases que se me quedaron grabadas como si en mi cerebro las hubieran marcado con un fierro ardiente. Cómo no sé me iban a grabar, siendo que poquísimo después, el 8 de junio, tres miembros de la ultraizquierdista Vanguardia Organizada del Pueblo, en corto la VOP, que fueran liberados por decreto presidencial de Allende el 4 de enero, ametrallaron a Edmundo Pérez Zujovic. Que lo atravesaron con balas de la metralleta que perteneciera a Tomás Gutiérrez, el cabo de carabineros que 15 días antes fuera asesinado por los mismos VOP. Grupo que no se arrugó al declarar que eran disidentes del MIR y que, en su opinión, la única fórmula para transformar en profundidad las estructuras de Chile era la vía armada.

Tito Mundt alcanzó a saber del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic y de inmediato decidió escribir un libro sobre su significación. No lo logró. Tito murió trágicamente dos días después, el 10 de junio. Lo supe escuchando la radio de una camioneta en que me traían de vuelta a Santiago, tras una visita a la zona agrícola cercana a Rancagua. Me dolió como si un puñal me hubiera atravesado de lado a lado. Al llegar a mi casa, supe que me había llamado en la mañana.

El clima de violencia crecía, la VOP y el MIR seguían haciendo de las suyas, mientras el ministro de Defensa declaraba que, por ejemplo, las denuncias sobre el *Comandante Pepe* y

su escuela de guerrillas pecaban de vagas. Paralelamente, según la entrevista de Mario Gómez López en la revista *Novedades* del 4 de junio, funcionaba el GAP, Grupo de Amigos Personales que formaban la guardia personal —no legal— de Allende, constituida por puros miristas que obedecían a su jefe, de seudónimo *Max Joel Marambio*, nombre real: Ariel Fontana Rossa. Al menos, jefe lo fue en esa suerte de fortaleza-mansión de Tomás Moro, donde residía Allende cuando no estaba alojando en El Cañaveral. Pero, ¿cuántos eran los GAP en total? En la entrevista de *Novedades*, Max Joel declaró que la cifra la guardaban en secreto total, pero confesó que «el 21 de mayo distribuimos 320 compañeros en todo lo que fue el dispositivo de seguridad...».

Mejor pensar en otra cosa, me dije, y olvidarme del mundo allendista-mirista, al que semana a semana se sumaban más guerrilleros extranjeros y opté por volver a las artes visuales. En eso estaba cuando recibí el llamado telefónico de Mr. Peter Davis, representante en Chile del Consejo Británico. —«Nena, le tengo buenas noticias. Me han informado desde Londres que le van a dar una beca por un año para estudiar la historia del arte, tal como usted quería. Venga, por favor, al Consejo a llenar unos formularios. Las clases comienzan el 4 de septiembre —me quedé muda de la impresión—. Nena, are you there?».

—«Sí, aquí estoy».

—«Venga a visitarme mañana, si le fuera posible».

La verdad es que hacía rato que había borrado de mi mente la posibilidad de la beca que solicité a Peter Davis en noviembre de 1970, a raíz de un encuentro en el centro con

Douglas Cochrane, que estaba visitando Chile por segunda vez, invitado por Gabriel Valdés, aún ministro de Relaciones Exteriores. —«¡Nena!, ¿qué estás haciendo en Chile?», me preguntó sorprendidísimo».

—«Douglas, ¿dónde quieres que esté?».

—«En cualquier parte. Tú no debes quedarte aquí estando Allende de presidente».

—«Dame una alternativa...».

—«Irte a estudiar arte a Inglaterra».

—«¿Con qué fondos?».

—«Déjamelo a mí. Voy a hablar con Peter Davis, del Consejo Británico...».

Tan buen amigo de Chile y de sus amigos chilenos que fue el inolvidable Douglas Cochrane. Douglas, el único descendiente de Lord Cochrane al que le importó de corazón el paso de su tatarabuelo por Valparaíso y, sobre todo, Valdivia. Se podría escribir una «novela» de las visitas de Douglas a Chile y la misa anual que le ofreció año a año a su antepasado en la abadía de Westminster cada 21 de mayo.

Entre uno y otro quehacer, no pude salir de Chile hasta la primera semana de agosto, siendo la traba principal la seguidilla de trámites cuyo cumplimiento la Unidad Popular ya comenzaba a exigir a quienes querían abandonar el país.

En mi recuerdo, en ese momento sumaban cinco. El más espinudo, en mi caso, fue el permiso que las autoridades inventaron era obligatorio extender a los becados en el extranjero. El «estamos estudiando su caso...» comenzó a repetirse y prolongar hasta más allá de mediados de julio. Estaba por caer en la desesperación cuando llegó de sorpresa a verme César Cecchi: —«Solucionado tu problema. Hablé con Hortensia y ella ordenó que se te diera el permiso». Y así fue como, gracias a Hortensia Bussi, la señora de Salvador Allende, me fue posible estudiar en Londres durante un año la historia de las artes decorativas, de la arquitectura y de la pintura y escultura. Difícil olvidarla.

❦

Arrendé mi casa, vendí el pequeño *Taunus*, con la plata compré los pasajes, y la primera semana de agosto volé en *Braniff* a Miami a ver a mis hijos, para seguir 10 días después a Nueva York y de ahí a Maine, a juntarme con Bill Buckley y su familia.

II

EN U.S.A. E INGLATERRA

Julio 1971 - Septiembre 1972

Max e Ignacio, en ese momento de 22 y 19 años, respectivamente, estaban en vacaciones de sus universidades y la política chilena les interesaba, pero muy hasta por ahí nomás. Preferían partir conmigo a toda velocidad por la bahía de Biscayne, en la lancha de un motor fuera de borda perteneciente a su padre, quien vivía en Miami desde hacía varios años. O arrendar en la marina de Coconut Grove un yatecito tipo *sloop* y navegar a todo sol en mar abierto. Ambos con su melena al viento y yo sujetándome la mía con un pañuelo que a los tres minutos salía volando. Estar con ellos, entonces y para siempre, es y ha sido mi mayor felicidad.

Un agrado también fue encontrarme en Miami con Alejandro Briones y Carmen Bascuñán, su mujer. Hijo, él, de una

compañera de colegio, lo conocía desde siempre. A Carmen la conocí por teléfono cuando Alejandro, aún lolo, vivía a media cuadra y llegaba a mi casa a llamarla porque en la suya le criticaban su pololeo. A ellos sí les interesaba saber en detalle qué estaba pasando en Santiago. Sin sospechar que Allende sería elegido presidente, Carmen había programado, semanas antes, viajar el 7 de septiembre del 70 con sus dos niños a casa de su suegro en Miami. Alejandro llegó a acompañarlos un mes después. Representante en Chile de los *Mini Cooper* y a la espera del rumbo que tomaría la Unidad Popular, buscó y encontró trabajo al instante. Se quedaron y, como a tantos otros chilenos residentes o recientemente asilados, el poder escuchar de viva voz las artimañas y engaños de la urdimbre allendista les era sustancial.

Hacia el 20 de agosto partí a Nueva York, recogí en la oficina de *National Review* el pasaje que Bill Buckley había ordenado me entregaran y dos días después volé a Portland, Maine, desde donde Bill me llevó en auto hacia el mar. En Cyrano, el fiel yate de Bill en que posteriormente atravesó el Atlántico, nos esperaban Pat, la espléndida señora de Bill, y la dulce e inteligentísima Priscilla, su hermana. Nos entendimos en un santiamén y durante los tres días que estuvimos navegando a lo largo de la costa de Maine me aceptaron como si fuese parte de la familia. Contra mi voluntad, me decía calladamente: Si Allende no hubiese sido elegido presidente, no estaría aquí.

Mientras volábamos de vuelta a Nueva York, Bill me propuso que, bajo contrato, desde Inglaterra le escribiera cada 30 días un informe sobre todo el acontecer allendista. —«Bill, ¿cómo voy a escribir sobre Allende si voy a estar estudiando historia del arte?».

—«No acepto un no. Yo sé que lo puedes hacer. Te mandaremos un cheque mensual donde tú me digas...». Y así fue como comencé a convertirme en corresponsal de *National Review.*

***

A Londres llegué el sábado 2 de septiembre, al departamento de Loreto y Ramsay Short, ya convertidos en marido y mujer y a quienes no había visto desde que partieron directo a Londres desde Japón. Me recibieron con los brazos abiertos y me quedé con ellos hasta que nació Elvira, su hija, unos tres meses después. Loreto, quien tenía poco o nada que ver con el allendismo y sí mucho con el periodismo, fue nombrada agregada de prensa en la embajada de Chile. Gracias, me parece recordar, a que su mamá era amiga desde el colegio de Hortensia Bussi. Para mí no pudo ser más práctico que Loreto tuviera acceso a todas las noticias que llegaban a la embajada desde Santiago. Al contarle que me había comprometido a escribir sobre los sucesos chilenos a *National Review*, sin pedírselo, me dijo: —«Para qué están las amigas. Yo te voy a traer en las tardes todos los télex que nos lleguen, tú anotas lo que te interese y en la mañana me los llevo de vuelta».

Así fue como, gracias a la mejor de las amigas, que lo sigue siendo, y el apoyo de Alistair Horne y Douglas Cochrane, fui armando una tela con varias arañitas que me informaban y daban datos sobre los trasfondos y tejemanejes de la vía chilena al socialismo. A Alistair y Douglas, los primeros de la lista, se fue agregando una estela de chilenos de paso, de cartas recibidas por chilenos residentes o becados, ciudadanos británicos antimarxistas con nexos comerciales o amistosos en Chile y también izquierdistas chilenos a los que se les fue apagando su inicial entusiasmo por las tácticas de Allende. Durante el año que estuve en Inglaterra, llegué a saber y comprender bastante a fondo la lucha a muerte que se fue fraguando y

envenenando el vivir de mis compatriotas. Y a escribir a *National Review* lo escuchado, lo leído y mi parecer.

El primer encuentro con chilenos fue para la recepción del 18 de septiembre en la embajada de Chile. Loreto llegó con una invitación dirigida a mí. Puse cara de «ni muerta voy», pero ella, antes de que yo me negara, dijo rotundamente: «Nena, no admito que no vayas. Además, tú conoces a Álvaro Bunster. Es el embajador, Nena. No puedes no ir». A Loreto no podía negarle nada, y fui. En buena hora.

La embajada estaba repleta. Álvaro y Raquel Parot, su mujer, me recibieron especialmente amables, a pesar de estar rodeados y halagados por algunas autoridades británicas e innumerables izquierdistas con cara de izquierdistas y vestimentas desde elegantes hasta «artesas». Y mucha barba. Entre todo ese mare mágnum divisé a Julio Retamal Faveroux, becado ese año universitario 71/72 en Oxford. ¡Qué dicha vernos! «No somos los únicos momios aquí, contigo vamos a ser cuatro. Vamos, te voy a presentar a los otros dos», me dijo Julio y me llevó del brazo al rincón en que estaban Hernán Larraín Fernández y Benjamín Lira Valdés. Hernán becado en el London School of Economics y Benjamín estudiando dibujo y pintura en el Byam Shaw School of Art. A Benjamín lo había conocido a raíz de su primera exposición, sobre la que escribí y presenté en el programa de las artes visuales que tuve en el *Canal 13* de TV de la Católica. De Hernán no sabía nada. Lo que sí fue claro es que desde ese instante nos convertimos en un apretado nudo de amistad y continuo intercambio de noticias. En un Londres en que en esos años todo era baratísimo, pero baratísimo, íbamos juntos al cine, al teatro y al ballet y, sin dudar, fuimos los tres a visitar a Julio Retamal a St. Anthony's, en Oxford. Además, viajamos juntos por Francia, Italia y España.

A Raquel Parot la conocí cuando éramos lolas, ella la más linda de las lindas entre todas. A Álvaro lo conocí y vi varias veces a fines de los años 50 en casa de Nena Eastman, tan momia como yo, aunque, a decir verdad, todavía la palabra momio no estaba de moda. Eugenio Lira Massi, aquel perspicaz opinólogo que escribía para el *Clarín*, a la palabra momio no le había dado aún el sentido burlesco que le dio al describir al senador Francisco Bulnes como momio. Lo único sobre Álvaro que me quedó claro fue que era, en ese tiempo, profesor de derecho en la Universidad de Chile y que me pareció inteligente, pero no recuerdo conversaciones relacionadas con la política en que él u otros invitados participaran. Dejaron de verse con mi amiga Nena y, aunque lo perdí de vista, de vez en cuando me cruzaba con Álvaro por el centro y, gracias al típico «copucheo» santiaguino, escuchaba hablar de él, de su matrimonio con Hortensia Ariztía, de su separación y segundo matrimonio con Raquel. En cuanto a partidos políticos, no lo habría catalogado en ninguno. De ahí mi casi desmayo cuando, en diciembre de 1970, con Allende ya en el trono de La Moneda, me encontré en la plaza de la Constitución con Carlos Vasallo, con quien simpatizábamos desde tiempos quinceañeros. —«Cuéntame, ¿qué vas a hacer ahora que Allende, tu amigo, es presidente?».

—«Me voy de embajador a Italia», me contestó, feliz. Tras decirle la envidia que me daba, recordando a Alistair Horne y a Loreto, le pregunté quién iba a ser nombrado embajador en Inglaterra. —«Álvaro Bunster», me respondió.

—«¿Álvaro?, ¿embajador? ¿Por qué?».

—«Porque es comunista».

Al ver mi cara de asombro, agregó: —«Nena, no lo dudes. Solapado será, pero es comunista, o no iría a Londres. Las

bular, leer o escribir cuando no me llevaban a conocer los alrededores, incluyendo en una ocasión Stonehenge.

Alistair estuvo durante aquellos meses escribiendo *Small Earthquake in Chile*, un libro sobre su paso por Sudamérica, con énfasis en nuestras aventuras con el *Comandante Pepe* en Liquiñe, Chonchol en Temuco y otras experiencias allendistas. Cuando tenía dudas, me consultaba; y como su libro incluía aspectos sobre la política chilena que no eran mi fuerte, le sugerí que invitara a Membury a Hernán Larraín, quien fue varios *week end*. Generalmente llegaban a quedarse también otras amistades, en su mayoría intelectuales de peso. Graham Green y Peregrine Worsthorne, director del *Daily Telegraph*, por ejemplo. Además de educadamente preguntar a Alistair sobre su viaje a Chile y sobre su libro, muy de paso los invitados me preguntaban algún dato a mí o a Hernán. Lo usual, cuando acertábamos a decir algo que sonara a crítica hacia Allende, era mirarnos como si fuésemos interplanetarios. Salvo Worsthorne y una que otra excepción que, como él se había dado el trabajo de investigar el tema, con mucha elegancia nos rebatían basándose en lo que el 100% de la prensa europea de izquierda dictaminaba: ¡Alabado sea Allende! «Ese democrático jefe de Estado, elegido por el pueblo, que ha respetado y sigue respetando la Constitución de Chile. Que ha sido atacado desde el primer día por la derecha y por los intereses norteamericanos, los que, con la ayuda de la CIA, en su afán de desbaratar el experimento allendista, instigan las dificultades económicas y la falta de alimentos». Esa era la cantinga.

Inútil era rebatirles demostrando que Allende sacó solamente el 36,2% de los votos, que hacía varios meses ya había declarado no ser el presidente de todos los chilenos. O que la culpa de la escasez de los alimentos básicos la tenía la Re-

forma Agraria de Jacques Chonchol, con el visto bueno de Allende. Agregado al visto bueno que, aunque negándolo de viva voz, por debajo ambos se lo otorgaban a las «tomas» del MIR y sus retoños. Por suerte, rápidamente se cambiaba de tema y el afilado sentido del humor que tienen los ingleses borraba cualquier desánimo.

Uno de los fines de semana que más recuerdo es aquel en que Alistair invitó a Raúl Fabres, quien, en Santiago, recordemos, le consiguió el vuelo en planeador a Bill Buckley y nos invitara a Alistair y a mí a su departamento de Concón cuando Alistair quiso entrevistar en Valparaíso a Mr. Allende. Raúl, que andaba en negocios aéreos por Europa, llegó a Londres de sorpresa cuando yo ya estaba viviendo con Douglas Cochrane y Anne, su mujer, en su típica casa inglesa, angosta y de cinco pisos, en Wilfred St., cerca de Victoria Station. Salvo durante el fin de semana en Membury, Raúl me vio tan ocupada estudiando y escribiendo a *National Review*, que me dijo. —«Mira, Nena, si quieres aprender bien la historia de la pintura y la arquitectura, mejor que viajes a ver los museos y los edificios del continente europeo. Como sé que entre tu beca y lo que escribes a Bill no te da para ello, te voy a becar yo para que lo hagas...». Y, al despedirse de Londres, le entregó un sobre a Douglas Cochrane, diciéndole: —«Se lo das a Nena después de que yo me vaya...».

Acercándose Navidad, con Hernán Larraín y Benjamín Lira nos preguntamos: —«¿Qué vamos a hacer para la Pascua? Aquí todos nuestros amigos van a estar celebrando en familia...». No recuerdo cuál de los dos dijo: —«Me encantaría copiar a Gabriel Valdés, que una vez contó que él y su familia fueron a la Misa del Gallo en San Francisco de Assisi». —«¿Y por qué no nosotros, también?». Feliz pregunta la que nos hicimos. Arrendamos un auto para viajar desde Francia

a Italia y vuelta a Francia, y volamos a París una semana antes del 25 de diciembre. Ellos dos se fueron a alojar con unas amigas y yo donde la leal Maruja Balharry y Carlos Cruz, su marido, en ese momento primer secretario en la embajada de Chile. Sin titubear, al despedirnos, les di, escrito, el número del teléfono de Maruja. ¡Qué voladura la de ambos! Perdieron el número y yo me empecé a desesperar al no recibir su llamado. Pero estaba de Dios llegar hasta Asissi. Andábamos con Maruja, heladísimas, recorriendo el barrio de L'Operá, cuando, al pasar frente al café della Pays, divisé dos cabecitas, una de melena larga y la otra con el *african look* de moda en cabelleras crespas. Ahí estaban ambos dentro del café, con sus rostros pegados a un vidrio lleno de escarcha. ¡Qué alivio! Y qué de aventuras se fueron sumando al ir y venir de ese paseo a la nocturna Misa del Gallo en la iglesia superior de San Francesco de Assisi, donde hacía más frío que en París o en toda la ruta. Poco nos importó. La iglesia, iluminada a todo dar, nos permitió contemplar los frescos del Giotto y Cimabue como jamás se logra si no es en Navidad. Mirando las escenas religiosas que llenan los muros y, simultáneamente, a los fieles que abarrotaban las banquetas, en un 90% habitantes de la región, descubrimos que Giotto no inventó. Los rostros y ojos semioblicuos que nos rodearon esa noche eran iguales a los de las pinturas del maestro del siglo 14. La «beca» de Raúl Fabres nos estaba regalando sus frutos.

Ya en camino de regreso, nos detuvimos un rato en Arezzo, alojamos tres noches en Florencia y seguimos directo a Berna, en Suiza, para continuar a la mañana siguiente a Basilea, a ver su museo y manejar a todo el dar que permitió el recorrido por un norte de Francia maravillosamente nevado. Llegamos de vuelta a París en la tarde del 31 de diciembre, a encontrar que de Santiago había llegado la mamá de Hernán unas horas antes. Fue muy simpático, pero muy simpático, conocerla y

pasar la noche de Año Nuevo con ella y ellos en un boliche perfumado a marihuana en el barrio de La Sorbonne. Eliana Fernández venía llena de noticias desalentadoras, pero le pedimos que las dejara para después.

Durante nuestra estadía parisina, estuve con Sergio Matta, el hermano de Roberto, el pintor. Sergio, quien desde hacía una buena cantidad de años vivía en París, en ese momento venía recién llegando de Chile. Con su ojo clínico y su profunda sensibilidad, volvió a Francia espantado. Anoté al pie de la letra todo lo que me contó y al llegar a Londres se lo envié a *National Review*:

«Fui a Chile seducido por la "nueva experiencia" y porque tiendo a ladearme hacia la izquierda. Pensé que debía ver con mis propios ojos si debería o no vivir en Chile mismo este histórico momento. Cuando llegué allá, no pude creer lo que estaba viendo: Irak. Chile hoy es Irak. Todo ha cambiado. No sé si desde lejos había idealizado a Chile, pero las calles y los edificios se veían tan sucios. Y en el medio del centro de Santiago, por ser época de Navidad, tenías ahí a todos esos vendedores ambulantes con carretas, carretillas, quioscos y una especie de boliches, un sinfín de objetos sobre las veredas, obstruyendo todo y a todos. Simplemente, no podías pasar a través del enredo. Parecía un mercado del Medio Oriente... SIN lo pintoresco. Agrégale que si manejando das vueltas por la ciudad, te das cuenta de que no existe planificación urbana. Atroz».

«Hablé con gente de todos los colores políticos. Tú sabes que la mayor parte de mis amigos son momios, que han perdido sus fundos o están pasando por difíciles momentos en lo económico. Pero cuando yo vivía en Chile, estuve unido al teatro y tengo también muchos amigos intelectuales de iz-

quierda a quienes de todas maneras vi esta vez. Hablé largo con ellos y con un muy conocido periodista de izquierda. Para los contados idealistas de esa izquierda, es obvio que la mayoría de la Unidad Popular está robando, creando nuevos puestos con altos sueldos, etc., etc. O sea, haciendo lo mismo que han criticado tanto durante tanto tiempo. Para mí que saben que están condenados a fracasar y que más vale sacar ventajas mientras se pueda. Los izquierdistas me repitieron una y otra vez: "La revolución ya no resultó...". Los pocos idealistas están convencidos de que la revolución es un fracaso y que sus horas están limitadas. Y están de acuerdo en que tomará 30 años devolverle a Chile el *standard* que tenía pre-Allende. Para mí, los duros años que se nos vienen no me importan tanto en términos de dinero como en términos de odio, de vulgaridad, algo que nunca había existido entre los chilenos. Tomará una generación entera para borrarlo. Y yo, aquí en París, diciéndoles a lo largo de años a todos mis amigos que Chile es diferente. Diciéndoles que somos blancos como los argentinos. Que es en Perú y en Bolivia donde hay problemas raciales. No nosotros. Pero cuando fui al centro en busca de las muchachas bonitas, no vi ninguna. En cambio, me encontré con la Araucanía. Gente baja, achaparrada, de pelo muy negro liso y odio en sus miradas. En el barrio alto, en Providencia, me sentí como en otro país. Casi toda la gente es agradable de mirar: pelo rubio, ojos claros. Europeos. Se podía sentir la diferencia. Pero el odio que existe entre las dos razas es palpable. ¿Cuándo y cómo se puede borrar ese odio? Es terriblemente triste. Ahora estoy de vuelta aquí en París, sin entender o saber si pertenezco a la izquierda o la derecha... pero me quedó claro que no me voy a ir a vivir a Chile».

«Me preguntas por la Marcha de las Cacerolas Vacías que organizaron las mujeres. Impresionante es la palabra. Densa,

compacta, en orden. Miles de mujeres decididas, de todas edades. No podías sino impresionarte. Y me preguntas sobre la visita de Fidel Castro. Se fue furioso de Chile. Si hubieras visto y oído lo que los chilenos le dijeron. Irrepetible. ¡A Castro, que es una leyenda internacional, le gritaban o le escribían en la prensa cosas increíbles! Titulares enormes, en letras negras, negras, diciendo que es un maricón. Esto, porque en una fiesta en Chuquicamata bailó con un hombre. Nadie consideró que Castro es cubano, o sea, tropical... Y Castro también se enfureció porque el Estadio Nacional se llenó solo a medias cuando dio su discurso de despedida. Todo Chile le escuchó decir que tamaña afrenta no se permitiría en Cuba. Allende, por su lado, estaba furioso porque Castro abiertamente opinó sobre la revolución chilena. Su visita no terminó nada de feliz».

«Otra opinión que te puedo dar. Un abogado izquierdista independiente escribió hace una semana: "Hay una sensación general de que al finalizar el verano los chilenos se van a agarrar entre ellos". A no ser que algo inusual surja, personalmente no tomaré partido... si Dios quiere. Claro que nadie moverá un dedo antes de que se sepan los resultados de las elecciones del próximo domingo. Y con suerte el gobierno va a dominar su ímpetu hasta después del encuentro de la UNCTAD, el próximo abril».

Al volver a Londres me encontré con cartas llegadas de Chile y un jugoso testimonio sobre un pequeño encuentro en casa de Sylvia Celis, la tan bonita como agradable primera mujer de Carlos Altamirano, en esos días la *attaché cultural* en Londres. Al mencionarse *El Mercurio*, Sylvia dijo: «¿*El Mercurio*? Es el único diario que se puede leer, el único que dice la verdad». Palabras que dejaron atónitos a dos momios solapados que estaban presentes y a quienes la concurrencia los creía mar-

xistas. Pero se sorprendieron aún más cuando Sylvia agregó que ella y sus hijas estaban oficialmente en Londres por cinco años, pero que era visible que tendrían que irse antes: «El gobierno ya falló... Allende jamás llegará hasta 1976». Lo que me condujo a preguntarme: ¿Estará realmente la «manzana» podrida por dentro? ¿No estarán el senador Altamirano, mi primo, y sus satélites promoviendo una atmósfera de fracaso para empujar al gobierno a acelerar sus acciones?

Comenzaron a pasar semanas en que era raro el día en que no se me acumulaban noticias de Chile. ¿Estaba mi país jugueteando? Dejando de lado las protestas de los trabajadores del cobre frente a la irresponsable desorganización técnica que imperaba en las minas, ¿quién diablos permitió que la comisión rusa inspeccionara las de Chuquicamata y copiara planos, patentes americanas y toda la información técnica dejada por los norteamericanos? ¿Allende? ¿O es que en Chile gobernaba Moscú? Por otro lado, el que un democratacristiano impugnara a José Tohá, el ministro del Interior, y le resultara, lo aplaudí. Pero, ¿en qué jueguito estaba pensando Allende al nombrarlo de inmediato ministro de Defensa y en menos de media hora nombrar al de Defensa como ministro del Interior? ¿Es acaso la suya una nueva versión de las sillas musicales? ¡Vaya jugarreta! Si de agudezas estaba Allende hablando, preferí optar por las recetas de cocina de *Bigote*:

- Cómo hacer una revolución con sabor a vino y a empanadas, sin harina, sin carne, sin cebolla y sin vino.
- Cómo cocinar arroz con pollo, sin arroz y sin pollo.

Lo cierto es que, mirando desde lejos, favorable me pareció una lista de signos post la Marcha de las Cacerolas. Me indicaban que la oposición había despertado y estaba limándose

las garras para batallar en contra de cualquier ataque violento. Intuí también que los extremistas de la izquierda, incluyendo a algunos integrantes de los partidos del gobierno, al oler ese despertar derechista se les acrecentaron sus ansias por prender la mecha. Fuese como fuese, era refrescante no escuchar más ese «en Chile no pasa nada». Pasaba de todo, hasta debajo de las camas, aunque muy poco sucedía en las cocinas, cuyos estantes permanecían vacíos. Con todo, lo que innegablemente me inquietó fue el pololeo con las Fuerzas Armadas que estaba activando Allende. Por suerte, cometió su primer gran error al ordenar que se obligara a renunciar al respetadísimo coronel Alberto Labbé, director de la Escuela Militar. ¡Qué pecado el suyo! ¡Negarse a rendirle honores a Fidel Castro! ¿Quién se había atrevido a desairar a esa «leyenda», como lo describió Sergio Matta? ¿O establecer pública y claramente en su discurso a los alumnos de la Escuela Militar lo que es el rol del Ejército? ¡Viva Labbé!, me dije a mí misma, a Alistair Horne y a Bill Buckley.

***

Gracias a una semana libre de clases de historia del arte, dejé de lado la avalancha de información y me fui a Suiza, invitada por Alistair Horne. Partimos en avión con Renira, su mujer, directo a Ginebra y de ahí al pequeño castillo que Bill Buckley arrendaba por dos meses todos los inviernos en Gaastd. Allá nos esperaba Alistair, que se había ido en auto, y naturalmente que, además de Bill, estaban Pat, su señora, y Priscilla, la hermana que había conocido en el yate seis meses atrás. ¡Qué linda la nieve y qué lindo fue estar todos juntos! De día la mayoría esquiaba y aparte de la vez que traté en vano de no quedar en el ridículo, preferí no continuar complicándoles la vida. Buena medida. Me dediqué a estudiar los libros de arte que había acarreado.

En las tardes llegaban las amistades de Bill y Pat: periodistas, actores de cine, intelectuales y amigos íntimos. A bien pocos les interesaba Chile, pero tenían curiosidad por esa «Revolución en Libertad». Invariablemente, Bill me pasaba la palabra. Si no hubiese sido porque mi opinión le importaba a los dueños de casa y a Alistair, era como hablarle a la pared. Pero en ningún momento dejé de establecer lo poco libre que es la libertad cuando a los ciudadanos que con respeto dicen lo que piensan, se les castiga hostigándolos o despidiéndolos de sus puestos de trabajo. Y menos si se trata de un coronel del Ejército. Agregué que tampoco me sonaba a libertad el que fuera *in crescendo* la serie de trámites obligatorios para lograr el permiso de salida del país.

Alistair volvió a Londres en avión y con Renira regresamos calmadamente en el auto, parando en Reims, Amiens y Canterbury, para que yo viera las catedrales. Llegué a Londres maravillada de haber tocado la piedra y visto en detalle tan sobresalientes ejemplos de la arquitectura gótica, que fuera el primer tema que estudiamos en el Victoria & Albert. Me esperaba correspondencia y un delicioso cuentecillo. En una amigable comida, al informársele entre conversa y conversa a Volodia Teitelboim, quien estaba de paso en Inglaterra, que estudiantes británicos de izquierda pensaban que la revolución de Allende caminaba muy lentamente, Volodia dijo que eso lo opinaban porque era lo que decía la prensa. Que tras el escenario estaban pasando otras cosas. Cuando se le preguntó si acaso la línea dura se establecería después de las elecciones presidenciales de 1976, respondió que mucho, mucho, antes: «Asuntos pasarán este año y la Unidad Popular está preparada». Al escuchar el pensamiento de Volodia, al que en alguna parte yo había conocido, no me parecieron deschavetadas las reflexiones que me llegaban de Chile diciendo que el Partido Comunista no estaba para nada contento. Que

tomaría las riendas antes que aceptar el que, a los ojos del pueblo, prosiguiera el deterioro de la Unidad Popular.

Aseguró Volodia, además, que se mantendría al lado de Allende siempre y cuando consintiera en pararle el carro al imparable paseo, cual Pedro por su casa, del MIR por Cautín, Valdivia y por la zona de Linares. Curioso Volodia, ya que sabido era que el propio Partido Comunista creó al MIR como su brazo armado. O tal vez, sin confesarlo, se refería al contrabando de armas que comenzaba a llegar por avión a Pudahuel. No solo a las que habían llegado y pillaron en diciembre a bordo de un *Lan-Chile*, nuestra querida línea aérea, sino a los que continuaron aterrizando en Pudahuel a bordo de la *Cubana de Aviación* hasta poquísimo antes del día de la muerte de la Unidad Popular. Muy evidente quedó el chistecito de Allende: le negó a las autoridades aduaneras todo permiso para revisar el contenido de cajones consignados a nombre del presidente de Chile. Intocados, fueron trasladados directamente a Tomás Moro, bajo prohibición de abrirlos. Se prohibió, también, revisar los sacos de azúcar que se descargaban de barcos cubanos en Valparaíso, algunos de los cuales se cayeron de las grúas y, al dar bote en el pavimento, saltó más de una metralleta.

La «beca Raúl Fabres» continuó funcionando y para Semana Santa viajamos a Sevilla e Italia. Benjamín Lira eligió hacer grupo aparte y se fue a recorrer Moscú y San Petersburgo. Con Hernán Larraín lo reemplazamos por las hermanas Brunner, Kathy de 21 años y Earleen de 24, ciudadanas de Estados Unidos. Volamos a Madrid, arrendamos un auto y nos dirigimos, primero, a Córdoba, a Sevilla por cuatro días, de ahí a Granada y vuelta a Madrid, donde residía una buena cantidad de amistades tanto de Hernán como mías. Perfecto viaje. Colmado de santidad, aventuras, amistad y desparramadas noticias sobre Chile.

Tres o cuatro días después, Hernán y ambas hermanas regresaron a Inglaterra y yo volé a Roma. Esa incomparable Roma que en el viaje navideño no había visitado. René Rojas, embajador de Chile ante el Vaticano, con quien éramos amigos desde los años en que él estudiaba leyes, me invitó a un almuerzo en la embajada. Excelente ocasión que me permitió recoger noticias más frescas que las que escuché en Madrid. Datos más aclaratorios y, desde luego, bastante desalentadores. La más destacada me la dieron Gustavo Alessandri y Constanza Vergara, que andaban turisteando y habían recibido una carta el día anterior. Dicho en corto, a la población «Che Guevara», situada en las afueras de Santiago, habitada por miristas y extremadamente bien organizada bajo órdenes directas del presidente de la República, lograron entrar tres «liberales» norteamericanas representando al *The New York Times* y una periodista chilena posando de intérprete, quien, por razones obvias, pidió que no se diera su nombre. De acuerdo con lo dicho por el grupo mirista, habían estado ellos anteriormente concientizando cerca de Melipilla, de donde se mudaron a la «Che Guevara», cuando Allende los llamó y les asignó el lugar. Por su orden, la información decía: 1) Que predominaba el idealismo y que el grupo mirista tenía evidentes ganas de hablarle a las «gringas» sobre sus métodos, sus acciones del pasado y sus planes para el futuro. 2) Que actuarían el día que Allende les diera la orden. 3) Que un joven cubano, llamado *El Colorín Bruno*, dirigía la escuela de ametralladoras. 4) Que todos eran expertos en karate, que todos sabían disparar y todos vivían exclusivamente preparándose para la llegada de la revolución. 5). Que lo que más la impresionó es la red radial que tenían para comunicarse con otros asentamientos y, de acuerdo con ellos, también con la Presidencia.

Entre otros detalles que escuché durante ese almuerzo, supe que durante 1972 se esperaba importar el equivalente a US$ 400

millones en comida. Es decir, los chilenos se «comerían» el cobre. También se sopesó lo que habían escuchado sobre las Fuerzas Armadas. En la Fuerza Aérea y la Marina se semideliberaba sobre cuál debía ser su rol en el peor de los casos y, claro, nadie sabía cuál era ese peor de los casos. Que el Ejército también deliberaba, pero en menor escala. Que todavía continuaba siendo el niño mimado. Tanto así, que al general Palacios lo habían nombrado ministro de Minería. Se habló también de los GAP y la retahíla de más de cien automóviles con patente presidencial en que se desplazaban, la mayoría inscritos a nombre de *La Payita*, me aseguraron. ¿Y por qué no, si también estaba a nombre de ella el caserón donde funcionaba la embajada de Cuba? Por supuesto que, según la izquierda, en aquella temporada la culpa de todo la tenía la ITT, pasando la CIA a segundo plano temporalmente.

***

Llegó mayo y se me vinieron encima los exámenes de historia del arte, anunciados por mis compañeros como dificilísimos. Me dediqué exclusivamente a estudiar, dejando de lado a Allende y toda su farándula. Di los exámenes y, para mi grandiosa sorpresa, junto con *lady* Beaumont of Whiteley salimos segundas. Nos superaron, también aparejados, los dos graduados de Harvard. El joven *lord* no pasó los exámenes. A esas alturas, con unos diez de los alumnos nos habíamos convertido en un nudo de amistad y comenzó una rueda de encuentros y paseos. Elizabeth y Robert Romanis me invitaron a su casa de campo en Sussex, situada a unas tres cuadras de los famosos blancos acantilados que dan al canal de la Mancha. Días de sol y pura belleza. Ni me acordé de Allende. Michael Spratt nos invitó, a los Romanis y a mí, a comer a su casa para que conociera a su familia; y en un primaveral día posterior me llevó a recorrer los Kew Gardens y a caminar por todo Hyde Park, el que aún yo no

había pisado. Con los más jóvenes, incluyendo a *lady* Beaumont, salimos a parrandear y a recorrer galerías de arte.

Benjamín Lira, en cambio, al día siguiente de dar mis exámenes, me dio una orden perentoria: «Mucha preocupación tuya por los líos de Allende y visitas a la National y la Corcoran Galleries, pero NO conoces el corazón de Londres. Mañana te voy llevar y vístete elegantísima. Son barrios elegantísimos». Él llegó con su *african look* y de *blue jeans* muy planchados, que era la moda entre los jóvenes de buen gusto, lo que yo no había captado. Recorrimos Bond Street con sus distinguidísimas tiendas y en Asprey's, la más vetusta y más cara de la ciudad, nos atendieron como si fuésemos de la familia real. De ahí a organizar un recorrido por lugares ingleses que no conocíamos fue un solo paso. Con Hernán Larraín, una de las hermanas Brunner y Benjamín, nos fuimos hacia el norte en el flamante verde, verde, *Volkswagen*, modelo *Escarabajo*, que había adquirido Benjamín. Stratford-upon-Avon nos desilusionó, pero, hacia el oeste, Bath nos entusiasmó. Sin duda alguna, es una de las ciudades más bellas del mundo. Lo cierto es que se fue desarrollando la primavera más encantadora que recuerdo. Tal vez porque, poco antes de los exámenes, al nacer Alexander, el primer hijo de Douglas Cochrane, dejé Wilfred Street y me fui a la misma residencial donde vivían las Brunner, situada en Kingsbridge, justamente detrás de Harrod's. Todo lo vital de Londres sucedía en Kingsbridge. Como se decía en Chile en esos años, ese era el barrio «la papa».

Fue a esa residencial donde un día me llamó Álvaro Bunster, para invitarme a almorzar. Como hacía unos dos meses él y Raquel me habían invitado a almorzar, sin nadie más, a la embajada, donde no se conversó sobre ningún tema difícil, supuse que se repetiría el caso. Pero, no. Fuimos a un restau-

rante y sin Raquel. Me preguntó sobre mis estudios, sobre mis hijos y puras otras generalidades. Terminado el postre, me dijo: «Me muero de sueño. Donde vives, ¿hay algún rincón para poder dormir una siesta?». «Epa», me dije, pero antes de que le dijera que no, me subrayó: «Nena, sabes muy bien lo que me atraes, pero es verdad que no puedo más de sueño y tengo que estar bien despierto para lo que quiero conversar contigo». Lo llevé, se recostó y durmió una media hora, mientras yo escribía a Nueva York. Abrió los ojos, se sentó y dijo: «Te quiero pedir, como amigo, que no sigas escribiendo a Chile sobre lo que sucede dentro de la embajada...».

—«¿Qué sucede en la embajada y a quién podría yo escribírselo en Chile, según tú? Álvaro, por si tú no lo sabes, yo escribo para *National Review* de Nueva York. No a Chile. Y a *National Review* no le podría importar menos lo que pasa en las embajada chilenas, sea donde sea que estén...».

—«Nena, yo sé que escribes a Chile sobre mí y sobre la embajada...».

—«No seas tan presumido...», le espeté, y ahí terminó la conversación y el encuentro con Álvaro, a quien no vi personalmente nunca más y nunca supe qué era lo que alguien supo en Chile que le preocupaba tanto. O bien, al igual que a otros, a Álvaro le estaba preocupando su futuro como embajador, dado lo patas arriba que estaba el país.

La realidad es que Chile estaba peor que patas arriba, a juzgar por las cartas que acababa de recibir, la primera escrita por una romántica prima mía que solía ladearse hacia la izquierda, aunque no votó por Allende aquel 4 de septiembre. No votó, pero el que fuera elegido la hizo inmensamente fe-

liz: «¡Qué buena lección para todos esos momios! Los tiempos han cambiado y los cambios son esenciales», me declaró cuando regresé a Santiago desde Japón, en octubre del 70.

En julio del 72, su izquierdismo había perecido. «La vida en Chile continúa, pero distinta. El país es todavía maravilloso debido al clima y su naturaleza, pero son tantos los problemas del diario vivir... Hasta la gente está cambiando. Hay una atmósfera de resentimiento, ineficiencia y angustia, difícil de soportar. Comienzas el día con problemas de transportación, continúas con la escasez de todo y terminas el día frente a la evidencia de que este tan lindo y adorado país se está yendo al infierno. No me puedo imaginar cómo o cuándo se pueda levantar, pero sí espero que algún día, dado el descontento general, nos podamos al fin liberar de este irremediablemente inservible gobierno. Han habido cambios en el gabinete —para dar la impresión de que el gobierno se da cuenta que todo no está perfecto— pero no creo que esa sea la solución. Si tomas en cuenta las infranqueables animosidades políticas, la única solución va a ser una dictadura militar de diez años. Eso le enseñaría a la gente que debe trabajar, producir y hablar menos. Claro que este es un punto de vista muy retrógrado, pero si tú estuvieras aquí entenderías por qué lo digo. Perdona que escriba todo esto. Es un tema una lata y muy triste».

En la otra carta María Isabel, mi amiga, que con sus hijos vivía en Buenos Aires, contó que fue a Santiago por una semana: «Todo continúa su, paso a paso, descendiente curso. Las colas ahora están de moda. Largas colas en días helados y bajo la lluvia. El tiempo está como los chilenos: triste. Mis compatriotas agachan sus cabezas, de a poquito, pero más y más. Creo que en la próxima visita a Chile voy a encontrar a mis amigos caminando con las manos en el suelo. Juan cree que el enfrentamiento se va a producir este año».

A los pocos días, Maruja Balharry, mi amiga parisina, me visitó en Londres. Venía ahogada por contarme lo que escuchó en una pequeña comida dada en París por Carlos, su izquierdista marido diplomático, a un íntimo amigo representante del allendismo, de visita en Francia. El tema cursó sobre las recientísimas elecciones en la CUT, en que *Fatiga* Figueroa, el candidato comunista, fue elegido presidente. «Pero —dijo el visitante—, el segundo lugar, aún no oficial, se está peleando voto a voto entre el candidato democratacristiano y el socialista... porque, les cuento, la Unidad Popular se ha robado la mayor cantidad posible de votos necesarios para que gane el socialista. Este no es un rumor o suposición». Y pletórico de orgullo, pasó a explicar en detalle el método usado. «Tuvimos que hacerlo porque la Unidad Popular no puede perder el segundo puesto en la CUT...». Obvio, era la primera vez en la historia de la CUT que los candidatos marxistas no salieron elegidos a la primera. «En corto —continuó mi amiga—, imagínate lo que 1973 va a traernos».

También me contó Maruja que Alfonso Inostroza, el presidente del Banco Central, había viajado a Moscú unos diez días antes a pedir o rogar por plata. Muy privadamente, en París, dijo que la respuesta fue un rotundo NO. Agregó Inostroza que pronto no habría comida en Chile. Que lo que se invertía en las importaciones de comida era tan alto (algunos aseguraban que era el equivalente a un millón de dólares diarios), que iba a ser imposible continuar importando algo si alguien no derramaba plata en los bolsillos del gobierno.

Por otro lado, llegaban noticias sobre la profunda ruptura dentro de la coalición de Allende. La línea de Moscú en contra de la línea cubana. En claro, entre el Partido Comunista y el Socialista, la opinión pública estaba cada día más fuertemente en

contra de la, a esas alturas, ya titulada «Calamidad Popular». Mientras, el MIR, pletórico de arrogancia, agredía al Partido Comunista y exigía la socialización del programa del gobierno, lo cual terminó con la renuncia de tres ministros y su reemplazo por otros tres que no eran miembros de las Fuerzas Armadas, como aseguraban los rumores. Allende hubiese querido y propuesto al comandante en jefe del Ejército, el general Prats, quien no habría aceptado. En fin, en fin, en fin...

El envío de esas y otras noticias a *National Review*, el 14 de julio, se cruzó con una firme propuesta sobre la que William Buckley me habló personalmente cuando fue a Londres esa primavera. Un contrato por dos años para escribir a *National Review* un artículo mensual, bajo mi nombre, desde Chile. Me inundó un tremendo orgullo y un infinito agradecimiento frente a la confianza que Bill seguía depositando en mí.

***

Dividida en dos, el 29 de julio me despedí de Inglaterra. Por un lado, partí con enormes ganas de vivir y ver con mis propios ojos los desbarajustes del allendismo, y, por el otro, hacerle caso a mi agradecido y profundo cariño por Gran Bretaña. Igualmente, muerta de ganas de quedarme más tiempo en Londres, aunque sabía perfectamente que no me era posible permanecer en Europa ni un día más. Mi visa me exigía entrar a USA antes del 1 de agosto. Volé a Nueva York a firmar el contrato y, unos cinco días después, seguí a Miami a abrazar y estar con mis hijos, lo que en sí borró temporalmente las añoranzas de un romance a medio andar que atrás quedó en Londres.

Me esperaba un cerro de cartas dirigidas a mí y otro cerro dirigidas a Carmen Bascuñán y Alejandro Briones, con quienes me alojé. Nueva cantidad de noticias sobre ese intrinca-

do caldillo marinero, cocinándose con toda suerte de peces, en que se había convertido nuestro Chile que a Allende se le escapaba de las manos. 1) Que el Comando 16 de Julio de Liberación Nacional aparentemente quiso asesinar al presidente Allende en Tomás Moro. 2) Que dentro de las docenas de revolucionarios terroristas que tomaron presos, los había del Brasil, de México, un español y tres de Nicaragua. 3) Que al Banco Edwards lo habían, al fin, fulminado, pero que se las arregló para transformarse en el Banco Curicó. 4) Que durante el programa *El Juego de la Verdad*, en el *Canal 9*, se produjo un feroz incidente entre Arturo Frei y Jorge Insunza, famoso este último por la cara de palo con que describió cómo los checoslovacos en 1968 habían rogado a los rusos que entraran con sus tanques a salvarlos. 5) Que el 23 de junio el diputado Mario Arnello, del Partido Nacional, presentó una acusación constitucional contra Hernán del Canto, nombrado ministro del Interior en reemplazo de José Tohá aquel 28 de enero en que Allende, viéndose apretujado contra la pared, al destituido Tohá lo nombró ministro de Defensa. ¿De qué se acusó a Del Canto para que fuera finalmente destituido por el Congreso el día 27 de julio? De una larga lista de acciones abiertamente fuera de la ley, idénticas a las que se venían repitiendo sin cejar desde que asumió Tohá en diciembre del 70. Salvo una novedosa preciosidad, muy Del Canto. En su calidad de ministro del Interior, se presentó físicamente en Pudahuel a presionar a los funcionarios de aduanas para que dejaran pasar, sin revisar, la serie de bultos que en un vuelo de *Cubana de Aviación* arribó al aeropuerto el 11 de marzo. Coincidentemente, en el mismo avión cubano llegó a cargo de los bultos don Eduardo Paredes, jefe de la policía civil bajo Allende, quien aseguró que venían destinados al propio presidente. No se revisaron, pero nadie dudó que contenían metralletas. ¡Magníficamente cómodo enjuague!

Entre las misivas que leí, la que más me afectó fue la visión que me escribió Lucía Santa Cruz el 5 de julio de 1972, desde Santiago. Nos conocimos en Londres, donde, como tan bien se sabe, Lucía permaneció luego de que su padre dejó de ser embajador ante Gran Bretaña a finales del gobierno de Eduardo Frei. Nació una bonita amistad en que, además de tocar temas de la vida en general, debatimos muchas veces el trágico quehacer de Allende. Viajó Lucía a Chile algunas semanas antes de que yo dejara Londres.

«Queridísima Nena: Todavía aquí pegada, hipnotizada por "la realidad chilena", pero ya con planes concretos de partir el 19. Me mata la idea de que no estés en Londres a mi vuelta, ya que lo que tengo que contarte es demasiado para una carta, por lo largo y complejo que es todo. Políticamente, la UP es un fracaso rotundo y obvio. Está desacreditada y pierde popularidad día a día. La oposición —a pesar de ciertas trizaduras que la actitud de la DC hacia vetos y concreciones con el gobierno han causado— permanece relativamente unida. Alianza poco santa, porque es bien pegada con cerote, pero es obligatoria por las bases de los partidos que son antes que nada antigobierno; la derecha D.C. es bastante marxista y le cuesta seguir el dictado de las bases, pero tiene que hacerlo o esos se les van a los nacionales, que son los firmes e intransigentes (cada día ganan fuerzas en la Universidad Técnica, donde aumentaron más de 1.000 votos).

Mientras en política se gana la batalla, hay marchas, se ganan los sindicatos, se acusa a Del Canto y se gana la opinión pública, la realidad concreta es OTRA, ya que el marxismo avanza y avanza a través del control económico, que crece día a día. De las 91 empresas que hasta hoy se discuten en el Senado, ya hay más de 65 en manos del Estado, a través de intervenciones. De los bancos, solo queda el Chile.

Reserva de oro: más o menos 40 millones (sirve para un mes).

Producción del cobre: 15% más bajo que el esperado.

Costo de producción: más alto.

Precio del cobre: más bajo.

El panorama es negro. Creo que estamos aproximándonos a un desenlace que puede ser de cualquier tipo. Creo que, pase lo que pase, lo pasaremos mal porque estamos mal. Personalmente, y al revés de los cristianos, estoy pensando seriamente en vivirlo. Es una situación apasionante y me siento incapaz de vivirla a través de Richard Wigg, del *Times*, y en parte porque creo que el que no la viva quedará un poco marginado para siempre de este país. Pero puede ser el gran error que nos lleve al matadero. A una dictadura comunista. Me han metido mucho "cuco" con lo que "me podría pasar". A mí me da lo mismo y creo que a ti igual. Desde un punto de vista práctico, el tuyo es lejos el mejor trabajo que puedas tener y te lo envidio. Para resumir, aquí se necesita gente de verdad y creo que tu presencia sería apreciada. Siempre habrá una mula y un caminito por los cerros cuando se haga indispensable... Un gran abrazo y cariños, Lucía».

Al margen de leer esa serie de cartas, de escribir a *National Review* y de las idas a la playa y otras actividades con Max, Ignacio, Carmen y Alejandro, un buen día me llegó un cable de Tim, el del romance prometedor. En él anunciaba un pasaje Miami-Londres-Miami, porque no resistía no verme una vez más para decidir un futuro común o no común. Optimistamente, acepté; y el 9 de septiembre llegué a Londres a encontrarme con que los ánimos y el entusiasmo desbordante de Tim en julio estaban temblequeando, como suele sucederle (o sucedía) a los ingleses cuando desaparecen la primavera y el verano. Pareciera que cuando vislumbran los

fríos, sombríos y garuguientos meses de invierno, observan el diario vivir a través de un cristal pesimista. Me desanimé bastante, pero a los tres días decidí a llamar a Loreto, a Alistair, a Michael Banks, otro gran amigo inglés, y a Hernán Larraín. ¡Qué buenos amigos, todos! Sus consejos e invitaciones no solo me alegraron, también apresuraron mi adiós al querido Tim, quien, típico, no podía creer que yo no estuviera llorando y saliera por mi cuenta de día y de noche. Cuando me tranquilizaba, escribía para *National Review*, en especial contándoles las noticias que me aportó Lucía Santa Cruz en su carta y otras que me dio al llegar a Londres. Tal como me escribiera, partió desde Chile hacia Inglaterra el 19 de julio. La gran sorpresa suya fue que yo estuviera en Londres.

El más revelador de sus datos fue el de las cifras que, de acuerdo con Carabineros, demostraban el «existente matrimonio entre Chonchol y el MIR con su sartal de retoños». Durante los primeros 17 meses del gobierno de Allende, 1.767 fundos fueron víctimas de «tomas» ilegales. Allende mismo reconocía la cifra de 1.700. Más interesante aún, se aseguraba que solo en 1971 se habían llevado a cabo 1.306 expropiaciones agrícolas y, ¡oh, coincidencia!, también 1.306 «tomas» ilegales y que, por cierto, Carabineros continuaba recibiendo órdenes de no intervenir.

Llegada la segunda mitad de septiembre, Alistair Horne y Renira, siempre cariñosos y preocupados por mí, me invitaron a pasar diez días en Gassin. A medias con otros amigos, habían arrendado una casa en ese encantador pueblito antiguo situado arriba de un lomaje, a pasos de St. Tropez. Dicho y hecho, decidí volver a Chile vía Francia y desde Madrid en *Lan Chile* vía Buenos Aires. Volé a París a ver a Maruja Balharry, quien, para variar, me transmitió un sinfín de noticias, enfatizando las protestas estudiantiles, plenas

de violencia, y agregando que simultáneamente el MIR públicamente declaró que pondría fin a sus desacuerdos con el Partido Comunista. Debían, dijeron, «batallar juntos contra el enemigo común. No confundir los asuntos que conllevan un peligro y liderar juntos la marcha en contra de los reaccionarios». O sea, la típica connivencia entre el MIR y el PC, la que instintivamente visualicé desde el comienzo, o al menos de tarde en tarde.

Así las cosas, para evitarle a los Horne la entrada a París, a los tres o cuatro días tomé el tren a Versalles; allá me subí a su automóvil pensando que había dejado atrás, para siempre, al querido Tim, cuya reacción a mi indiferencia de los últimos días le había devuelto el entusiasmo como si lo acabara de conocer.

En medio de la belleza que ofrece el recorrer Francia, dejé atrás mis nostalgias y de lado el allendismo. Gassin con sus alrededores plenos de encanto, sumados a los frívolos quehaceres de Saint Tropez, tan, tan, de moda en los años 60 y 70 con su interminable hilera de yates, de gente linda y su algo separada playa nudista, más el sol que no nos falló, fue un perfecto bálsamo, inolvidable; y las brillantes amistades de los Horne, inolvidables también. Ese idílico estar lo interrumpió una llamada de Tim. Quería verme en París antes de que dejara Francia. Bueno, igual tenía yo que volver a París a tomar el avión a Madrid. Pasamos juntos un largo y entretenido *week end*, visitando alrededores que no conocía y gastando cifras para mí increíblemente altas en restaurantes famosísimos, donde los mozos notan de inmediato quiénes son quiénes y miran de arriba para abajo a los que no lo son, o sea, a mí. La despedida, un domingo por la tarde, fue un caos. La vuelta a París desde un pueblo situado hacia el sur —al que de ida nos demoramos 45 minutos en llegar— fue idéntica o peor que la del cuento

La Autopista del Sur, de Cortázar. De taco en taco, nos fuimos quedando detenidos, demorándonos más de tres horas en alcanzar la entrada al aeropuerto, para comprobar que el avión ya había partido. Y no había otro vuelo hasta la 5:00 a.m. de la mañana siguiente. Dejé a Tim con cara de mártir y me volví a París en un taxi que demoró otra hora en llegar hasta el edificio de Maruja y Carlos. Ambos estaban durmiendo.

El golpe a la psiquis y la definitiva vuelta a la realidad, los sufrí en el aeropuerto de Madrid, al observar a los pasajeros chilenos que iban caminando junto a mí por los pasillos y escalinatas que nos llevaron al *Lan-Chile*. Mucha manta, mucha camisa desabotonada, mucha barba, mucha melena enmarañada, mucho canasto, mucho hablar sin parar en voz bien alta. Por suerte, en medio del tumulto, descubrí al Dr. Vicente Sánchez, sin manta, sin barba y con el pelo de corte normal. Lo había conocido por allá por el comienzo de los años 60, gracias a una complicada circunstancia familiar en que él fue la salvación sin tener porqué serlo. Nos convertimos, desde entonces, en amigos para siempre. Era tan de izquierda como los más, pero de una inteligencia y visión que le evitaba contarse cuentos de hadas. Conseguimos sentarnos juntos en el avión y, conversando, me describió más en detalle ángulos del desastre sin salida del gobierno de Allende, algunos que yo ya conocía y otros más descriptivos desde un punto de vista médico. En síntesis, Vicente no le veía ni remedio ni futuro a la llamada «revolución en legalidad».

III

RETORNO A CHILE

Octubre 1972 - Agosto 1973

«Al fin estoy a las puertas de Chile, pero al lado del Atlántico», le escribí a Bill Buckley hacia el 10 de octubre, agregándole que volaría hacia el Pacífico en cuatro o cinco días. No sospechaba que, siguiendo el ejemplo de más de cien gremios e instituciones y federaciones, los pilotos de la *Línea Aérea Nacional* se adherirían al paro indefinido que, en la madrugada del 9, la Confederación de Dueños de Camiones inició en defensa de los camioneros de Aisén.

¿En qué estaba pensando Allende al mirar en menos a Aisén? Aisén, una de las más atractivas provincias nuestras, geográficamente montañosa, de verdes valles hermanados con pampas ondulantes, sumadas a una espectacular variedad de la-

gos y una flora autóctona única, que soporta duros inviernos. Amén de estar la provincia, aun en aquellos días allendistas, poco poblada y bastante aislada. Supuse que los mandamases del gobierno pensaron que a nadie le iba a importar esa lejana primera nacionalización. ¡Qué manera de fallarle la psicología a Allende y Cía.! Los que no evitamos recordar, sabemos muy bien que esos camioneros eran cosa seria. «A toda costa hay que evitar que Allende active la nacionalización del transporte en todo Chile», fue la consigna. Se adhirieron en su totalidad, comenzando el explosivo juego de ajedrez que despertó a las clases medias chilenas y a tantos trabajadores humildes que en las urnas habían votado por don Salvador. ¿Quién iba a gritar jaque mate? Difícil adivinar desde Buenos Aires.

Difícil, pero a los pocos días, según la prensa bonaerense, se vio que el paro de aquellos expertos choferes iba muy, pero muy, en serio. Hombres que adoraban la libertad que les concedía el recorrer y recorrer semana tras semana las rutas del país, no importaba cuáles fuesen. Hombres que preferían la dureza que les significaba manejar a las horas más dispares, por pésimos caminos, bajo la lluvia o el quemante sol de los desiertos, a estar encerrados trabajando en una ciudad. Excelentes mecánicos, además, nunca dejaban de detenerse y arreglar la pana de los automóviles que quedaban atascados a la vera del camino. Nadie iba a llegar a quitarles esos esfuerzos y esa libertad, menos aún por antojos políticos, así los tomaran presos o se declarase estado de sitio y sendos toques de queda. ¿Quién ganaría la partida? ¿Los camioneros? ¿Allende? ¿Será posible pronosticarlo? Estando aún esperando que *Lan* volviese a volar, presentí y le escribí a Bill que había llegado el minuto de la VERDAD. Que el paro me anunciaba una posterior definitiva confrontación. Que Allende, según algunos observadores, estaba muy asustado, con seguridad temiendo lo que temían algunos cercanos a él: que la solución terminaría en manos del Ejército, dijera lo

que dijera Carlos Altamirano, quien pronosticó que el paro se desgastaría y caería por sí solo.

Aterricé en Santiago cuando el rey, la reina, los alfiles, los caballos, las torres y hasta los peones del ajedrez se le habían caído a Allende de su tablero y, supongo, que rezando y mirando al cielo (contra su voluntad lo del cielo) le pidió ayuda a las Fuerzas Armadas. Al comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, lo nombró ministro del Interior; al contralmirante Ismael Huerta, de Obras Públicas; y al general de brigada aérea Claudio Sepúlveda, de Minería. Entre los civiles, nombró ministro del Trabajo a Luis Figueroa, el comunista presidente de la CUT, y a Rolando Calderón, secretario general de la CUT, ministro de Agricultura. Lo que más me gustó fue la opinión que vertió Rafael Moreno sobre Calderón: «Ese señor, a duras penas podría distinguir las lentejas de los garbanzos».

¿Quiénes son? ¿Cómo son los tres uniformados? Al igual que la mayoría de los chilenos, yo no tenía la menor idea. Crecí alejada e ignorante del mundo militar. Cierto que de lola conocí muchachos que entraron a estudiar a la Escuela Militar y a los 12 años me «enamoré» desde lejos de un cadete naval. Pero, ¿conocerlos? Solo a través de la historia de la Guerra del Pacífico, en la que mi héroe fue y sigue siendo el almirante Patricio Lynch, mi bisabuelo. También cuando chica me contaron algunos detalles, aunque más vagos, sobre el rol militar de don Francisco Puelma Tupper, mi abuelo, quien participó en la Guerra del Pacífico en calidad de médico. Y pare de contar, a excepción de los 8 años seguidos en que fuimos con mis hijos a maravillarnos con la parada militar, desde las tribunas.

La verdad es que choqué con una realidad general que tenía poquísimo en común con el Chile que dejé atrás en agosto

de 1971. En los círculos anti-Allende más eruditos y batalladores, el tema candente era el general Prats. En los que solo añoraban la calma de otrora, primaba lo enervante y frustrante que eran las colas, la creciente escasez de comestibles y la galopante inflación. La izquierda, sin excepción, vociferaba en su lenguaje camuflero que la suma de las calamidades eran consecuencia del paro: «La culpa la tienen los momios». Un politizado Chile en que ni las corrientes a la vista ni las ocultas, de variados matices, estaban deteniendo la avalancha del programa marxista anunciado cuando dos años antes Allende asumió la presidencia. ¿En qué quedó aquella frase que pronunciara en su discurso inaugural de diciembre del 70, cuando trasladó el gobierno a Valparaíso? Todos le escuchamos cuatro vocablos muy concretos: «El escudo no bajará». ¿Cómo se las fue arreglando para lograr el incontrolable desabastecimiento y por lejos la más desenfrenada inflación mundial que se recuerde en países que no han soportado una guerra? (163,5% en 1972, cifra oficial). Por suerte, los chilenos no dejan de lado fácilmente su curioso sentido del humor. Una dosis de hilaridad, quizás, fue el mejor antídoto frente a la impaciencia de tanto izquierdista atolondrado, batallón que, si no hubiese sido por los camioneros y la presencia del general Prats, ya habría salido a colgar derechistas de árboles y faroles. Especialmente los socialistas liderados por Altamirano, para los que la inmediata toma del poder, al precio que fuere, era ya en esos días de 1972 de vida o muerte. El comunismo, en cambio, prisionero de los mandatos de Moscú, quería orden y calma.

Por suerte, tanto vaivén despertó aún más que antes el sentido de la amistad. Recuerdo con tanto agradecimiento los dos meses y más que, desde el instante en que aterricé en Santiago, los Oportot, Luis y Alicia, me recibieron en su hogar. Me alojaron durante dos o tres meses, dado que mi casa la dejé arrendada al partir a Europa a Anthony y Antonia Walters,

él, el encargado de prensa de la embajada de Gran Bretaña, recién llegado a Chile en julio de 1971. A los Oportot se sumó al menos una docena más de mis amigos en estrechar fuertemente los lazos de amistad. Ese ambiente tan enrarecido por los sinsabores con que me encontré, aparte de dividir en dos bandos al país, contribuyó a sacar a luz la esencia de los buenos sentimientos de mis amigos chilenos. Lo mejor fue que hasta yo —que por mi trabajo estaba obligada a estar hundida en la política— logré cambiar de tema. Conversar sobre el amor, de películas, de Los Andes nevados y hasta del entonces llamado edificio de la UNCTAD, que no conocía y del que todos hablaban. Interesante arquitectura, aunque demasiado apretujado el espacio, por el costado de la Alameda.

Tampoco, en ningún instante, tuve problemas serios. No tenía en Chile hijos que alimentar y me daba lo mismo comer solo verduras y huevos. Mejor aún, de repente me di cuenta de que el ser oficialmente corresponsal extranjero me convertía en intocable. No nos olvidemos que Allende, aconsejado por Joan Garcés, le dio primordial importancia a la imagen de su gobierno en el extranjero. El estar, felizmente, titulada de momia, no me aportó inconvenientes. En todo momento tuve acceso a los antiallendistas. También al quehacer de la izquierda, no obstante que en el Colegio de Periodistas, que desde hacía años permanecía monopolizado por una jefatura marxista, me fueron poniendo un collar de cortapisas para evitar legalizar mi carnet de corresponsal de *National Review*; pero, de hecho, nadie detuvo el que continuara enviando mis reportajes. La verdad es que no se había detenido la libertad de la prensa escrita, salvo a través de formas disimuladas. En especial al dedicarse a complicar el transporte de la celulosa enviada a la Cía. Manufacturera de Papeles y Cartones, pero no consiguieron su meta. Papel para escribir no faltaba aún. En cambio, se ensañaron con

las radios y el *Canal 13* de TV, que, de ser en un momento marxistoide, estaba ya claramente en la oposición.

Entrevistando y anotando, pude conocer a fondo detalles de lo que fue un Chile paralizado de norte a sur; y entender porqué Allende simplemente no podía aceptar el *Pliego de Chile* sin borrar las metas de la Unidad Popular. Saber que, como para él era «el todo o nada», se agarró de todo y de todos para quebrar la entereza de los camioneros, haciendo uso de los camiones de las industrias intervenidas. Los camiones y las camionetas de Yarur iban y venían de San Antonio, acarreando pescado y lo que fuere. Observé también que, dado que nadie trabajó y nadie sembró durante el paro, a toda velocidad agarró vuelo el mercado negro. Nadie vendía nada si al vendedor se le asociaba con la derecha, mientras al comerciante de la Unidad Popular se le abrían las puertas de par en par para que continuara vendiendo a altísimos precios. Mucho abuso, nada de ilusorio, como por ejemplo un aviso exterior en un banco que aun decía: «Si Ud. es democrático, no entre. Si Ud. es de la UP, lo atenderemos».

Igualmente claro me quedó que, previo al paro, el MIR y sus camaradas mantenían una relativa calma, a excepción de un sector de exaltados cuyo lema continuaba siendo «El fusil es el que manda». Una macedonia dentro de la cual muchos miristas, hipócritamente, se habían institucionalizado, afiliándose al Partido Socialista. La conocida doble militancia. A la luz también emergió la debilidad del gobierno y, sobre todo, que de hecho su popularidad dentro de la mayoría allendista pensante comenzaba a desvanecerse. Resultado: Allende no se atrevió a enviar al MIR al cementerio. No tuvo los pantalones puestos para salvar a Chile de un futuro enfrentamiento, no obstante que en esos días ya era evidente que tarde o temprano se armaría. Prefirió dejar al MIR ha-

ciendo de las suyas. Una de las cuales recuerdo muy bien: aumentar la repartición de los conocidos «miguelitos», que siempre caen patas arriba, convirtiendo durante la Unidad Popular en un desastre el ir y venir de todos los que trabajaban en el aeropuerto de Pudahuel. En especial cuando manejaban de vuelta a casa después del atardecer. Elisa León Puelma, prima mía, que atendía pasajeros de *Pan American Airways*, bastante seguido sufrió los pinchazos de esos perversos miguelitos. Algunos de ellos simultáneamente en tres neumáticos, cerca de las 12 de la noche.

A observar nuestro desmesurado caos, llegó a Santiago, unas dos semanas después que yo, David Holden, destacado periodista del *Sunday Times* de Londres. Me lo había presentado Florencia Varas, corresponsal del *Times* en Chile, cuando David vino a Santiago a mediados de 1971. Convinimos ese año en vernos en Londres, donde, además de intercambiar noticias, me presentó a Ruth, su señora, con quien nos hicimos amigas al instante. David llegó esa segunda vez trayéndome desde Buenos Aires tarros de café, paquetes de arroz, de azúcar y hasta papel para el baño. Un maletín llenito y muy bien venido. No le tocó el paro mismo, pero sí pudo informarse de que por primera vez en dos años el gobierno de Allende se vio forzado a respetar varios veredictos de la Contraloría General de la República. Luego, comprobar que, no obstante esa agachada de cabeza del gobierno, los UP habían desencadenado una larga serie de represalias contra los trabajadores y jefes de las industrias participantes. Venganzas estas que condujeron a que León Vilarín, presidente de la Confederación de Dueños de Camiones de Chile, quien siempre había sido socialista, declarara que el paro no se había cancelado, solo suspendido, lo que le valió una fuerte reprimenda de parte del general Prats.

—«Nena, ¿será posible hablar personalmente con Vilarín...?». No había David terminado de decírmelo cuando yo ya estaba marcando el teléfono de Hugo León Puelma. «Trasládense a San Felipe —propuso Hugo—, allá se va a realizar una masiva asamblea organizada por los adalides del paro. Pregunten por mí». Y en un día primaveral, de cielos azulísimos, nos dirigimos a San Felipe por la Panamericana, en cuyos lomajes, que aún se mantenían verdes, el anaranjado de cientos de espinos se agregó al cariño que David Holden sentía por Chile. La asamblea, además, resultó un éxito total y David pudo conversar con León Vilarín y con Rafael Cumsille, presidente de la Confederación Nacional del Comercio Establecido y la Pequeña Industria. Y, desde luego, con Hugo León, quien, como presidente de la Cámara de la Construcción, estaba sumergido hasta las orejas en la lucha.

Sin embargo, aun cuando continuaba el desasosiego en las provincias, en un Santiago más calmado solo un vocablo prevalecía: INCERTIDUMBRE. ¿Podrá el general detener el marxismo? ¿Es él solo una herramienta? ¿Es también marxista? ¿Va a cumplir con los acuerdos a que se llegó con los gremios o va a manchar, como soldado, su palabra de honor? ¿Es solo ambición lo que lo mueve? ¿Lo nombraron exclusivamente para garantizar que se llevaran a cabo las elecciones parlamentarias del próximo mes de marzo? ¿Se va a presentar Prats de candidato a la presidencia de la República en 1976? Hombre de pocas palabras, el enigmático general los tenía a todos jugando a las adivinanzas. Excepto, es muy posible, al Partido Comunista, que fue el primero de los partidos pro gobierno en aceptar, aunque de mala gana, el que varios militares ornaran el ramillete de ministerios. El MIR y la turbulenta facción termocéfala del Partido Socialista, dirigida por Altamirano, estuvieron en todo momento en contra. A la larga o la corta, ¿quién va a ganar?, era la pregunta generalizada.

¿Serán acaso las justificaciones y recetas de orden y calma del Partido Comunista una simple estrategia tras los bastidores? Esa era la otra pregunta que se hacían unos pocos en noviembre de 1972. A todas luces, pero sin admitir públicamente su poder, el Partido Comunista tenía en sus manos todas las llaves de la economía chilena, a través de puestos claves en el gabinete, en Impuestos Internos, en las industrias y en los bancos nacionalizados. Lo que no controlaba eran las armas. Pero, por si por acaso, con o sin ellas, persistían en jugar con maestría su ajedrez político, y así el partido podría dividir, desacreditar y hasta anular a las Fuerzas Armadas, el general Prats inclusive. Finalidad: convertir a la oposición en enemiga de las Fuerzas Armadas y usarlas ellos en beneficio propio. Planes y deducciones que comenzaron a empañarse, ya que todos sabían muy bien que el futuro se iba a definir en las parlamentarias del 4 de marzo de 1973, siempre y cuando el general Prats lograra mantener la calma hasta esa fecha.

***

A comienzos de enero, es decir, ocho semanas antes de aquellas elecciones parlamentarias, hacía un inusual calor de día y de noche en Santiago, lo que me llevó a preguntarme si acaso la temperatura atmosférica no estaría indicando el clima político. Las frustraciones y las persistentes incertidumbres aumentaban, pero se escondían bajo el astuto manto de brisas tranquilas que se deslizó sobre Chile de la mano del gabinete militar-marxista. El hombre y la mujer de la calle, enojados o indiferentes, aún no le estaban dando la debida importancia a las elecciones de marzo. Solo los pocos que le habían seguido la pista al quehacer marxista a partir de 1922 —año en que se fundó el Partido Comunista—, desde meses atrás sospechaban que existía alguna trampita o fraude capaz de tirar al canasto las elecciones. Enigma que comenzaba a soplar ner-

viosismo. No era para menos. La coalición marxista grotescamente se dedicó a acusar a la oposición de ser culpable del galopante mercado negro y, por lo tanto, culpable de la falta de alimentos y materiales que se vendían al precio oficial. Notorios eran además los frenéticos viajes en tren, en camiones y en lo que fuera, de los simpatizantes del gobierno que salieron a repartir alimentos básicos solo a las organizaciones y mercados que habían juramentado su alianza con Allende. ¿Buscaban votos ejerciendo presiones ilegales? 4.600.000 chilenos contenía la lista de registrados en el Servicio Electoral, porcentaje que poseía el peso de un referéndum.

En todo el mundo lo normal, en cualquier elección, había sido que un 51% se considerara un triunfo. Aquí en Chile los entendidos pronosticaban que si en las parlamentarias los allendistas sacaban entre el 43% o el 46% de los votos, significaría una magnífica victoria para el gobierno. Ello querría decir que la mayoría de las clases trabajadoras aún apoyaban a Allende, mientras que un 36% marxista, contra un 42% de la derecha, se consideraría un empate. Si la derecha sacaba menos de ese 42%, habría que persignarse. Ante la inseguridad que arrojaron esas conjeturas, se comenzó a dudar de la capacidad del general Prats para controlar las tácticas que el gobierno se hallaba delineando para detener las elecciones de marzo. Dispuestos a todo como estaban, se fue sabiendo que ese todo incluía forzar a los gremios a irse a un segundo y más largo paro general, más paralizador aun que el de octubre. ¿Debilidad del general? Algunas de sus promesas las cumplió: La arbitrariamente clausurada radio *Agricultura*, bandera del paro, volvió a transmitir. A la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, destinada a morir no importaba cómo, se le otorgaron unos meses más de vida, y en Arica, punto geográfico de tan álgida importancia estratégica, Prats logró detener los desacatos marxistas y solucionar problemas que amenazaban a la industria electrónica.

Pero, tras las bambalinas, los planes marxistas para que se hicieran humo las elecciones continuaban. Mientras tanto, en las canchas opositoras, a excepción de sus dirigentes, en general las personas continuaban siendo menos maquiavélicas, más cándidas y en ese mes de enero de 1973 todavía no se daban bien cuenta de lo que estaba en juego.

Por otra esquina, a Chile se le podría haber dividido en el antes o después del discurso que el 10 o el 11 de enero pronunciara Fernando Flores, del grupo MAPU, recientemente nombrado ministro de Economía. Flores, astutamente, anunció su programa respecto al racionamiento de los alimentos: sin pronunciar la palabra racionamiento. Se saltó, claro, el que, en términos reales y a ojos vista, su proyecto significaba forzar a la gente a firmar las tarjetas JAP y así establecer quién estaba a qué lado del naipe político. Hecho que condujo a ahondar la polarización odio-versus-odio entre los chilenos, en general, y los santiaguinos, en particular. La mujeres se negaban a aceptar las tarjetitas y la oposición a gritos denunciaba su ilegalidad. El general Prats se limitó a establecer que eran legales, pero que actuaban ilegalmente con ellas, ya que su rol original era velar por los precios oficiales y su distribución, y no pretender contabilizar los pro o en contra de la UP.

Interesante fue también observar que la vieja pugna entre el Partido Socialista y el Comunista estaba saliendo a plena luz. Ventanita que abrió el nuevo proyecto enviado por el Ejecutivo al Congreso sobre las largamente debatidas tres áreas sociales: privada, mixta y controlada por el Estado. El afiebrado sector Altamirano del Partido Socialista —al que se sumaron el MIR y parte del MAPU (nunca supe cuál era el MA y cuál el PU)— abogaba porque la revolución se desatara aquí-y-ahora. Por cierto que ello contra la actitud de por-favor-esperemos, o sea, «reformista», del Partido Comu-

nista en alianza con el ala derechista del PS (reformista era la palabra «in» del momento). A su vez, Allende, en su nueva postura del yo-soy-el-presidente-y-nadie-más-lo-es, optó por reprender abiertamente al PS en el asunto de las áreas. Pérdida de tiempo. Se traslucía clarito que Allende habría llegado a un acuerdo con los comunistas; a saber, si presionado por las circunstancias o por su propia voluntad, esforzándose como se esforzaba para quedarse en la presidencia hasta 1976. Obvia maniobra para revertir vientos desfavorables hacia Allende antes de las elecciones de marzo.

Las conjeturas y el maniobreo volaban por todos lados ese enero y los primeros días de febrero, en que repentinamente llegó a verme Enrique Concha Gana, mi amigo arquitecto de Viña del Mar. De plano, me propuso que me fuera por todo el mes y hasta las elecciones a su departamento en Viña. —«Nena, queremos, con Blanquita y los niños, irnos a Mendoza de vacaciones...».

—«¿A Mendoza?, ¿con todo el calor que hace en verano? ¿Cuál es el gato encerrado?».

—«Es que los niños están aburridos de ir a la playa con tanta gente que llega en vacaciones. Quieren algo distinto... y pensamos en ti. Interesados, te confieso, en que no quede solo el departamento. Lleva a quien quieras...».

—«Enrique, no es mala idea, pero primero saca el gato del clóset y me dices exactamente lo que sucede».

Sagaz como era, conocía y aplicaba todas las tácticas para navegar en mares revueltos y, no siendo en apariencia ni de aquí ni de allá en la política, tenía conexiones, tanto de amistad

como por trabajo, con varios altos personeros del gobierno. Sin confesarme el nombre de su informante o de qué partido era, uno de sus amigos, obviamente situado en un alto o semialto puesto, bajo juramento, le describió el autogolpe-de-Estado que el gobierno estaba planificando. Tan seguro estaba su informante, que había determinado irse él con su familia de vacaciones a Mendoza. De ahí la elección de la familia Concha de irse a Mendoza también. Para dorarme la píldora viñamarina, Enrique me agregó que él y Blanquita, de puro cariño, querían mantenerme a mí también fuera de Santiago, en caso de que el vaticinio se convirtiera en realidad.

El plan, de acuerdo con lo descrito en detalle por el personero del gobierno, consistía en que el general Prats estaría planificando el autogolpe de acuerdo con Allende y el Partido Comunista y en conjunto con la mayoría de los jefes del estado mayor. Altamirano y Cía. habían sido informados del plan. La fecha era el dilema. Altamirano insistía en que se realizara antes de las elecciones. El PC, Prats y Allende, después de las elecciones. De ahí la escisión entre el PC y el PS.

La idea era crear una inevitable explosión; un enfrentamiento entre el MIR, sus subsidiarios, las brigadas socialistas y el MAPU, contra Patria y Libertad y cualquier otro grupo opositor. Una vez que se llegara a la cifra de 200.000, entre muertos o seriamente heridos (número al que se llegaría en unos cinco días), el Ejército entraría a actuar, pasándole el control al Partido Comunista y colocando a Allende al tope. De adorno se instalarían algunos uniformados en puestos claves, para crear una imagen de veracidad.

—«¿Y qué harían la Marina y la Fuerza Aérea frente a esta fiestecita? —le pregunté a Enrique— ¿No será que Prats se está pitorreando a Allende y a los comunistas? ¿Acaso podría

Prats, así nomás, desarmar al MIR y a Patria y Libertad? ¿Los oficiales de rango menor y las tropas van permitir 200.000 muertos? ¿Alguien le ha informado al presidente Frei?».

Respuesta: —«La Marina jamás tomaría parte. Habría que seducirla a tomar algún papel menor de no intervención, saliendo sus barcos mar afuera. El anzuelo: Valparaíso, Talcahuano y Concepción. Esos puntos no se tocarían. En cuanto a la Fuerza Aérea, está metida hasta las orejas en el complot. Agregó que, según su informante, «cualquiera que se imagine que Prats está engañando al PC, es demasiado cándido. El Ejército, Allende y los comunistas saben exactamente dónde están las armas del MIR y de Patria y Libertad, y cuántas son. La incógnita es la cantidad de armas en manos del ciudadano privado y si están o no organizados».

—«¿Las tropas?».

—«Te aseguro que obedecerán las órdenes, sin saber la verdad. Si a un pelotón se le envía a detener la batalla en una esquina, la real gresca estaría desarrollándose en otra esquina».

—«¿Frei?».

—«Se le informará del complot. Nada se ha escrito, ni públicamente ni en privado. A los comandantes en jefe se les ha informado de a uno por uno. Jamás frente a un testigo. Y Allende habría ya sido capaz de halagar y seducir al paquete entero. Salvo a la Marina».

Le informé del total, palabra por palabra, a Bill Buckley en *National Review*. En Chile no dije nada. Era para no creerlo, pero también era cierto en esos instantes que el circo llamado *Uni-*

dad Izquierda Popular, sumado a las conjeturas sobre un nuevo paro organizado por la izquierda y a todo el bagaje de armas que llegaba a Pudahuel, Valparaíso y San Antonio, daba qué pensar. Y, claro, me recordó de inmediato el millón de muertos de los que me habló el *Comandante Pepe*. Echando todo susto al canasto, me fui a Viña, disfruté de un lindo descanso de tanto ajetreo periodístico, llegaron a verme amistades de Santiago y de Viña el Mar, llevándome lo que podían descubrir en cuanto a comestibles. No por nada la propaganda del Dr. Aníbal Scarella, mi doctor, en ese momento candidato a diputado por Valparaíso, incluía el poema *PONTE A LA COLA*.

Ponte a la cola
Si quieres comer
ponte a la cola
Si quieres tomar
ponte a la cola
Si quieres fumar
Si no te pones
no vas a agarrar
no hay arroz ni fideos
tampoco café
ni pollos, señora
ni de ese papel
ya no hay tinto ni del otro
ni menos jerez
esta es la gracia de la UP

Ponte a la cola...
El ministro nos dice que todo está bien
que no se preocupen

que hay pa' comer
pero todos sabemos la firme, Daniel
el pueblo no sabe qué comer

Ponte a la cola...
El doctor Scarella es la gran solución
Su coraje lo hará vencedor

Una mañana, de sorpresa, llegó Enrique desde Mendoza a buscar una serie de papeles que prefería que nadie encontrara en caso de... O tal vez que yo no encontrara. Fue en ese momento que me entraron las dudas. ¿Sería Enrique, tal vez, solo amigo o pariente cercano del alto jerarca que le informó del siniestro plan? ¿O sería un organizador más? Pensamientos que borré rápido, porque, cuando se le tiene mucho cariño a la gente, es fácil no pensar mal.

Dudas o no dudas, Enrique Concha y su familia volvieron a Viña del Mar antes de lo previsto, quizás ya a sabiendas que lo del golpe se había desvanecido. Al menos no se movió ni una hoja que indicara su posibilidad para antes de las elecciones. Pero que Enrique debe haber leído lo mismo que leí yo tiempo después, y que fue lo que lo condujo a creer en el golpetón, no me cabe la menor duda. Me refiero al siguiente documento, estrictamente secreto, del que una fotocopia llegó a mis manos semanas después por correo o en su sobre por debajo de la puerta de mi casa. ¿Quién me lo hizo llegar? ¿Enrique mismo? Nunca supe. Varios años más tarde, en pleno gobierno militar, o quizás después, *El Mercurio* informó que el documento se había encontrado en la Cancillería.

SERVICIO ESTRICTAMENTE SECRETO

PARA CONOCIMIENTO EXCLUSIVO DEL MINISTRO ALMEYDA Y PRESIDENTE ALLENDE

1.- Desde hace aproximadamente sesenta días hemos estado recibiendo comunicaciones de una persona norteamericana residente en Miami, que, sin identificarse, señaló tener antecedentes de extraordinaria importancia acerca de actividades subversivas en Chile, alentadas y financiadas por ITT.

2.- En un principio estimamos podría tratarse de algún tipo de estafa o de una provocación de la propia ITT con afanes mezclarnos en algo turbio. Por ello decidí actuar con extrema cautela y circunscribí asunto a exclusivo conocimiento Primer Secretario Bachelet y Tercer Secretario Concha, a quienes encomendé siguieran asunto en forma discreta. Secretario Concha recibió varios llamados telefónicos de Miami urgiéndole a considerar seriamente asunto y darlo a conocer a superiores. Esa persona le insistió reiteradamente que estaba en condiciones de proporcionar informaciones que provocarían conmoción en Chile y en el exterior. Sr. Concha, siguiendo mis instrucciones, le conminó a presentar pruebas más concretas acerca seriedad sus afirmaciones.

3.- Hace unas semanas nuestro misterioso personaje remitió sobre conteniendo documentos con membrete "ITT Arctic Services, Inc." sobre transporte materiales explosivos a zona canal Panamá (fechado en enero y junio de 1972), lista de elementos bélicos (incluyendo municiones y granadas incendiarias) con membretes "Department of the Air Force, Syracuse, New York". Asimismo, documento (ITT Artic Services, Inc. 633 Industrial Ave. Paramus, N.J. 07652) firmado "Arnett Cage, por

James F. Zito, Gerente de Empleos", fechado 10 de junio de 1972, ofreciendo a cierta persona cargo de piloto con sueldo mensual US$ 2.500, "para desempeñarse dentro de División Proyectos Especiales, Zona Canal de Panamá". En esa carta se le dice al piloto "que interesado retendrá su identificación previa de ITT como credencial" y que deberá cuidar "los libros de códigos, cartas de presentación, mapas de localidades sobre las cuales deberá efectuar operaciones". Otros dos documentos son: carta de presentación de ITT (firmada Arnett Cage Coordinador Proyectos Especiales) dirigida a "Mr. Vincent Russo, Standard Electric Argentina, Buenos Aires", pidiendo se le otorgue al piloto toda clase de facilidades y un llamado también hecho en formulario "ITT Artic Services, Inc.", igualmente firmado por Arnett Cage que lee: "Patriotas (en esa copia está borrado el nombre del país, pero como se verá más adelante, corresponde a Chile)... Reafirmamos nuestro compromiso a apoyarles para que su país vuelva al anterior sistema de gobierno... el portador de estas credenciales es nuestro representante y les ayudará a obtener sus metas. El Sr. (nombre borrado en copia nuestro poder) es un técnico especializado que hará los arreglos para que desde un avión se le deje caer el equipo y abastecimiento necesario a su causa..." (Este último documento, dada cautela observada en anteriores, nos parece una falsificación.

4.- Revisamos cuidadosamente la documentación que muy sucintamente dejó expuesta y concluimos que no ofrecía antecedentes realmente comprometedores para ITT en cuanto a actividades nuestro país, pues en ninguna parte aparece el nombre de Chile, salvo en ese extraño llamado a los "patriotas". Por otra parte, hice verificar si los nombres que aparecían en esos documentos correspondían en la realidad a funcionarios de ITT y a los cargos allí señalados. Esta averiguación confirmó

esos aspectos y también la impresión de que los documentos (salvo la proclama a los "patriotas") eran auténticos.

Hicimos saber al remitente, en forma que en nada podía comprometer directa o indirectamente a la Embajada, por mensaje escrito sin firma, ni fecha, ni nada que nos identificara, que esos documentos estaban lejos de comprobar su aserción de tener una información que él, en sus mensajes, había avaluado en "cientos de miles de dólares".

5.- A través de otro mensaje insistió que no podía seguir por ese camino y debía conversar personalmente con alguien debidamente calificado, en Miami, a la brevedad posible, para que el "gobierno de Chile utilice para las elecciones de marzo algo sensacional: captura infraganti de un piloto transportando armas para la subversión".

6.- Se le replicó que dábamos por terminado el asunto, a menos que viajara a Washington, se identificara y pudiera comprobar veracidad afirmaciones. Solo entonces, discutiríamos precio sus eventuales revelaciones.

7.- Hasta ese instante, nuestras misivas se le hicieron llegar a una casilla que proporcionó en Miami, con la redacción señalada párrafo tres. Por su parte, se comunicaba términos similares en sobre dirigido a Secretario Benjamín Concha, quien se mantuvo constantemente informado. Se le dijo que si su propuesta era seria, podría entrevistarse persona calificada. Debo advertir que seguimos pensando podría tratarse de alguna trampa de ITT o de un engaño, por lo que preferí no informar entonces a Chile. En la Embajada el asunto lo conocen en detalle el suscrito, Fernando Bachelet y Benjamín Concha. Otros funcionarios, solo vagamente.

8.- El lunes 12 de este mes, sorpresivamente, nuestro amigo llamó a Sr. Concha para señalarle que estaba en Washington y que

deseaba tener la entrevista correspondiente. Pidió se le pasara a buscar en auto al motel "Holiday Inn" que está cerca de la entrada principal de la Base Aérea Andrews, de esta capital. Estimamos que el asunto adquiría interés especial y que, en todo caso no convenía descartarlo sin ser investigado, pedí que secretario Bachelet, acompañado por secretario Concha y dos funcionarios de Carabineros sirven esta Misión, cumplieran este cometido, guardando todas las precauciones necesarias para no comprometer Embajada en actos que pudieran dañarnos y resguardando seguridad funcionarios aludidos.

9.- Como se acordó, al mediodía se fue a buscar a esta persona en lugar indicado. No hubo tropiezos de ninguna especie y no objetó la presencia del chofer ni la de otro auto que se mantenía vigilante (concuerdo plenamente que todo esto tiene un estilo James Bond, pero es así).

Resultado práctico:

El personaje resultó ser un piloto que se identificó con su *brevet* al día y con pasaporte vigente de EE.UU. De unos 40 años, estatura 1,70 metros aproximadamente, peso 160 libras, ojos azules, pelo castaño, soltero, contextura mediana. Se mostró muy seguro de sí mismo, sin asomo alguno de ser un loco o algo parecido. Señaló —durante una conversación de más de una hora realizada en las *highways* de las cercanías de Washington— que era piloto profesional, que había servido en "misiones especiales" en el Sudeste Asiático y en otros lugares (de inteligencia) y que estaba empleado por ITT. No lo dijo, pero lo dio a entender, que tenía vinculaciones con la CIA. Se declaró sin convicciones políticas, pero cansado de "ser usado con riesgo de mi vida" para cuanta misión se deseara. Dijo conocer personalmente,

por haber participado en las operaciones de ITT de descarga de armas en la frontera chileno-argentina (área de Mendoza) destinadas a actividades subversivas en Chile. No quiso adelantar mayores detalles, pero no negó haber sobrevolado sobre Chile en "misiones especiales". Dijo que documentos en su posesión no tenían mayor validez si no iban acompañados de su persona (lo que comprobaron señores Bachelet y Concha cuando los revisaron, pues resultaron los mismos antes descritos, pero en original y con su nombre completo). A su juicio, gobierno podría beneficiarse a través de confesión amplia de su parte que haría, de serle pedido, por cadena de radio y televisión en Chile. Presionado por Bachelet para que dijera si estaba en condiciones de probar fehacientemente esas eventuales confesiones, afirmó rotundamente que sí. Por esa conversación y por sus misivas anteriores, este piloto pareciera querer "dejarse pillar con las manos en la masa" transportando armas a Chile, en forma que se cree se podría arreglar previamente. Cuando se le hizo ver que documentación tenía fecha de junio de 1972 y en que ninguna parte se mencionaba que armas iban a Chile, reconoció que "ITT actuaba con cautela", lo que hacía indispensable su presencia en Chile para que esos documentos, que lo identificaban como agente especial de la ITT, tuvieran todo el valor del caso. Señaló, igualmente, que gran parte del arsenal seguía en Panamá como consecuencia de la ola de investigaciones surgidas sobre ITT y que actualmente solo se enviaban "pequeñas cantidades". Agregó: "Uds. son niños en este respecto". Manifestó que su interés era puramente pecuniario. Que deseaba ser pagado en dólares (hace llegar petición al millón...) y "tener dónde quedarse definitivamente" pues jamás podría regresar a EE.UU. Enfatizó su cansancio con su actual situación sin futuro.

Viaje a Washington, aparentemente, lo hizo en avión militar (en permiso alega consiguió por un día) o en otro avión autorizado a aterrizar en Andrews Air Force Base. Al término entrevista pidió lo dejaran en el terminal aéreo esa base para regresar a Miami. Se le replicó que no era deseable que funcionarios chilenos ingresaran a territorio militar en esas circunstancias. Manteniendo aplomo y casi desaprensión total indicó que "no les podrán problemas si van conmigo....!!!".

Señaló que si gobierno de Chile se interesaba en transacción propuesta, detalles deberían ultimarse fuera de EE.UU., en las Bahamas, en fecha que podría convenirse mutuamente. Se le replicó que eso parecía lógico, pero que desde ese momento cesaban los contactos con funcionarios de la Embajada, que solo se limitarían a darle a conocer decisión final. Cualquier futuro encuentro sería con otras personas indicara Santiago.

10.- Esta es la relación de este asunto, que he dado con cierto detalle para mejor orientación. Personalmente creo detrás de todo esto puede haber algo muy importante. El piloto es un profesional si se quiere inescrupuloso, pero que, pocas dudas habrían, ha estado efectivamente comprometido en actividades como las que describió. Exige un pago alto. NO descarto, tampoco, que se trate de un intento de estafa monumental. Pero la documentación exhibida, su insistencia, su actual ocupación con ITT, el hecho que haya aceptado identificarse plenamente y la percepción general que tuvieron Bachelet y Concha, hacen del episodio algo difícil de descartar sin que se agote una investigación de nuestra parte. No es del todo extraño que un norteamericano (habla un poco de español) que durante muchos años ha sido instrumento de distintas operaciones de inteligencia, quiera desertar su país si cree poder encontrar una jugosa remuneración a cambio de una confesión que estima

serviría propósitos del gobierno de Chile. En fin, es algo real, pero que aquí no estamos en condiciones de resolver o seguir adelante, sin un riesgo muy grande. Por ello, de estimarse adecuado, sugiero se consideren las alternativas del caso para que asunto pase a manos de profesionales en asunto de inteligencia, que puedan o desechar todo o continuarlo hasta el final. He estimado mi deber no pecar de omisión y transferir urgentemente esta información a US.

Agradeceré hacerme llegar las instrucciones que sean pertinentes.

Finalmente, y para conocimiento exclusivo US. nombre persona en cuestión es: Robert B. Shea. Se contrajo compromiso formal de mantener materia más absoluto secreto fin no producirle un perjuicio irreparable e innecesario.

Sugiero, siguiendo terreno detectivesco, que cualquier comentario, se me haga llegar se refiera asunto repuestos hay interés adquisición (o no hay), expertos podrán viajar a esa o no podrá hacerlo, etc. Para este fin, el modo de proceder sería quizás que en una fecha próxima uno o dos funcionarios de seguridad chilena, que ojalá hablen inglés, viajen a Washington para que, después de conversar con nosotros, se arregle una entrevista con la persona antes aludida fuera de Estados Unidos y se proceda de allí en adelante de acuerdo con el criterio de estos especialistas.

LETELIER

Febrero 15, 1973

***

Tomando en cuenta que no tuve conocimiento del documento hasta bastante después de mi paseo por Viña, y también tomando en cuenta la respuesta que Sergio Onofre Jarpa dio a una de las preguntas que un corresponsal extranjero le planteó durante una entrevista de prensa, *off the record*, de finales de febrero, motivada por las elecciones, pensé: «quizás, quizás, quizás», existió el plan que a Enrique y familia los condujo a veranear en Mendoza.

—«Señor Jarpa, se habla de un posible golpe...», le preguntó un corresponsal destinado a Chile.

—«Cierto, estamos en la era del golpe y el contragolpe. Yo no soy partidario de un golpe. Creo que si alguien habla de golpes, ello se debe al aceleramiento de las elecciones. Nosotros queremos la maduración...».

Exactamente lo que, con otras palabras, dijo Volodia Teitelboim en su conferencia *off the record* unos dos o tres días después de la de Sergio Onofre Jarpa, con aun más corresponsales extranjeros. Aterrizaban entre cinco y diez cada día, venidos a investigar, olfatear y presenciar las elecciones. Lo mismo que estaba haciendo yo. Pregunta de uno de ellos:
—«En Chile el Partido Comunista está a la derecha del Partido Socialista, contrariamente al resto del mundo. ¿Cómo explica usted eso?».

Respuesta: —«Estamos a la izquierda de la izquierda. Nunca damos un paso que pueda perjudicar la revolución. No jugamos a la revolución. Estamos haciendo una revolución de acuerdo a lo que Chile es. Los comunistas no aceptamos caricaturas. No queremos la lucha armada o la guerra civil. Nos dicen fabricantes de valium. Están equivocados».

Para mí fue reveladora en más de un aspecto la conferencia de Teitelboim. Cual *gentleman* británico, invitó a Florencia Varas a sentarse a su derecha y, cuando me vio llegar, me hizo una seña, diciendo: —«Nena, siéntese aquí conmigo, como si me conociera de toda la vida. Hasta sujetó la silla a su izquierda, preocupándose de que quedara cómoda».

La primera pregunta, no mía, fue: —«¿A dónde puede conducir el debate socialista-comunista?».

Respuesta: —«Tanto Luis Corvalán como Carlos Altamirano han expresado la voluntad y la necesidad de ponerse de acuerdo. Eso no es una forma de cortesía. La unión del PS-PC no es eventual. Es una forma de vida. Un matrimonio que tiene 15 años de duración. Los comunistas pensamos que es un matrimonio indisoluble y creo que los socialistas también. La historia de cada uno es diferente, pero es un matrimonio indisoluble, que llegará al socialismo. Como en todos los matrimonios, siempre hay discusiones, pero nunca se adopta una resolución sin una discusión previa. Hay diferentes matices, diferentes juicios, pero en lo fundamental estamos de acuerdo. Es por razones históricas que se producen esos desacuerdos. Por pasados distintos. Pero, insisto, el matrimonio con el PS es un matrimonio basado en principios. Una alianza que plantea la transformación de la sociedad, con tres vertientes de origen marxista. Para ofrecer una alternativa a ellas la oposición no tiene ninguna idea en común entre los partidos que la forman, y en los últimos días ellos mismos lo han dicho. Se trata de una coalición de minoría, sin programa, unidos en la negación del gobierno actual, del gobierno popular. Por eso, nosotros no consideramos estas elecciones como un plebiscito. Los del CODE son partidos sin un plan común. No ofrecen nada».

Pregunta mía: —«Recuerdo bien que cuando en 1933 el Partido Socialista nació, el Partido Comunista no aceptaba verlo ni en pintura... Si esa duradera enemistad pasó a la historia y la unión PS-PC tuvo un comienzo feliz hace 15 años, ¿acaso no es posible que el CODE tenga un comienzo ahora? Todas las situaciones tienen su comienzo...».

Respuesta: —«Es muy distinto. Nosotros teníamos un plan, perfectamente trazado, que era llegar a la Unidad Popular, y los partidos de derecha no tienen programa alguno».

Pregunta mía: —«¿No es suficiente programa trabajar por la destrucción del marxismo?».

Respuesta: —«Ese no es un programa que ofrezca una solución al pueblo de Chile. Nosotros nunca tuvimos un candidato a la presidencia sin tener antes un programa».

Pregunta mía: —«El CODE no tiene precisamente candidato a la presidencia ahora. ¿No están acaso en la misma posición que ustedes 15 años atrás? Esta es una elección parlamentaria y podría ser que el terminar con el marxismo sea un programa bueno».

Respuesta vaga y Volodia va a todas luces perdiendo el genio. Hay que pensar que estaba sentada su lado, casi hombro con hombro, con todo el resto de los corresponsales entretenidísimos tomando palco, pero Volodia insistió en que la falta de programa anula la posición del Code.

Pregunta de otro corresponsal: —«¿Dónde está el punto de encuentro, en la Unidad Popular, del PS-PC?».

Respuesta larguísima, para llegar a su: —«insisto que esta no es una alianza electorera. El programa de la Unidad Popular es un desafío novedoso: el área mixta y privada junto a la estatal. Cierto que a los socialistas se les ha pasado la mano, y el enemigo se ha agarrado de eso. Los únicos que están al margen de esta revolución son los asociados con la propiedad imperialista, la propiedad agrícola latifundista y la propiedad monopolista». Insistió también en que Frei era un hombre de Washington, lo que abrió el camino a la pregunta: —«A ustedes se los denomina hombres de Moscú, en contraposición con Frei como hombre de Washington...».

Molestísimo nuevamente, respondió: —«Jamás le daremos a los soviéticos ni un gramo nuestro, jamás un centímetro del país será enajenado. Esta revolución chilena la hicimos los chilenos, con nuestras cabecitas. Con equivocaciones, claro. Perdimos tres veces».

Resultó francamente larga la conferencia. Posiblemente porque, en vez de darse en un restaurante a la hora de almuerzo, como sucedió en las otras, Volodia eligió la hora de comida, estirándose el asunto hasta casi la medianoche. Volodia, quien no había mirado más hacia mi lado, casi dándome la espalda, al pararnos, con voz dura, dijo: —«Hasta luego, señorita Ossa». En el olvido quedó su dulce: —«Nena, siéntese aquí conmigo...».

Tuve la suerte de que asistiera a la entrevista Alfredo Herzka, representante de la *Deutsche Welle* para los países de habla española. Hijo de alemanes, había vivido en Chile desde los siete u ocho años hasta los veinte y tantos, y se conocía bien los aquí y allá del PC. Encantado con el coloquio entre *monsieur* Teitelboim y yo, al término del tan moscovita encuentro me invitó a tomarnos un café y, entre tacita y tacita, se compro-

metió a entregarme a la brevedad un copia de su grabación de la conferencia. Nació además una simpática y duradera amistad que, con altos y bajos, permanece intacta hasta hoy. Me propuso también que viajara a Alemania para que me entrevistara la *Deutsche Welle* sobre el tema Allende, invitación que, obviamente, requeriría el beneplácito de sus jefes.

El 1 de marzo se realizó el encuentro de los corresponsales extranjeros con el general Prats. Un almuerzo de mesa larga, larga y angosta, con comensales por ambos lados enfrentándose. Tantos eran los comensales, que un considerable número tuvo que permanecer de pie.

Primera pregunta: —«Usted señaló que en Chile no habían grupos armados. Dos días atrás, sin embargo, entregó una lista de muertos y heridos detenidos por contravenir la ley del control de armas...».

Respuesta: —«No ha cambiado mi opinión. Ha cambiado la situación: la primera opinión la di en noviembre de 1971. Dije entonces: primero tenemos que establecer lo que son los grupos armados. Se dice que el MIR es un grupo paramilitar. Eso no existe en Chile. Existían "tomas". Ya no. No puedo decir responsablemente que guerrilleros no hay. La gente, particularmente, anda armada, sin darse cuenta lo que significa contravenir la ley de control de armas. Desgraciadamente, salen a relucir las armas. Antes, palos y piedras. Ahora se trata de revólveres. Son tres años por infringir la ley. Cinco años por metralletas. Pero, ¿grupos armados como para comprometer a las Fuerzas Armadas contra ellos? Mientras no se manifiesten no se puede ir contra ellos. Otro caso es la gente con numerosos lienzos y astas de banderas. Mientras el asta sea para llevar la bandera, no hay problema».

Pregunta: —«Hay sectores que piensan que usted es el próximo candidato de la UP para el 76...».

Respuesta: —«Estaré muy viejo para el 76. Ahora, ¿por qué estoy en el gabinete? Primero: no han habido cambios de opinión con el presidente. Llegamos unánimemente a la convicción de que si el paro no tenía salida política, habría una guerra civil. Él consideró que era esencial la entrada de las FF.AA. al gobierno para evitar esa guerra civil, que era inminente. Por eso acepté, no obstante que significó un sacrificio enorme. En ninguna circunstancia un ministro militar había estado en una situación tan delicada. Obedeció a una fórmula patriótica para restablecer la tranquilidad. Naturalmente, cuando no se es político y el interés es la patria, no se puede dar el gusto a moros y troyanos. Por otro lado, hay un sector de extremistas que llama a este gabinete el "Gabinete Unidad Popular-Militares". Es incuestionable que debo recibir críticas por los dos lados. Eso lo acepto así. Las críticas en lo personal, eso sí, no están de acuerdo con la manera de ser chilena».

Pregunta: —«Usted ha mencionado una guerra civil. En términos clásicos, guerra civil significa dos ejércitos enfrentados...».

Respuesta: —«En términos modernos guerra civil no significa eso. En 1891 se enfrentaron dos ejércitos. En tiempos modernos el asunto cambia. Hoy la guerrilla urbana o rural obliga a las fuerzas regulares a pelear con fuerzas irregulares. Aunque no es descartable que se produzcan escisiones dentro de las Fuerzas Armadas».

Pregunta: —«¿Cree que existan elementos que permitan predecir intranquilidad política?».

Respuesta: —«Claro que hay. De ultraderecha y de ultraizquierda. Lo importante es mensurar la trascendencia del daño que puedan hacer. Hoy, lo importante es la estrategia a usar».

Pregunta: —«Hace algunos días aparecieron panfletos del MIR exigiendo el derecho a voto de la tropa...».

Respuesta: —«Mientras lo digan, es una de las opiniones sobre el tema. La opinión de las Fuerzas Armadas es otra. De acuerdo a una ley muy antigua (25 o 30 años atrás) los oficiales votan y la tropa no. Desgraciadamente, eso es absurdo. Pero vamos al aspecto práctico, a lo que representan los oficiales a lo largo del país: 4.000 o 5.000 votos que no son esa cifra porque el día de las elecciones no pueden votar. Ese derecho a voto no tiene ninguna influencia. Por eso no ha habido presión del sector político para cambiar la ley. La cosa cambia si vota la tropa. El absurdo es que el conscripto llega ahora a la tropa con derecho a voto. Si se les dejara votar, los cuarteles se convertirían en un San Diego cualquiera, en una fábrica cualquiera. Los efectos disciplinarios se irían al suelo. Es preferible que los oficiales renuncien al derecho a voto cuando están en servicio activo».

Estando sentados frente a frente en esa mesa angosta donde sirvieron el almuerzo, y mirándonos cara a cara, le pregunté: —«General Prats, dado que se han estado comprobando toda clase de interferencias dirigidas a que cesen las transmisiones que realiza el *Canal 5* de TV en Talcahuano, ¿cuál es la razón tras el que simultáneamente se esté permitiendo, con la venia suya, que una radio clandestina pro el marxismo transmita tranquilamente desde Chile Chico?».

—«Señora... —respondió dejando caer el tenedor y mirándome con una ira muy poco contenida, tanto en el rostro como

en la voz que fue subiendo de tono—, en octubre del 70 se promulgó una ley de TV, parchada, con una serie de vacíos. Una ley discriminatoria. Establece un Consejo Nacional de TV facultador, cultural, no técnico, sin perjuicio de las atribuciones legales. Hubo reformas a la ley en enero de 1971. El Estado y las Universidades tienen derecho a tener sus canales, previo las exigencias técnicas legales. Resumiendo, Concepción por ser una ciudad grande podía exigir un canal de oposición, pero igualmente se le podía negar. Chile Chico, por ser muy chico y lejano, necesitaba otra radio, aunque tuviese tres, que no son del gobierno. Sobre las interferencias al *Canal 5*: A los piratas se les responde con piratería».

Continuó largo rato la conferencia con preguntas de leve interés, a excepción de las tres últimas. La primera: —«¿Qué papel le asigna usted a la libre empresa? ¿A la iniciativa privada?».

Aparte de decir: —«No le puedo responder sino a título personal...», se fue por la tangente describiendo el programa del gobierno, pero sin dar su opinión personal. Resultado: insistieron en hacerle la misma pregunta. Su respuesta:

—«Yo considero que en un país en desarrollo indudablemente deben estar en manos del Estado las industrias estratégicas. El Estado tiene que tener el poder sobre las empresas monopólicas o estratégicas. Por ejemplo, el cobre. Si ese tipo de industria se detiene, el Estado debe tener el derecho a defenderse. Naturalmente que también debe existir un área mixta... y con intereses extranjeros, porque si no está el *know-how* chileno se necesitan técnicos extranjeros. Y debe haber un área privada (galletas, bombones...). El ideal sería que esto estuviese despejado del punto de vista legal».

Penúltima pregunta: —«¿Cómo definiría usted el rol de las FF.AA. en la sociedad chilena de hoy, a raíz del desarrollo de Chile en los últimos años?».

Respuesta: —«1) Integridad territorial. Ella circunscribe a las Fuerzas Armadas a las fronteras. 2) Pero si miramos a un país que quiere lograr su independencia económica (ningún país lo es en términos absolutos), encontraremos que Chile la busca. Pero nosotros hemos tenido independencia política. En esto las FF.AA. deben tener un enfoque distinto. Deben luchar por la libertad geopolítica del país. Deben colaborar en los problemas que tengan incidencia en la soberanía nacional. En educación, fomentar el sentido de las tradiciones patrias y no olvidarlas. En el área industrial, colaborar en la codirección de las industrias claramente estratégicas como, por ejemplo, los explosivos, en los transportes, la energía eléctrica, el desarrollo de las provincias vírgenes que no están dentro del desarrollo del país».

Última pregunta: —Usted calificó de ilegales las requisiciones. ¿Van a devolver las ganancias a sus dueños?».

Respuesta: —«Por eso que es indispensable llegar a la expropiación de esas empresas. Mientras más se demora, más complejo se hace el problema de los dueños. Las medidas precautorias son procesos muy largos...».

***

Desafortunadamente, los pesimistas fueron los realistas. Al pronosticar que la Unidad Popular sacaría un porcentaje lo suficientemente alto en las elecciones —y obtenerlo—, quedó claro que la mayoría de las llamadas clases trabajadoras continuaban apoyando a Allende. Obtuvo el 43,3% oficial

(más que el 36% de Allende en 1970), lo que dejó bailando de felicidad desde el Mapu hasta el más violento de los guerrilleros. La oposición, con su 55,7%, bailó también, pero con la cara más larga, tratando de dilucidar qué sistema fraudulento habría usado la UP. No era nada de tonto pensarlo. A la 1:00 a.m. del 5 de septiembre de 1970, o sea, 8 horas después de cerrarse las mesas para sufragar, los cómputos oficialmente indicaron el triunfo de Allende. En marzo de 1973, a 4 días de la elección, aún no se habían indicado los resultados de la votación en Santiago. Tampoco los cómputos de la votación femenina.

Sospechas de un fraude electoral volaban cual bandadas de golondrinas, trayéndome a la memoria la información que Maruja Balharry me llevó a Londres desde París, en junio o julio de 1972, sobre ese íntimo amigo de Carlos Cruz, su marido. Aquel que, estando Maruja presente, explicó con lujo de detalles las intimidades tras bastidores de las recientísimas elecciones de la CUT, en que *Fatiga* Figueroa, el candidato comunista, había sido elegido presidente. Momia como lo era Maruja, lo que la dejó con los pelos parados fue escuchar el sistema que se aplicaría para que el candidato socialista al segundo puesto de la CUT aplastara al candidato democratacristiano, que llevaba todas las de ganar. —«Porque, les cuento —dijo el visitante—, la Unidad Popular se ha robado la mayor cantidad posible de votos, necesarios para que gane el socialista. No es un rumor o suposición». Y pasó a explicar punto por punto el método usado. Una lástima que Maruja, por no llamar la atención, no anotara los detalles.

¿Repetición del cuento sobre la CUT en marzo de 1973? No se comprobó en aquellos momentos, que se supiera o se informara, de nada valedero al respecto. Ello, no obstante que se encontraron votos nadando en el río Mapocho, en tarros

de basura y otros extraños rincones y, agregado a esa listita, se cotejó que en Santiago, Cautín y Coquimbo, al recontar los votos, los números no coincidían. 20.000 votos santiaguinos para senadores habían desaparecido y 10.000 en Cautín. Justamente, lo que habría cambiado el balance final de determinados senadores. Para mayo 14, fecha en que el Tribunal Calificador entregaría los resultados legales, la jungla de los ires y venires marxistas borró de la memoria de la oposición el fraudulento «pormenor». Situación que erizó en cierta medida los pelos femeninos, cuando se comprobó que el 49% de los hombres votaron por Allende y que el computo bajó a 43% gracias a la baja votación por él de la mujeres. Pero, claro, ¿quién escuchaba o tomaba seriamente en cuenta a las mujeres en esos años?

Dicho de otra manera, nada cambió y todo cambió, como le escribí a *National Review* el 12 de abril. Allende y sus *boys* continuaron con más ímpetu buscando hasta el último resquicio para llevar adelante su programa, mientras la oposición, ya abiertamente representada por Sergio Onofre Jarpa, se afiló las uñas más que en los días anteriores a la elección. Y paralelamente, Patria y Libertad dejó atrás su rol de apoyador, lanzándose a luchar mano a mano contra el MIR y la tracalada de guerrilleros. Sumemos que desde febrero se estaba alertando, a quien quisiese escuchar, que decenas de campamentos controlados por el MIR rodeaban Santiago, Valparaíso y Viña del Mar y tenemos que, mirado ese cuadro desde las lejanías de hoy, al menos por mí, me sorprende que la vida siguiera como si nada. Beneficiados por los comienzos de un tibio otoño, lo único que, post elecciones, intervenía la calma del vivir diario del ciudadano común y corriente, era la falta de jabones, detergentes, azúcar y alcoholes. ¿Las colas? Se habían convertido en un encuentro social. La entretención del día. Daba que pensar. ¿Carecían de cerebro los chilenos en esos días? ¿O eran simplemente excéntricos? ¿O

fueron fabricados de algún extraño material que les permitía, o acaso aún permite, nadar en las más adversas corrientes sin jamás pensar que el mundo se va a acabar?

En 1973 el barrio alto, ese sector tan criticado y atacado por la izquierda, hacia el oriente llegaba apenas unas dos o tres cuadras pasado Apoquindo con Las Condes. Hacia el norte, poquito más allá de Vitacura, y al sur, alargándolo mucho, a lo sumo limitaba con Irarrázaval. Más allá lo habitaban altas cifras de ciudadanos seducidos por las trompetas de la izquierda, solo excepcionalmente interferidos por familias de sangre británica. Pero, ¡oh, sorpresa!, el «pituco» barrio se sobresaltó, aunque solo hasta cierto punto, cuando el 18 de marzo dos comandos extremistas irrumpieron, por la avenida Pedro de Valdivia, en el cine Oriente, armados de metralletas y bombas molotov, obligando al operador de la proyectora a interrumpir la función de la vermut para pasar diapositivas con propaganda marxista y revolucionaria, mientras por los parlantes de la sala se escuchaban los acordes de la *Internacional Socialista*. Según la prensa, al finalizar su pequeña operación, los extremistas se dieron a la fuga sin ser identificados, pero sí dejando constancia de que pertenecían al Ejército Revolucionario del Pueblo.

El tema de conversación preferido era otro. La heroica pelea a muerte que estuvo dando el padre Raúl Hasbún, director del *Canal 13* de TV, perteneciente a la Universidad Católica. En febrero, semifurtivamente, había logrado extender a Talcahuano ese *Canal 5* de TV que erizó el genio del ministro Prats cuando se lo mencioné en su entrevista del 1 de marzo, en presencia de los corresponsales extranjeros. ¿Qué hacer para acallar semejante «piratería», como la llamó el general? Durante semanas convirtieron al canal en víctima de interferencias electrónicas enviadas por línea directa desde la compañía

eléctrica perteneciente al gobierno. El asunto pasó a los tribunales de justicia, pero, previo a cualquier veredicto, alguien se robó los artilugios electrónicos y, ¡zas!, las interferencias se detuvieron un viernes por la noche. Como todos recordarán, en la mañana del martes, en la pieza por donde se habrían entrado a detenerlas, se encontró el cadáver del pintor Henríquez. Fuese lo que fuese que sucedió entre el viernes y el martes, el asunto quedó en puras conjeturas, lo cual no evitó que la mano negra instantáneamente culpara al padre Hasbún, quien fue grotescamente acusado y fastidiado por la prensa. Ello, dejando de lado las torturas que, acusándolo de ser el autor intelectual del robo del equipo, le aplicó la policía civil a Carlos de la Sotta, director de aquel *Canal 5*. A través de una entrevista transmitida por el *Canal 13*, Hasbún, en el vivaz y violento lenguaje que usaba cuando era necesario ser deslenguado, lo menos que dijo fue que los periodistas marxistas eran habitantes de las cloacas, exentos de alma. Intercambio que lo convirtió en héroe, incluso para quienes sospechaban que era bien posible que él fuese el cerebro tras el robo. Además, y aunque los comunistas se lo pasaron vociferando que Hasbún era la oveja negra de la Iglesia, él fue tal vez el único que al fin, usando el mismo lenguaje que los comunistas usaban, los golpeó en su punto débil.

En general, aparte de esos «detalles», la vida en Santiago se deslizaba relativamente serena, aun cuando comenzaba a ser agotadora la detectivesca cacería de neumáticos, papel *toilette*, alguna botella de vino y papel para escribir, que empezaba a escasear. Lo peor, eso sí, era la búsqueda de detergentes. Con razón aquel que iba, por ejemplo, a la Estación Central, se quedaba atónito ante la falta de limpieza del lugar y de los vecinos del barrio.

Por supuesto que esa aparente calma por debajo barboteaba. «Se va armar», comentábamos con Frank Manitzas, el co-

rresponsal extranjero con quien yo más conversaba a medida que observábamos que Allende no era capaz de controlar a los extremistas. O «ultras», «socialistas revolucionarios» o «los espontáneos», como Allende eligió denominarlos en su esfuerzo por aparentar que eran obreros organizados que, desorganizadamente, defendían la revolución. En una sola página de *El Mercurio*, de 12 de abril, los titulares anunciaban: «Un paso más de la escalada marxista». «Se han tomado siete supermercados». «La huelga de El Teniente continúa». Por su lado, la tapa de *Ercilla* decía: «Asaltos de los Ultra». La de *Qué Pasa*: «¿Podrán los Ultras acorralar Santiago?».

Simultáneamente, la ENU (Escuela Nacional Unificada), en un folleto del mes de febrero, titulado «Por una educación nacional democrática, pluralista y popular: metas para 1973», había causado tiritones a los católicos que no estaban veraneando. En cambio, en abril, ante los ojos de los más entendidos, la ENU comenzaba a demostrar que se convertiría en el Caballo de Troya que le volcaría a Allende su canasto lleno de culebreos y manzanas estalinistas. La ENU, unida a las lides que se encontraban viviendo el *Canal 13* y el *Canal 5*. La ENU porque, de lograr sus objetivos, haría pedazos los valores fundamentales de la educación cristiana. Los canales de TV, porque los enunciados de la ENU concernían directamente a la Universidad Católica. Esto, sin tomar en cuenta que ambos asuntos tocaban la libertad de pensar y de la palabra escrita o dicha. Preguntas sin respuestas volaban por el país: ¿Se arriesgará Allende a pelearse con los alumnos y profesores de la Universidad Católica? ¿Qué paso dará en definitiva el cardenal Silva Henríquez al respecto? Por suerte, la Democracia Cristiana a esas alturas señalaba que estaría dejando atrás su típico «Esperemos, veamos qué sucede...». Es decir, al fin les había caído la chaucha de que la «Vía chilena al socialismo» era y es un marxismo-leninismo del más puro

metal. Tan así, que fue la ENU el elemento que desencadenó la salida a la calle de los estudiantes. Los de la Universidad Católica, dirigidos por Jaime Guzmán Errázuriz, padre del luchador Gremialismo. Los de la Universidad de Chile, porque tampoco estaban de acuerdo con la ENU.

El 27 de abril marcó el gran recrudecimiento de la violencia en Santiago. En vista de que la CUT incitó a una cantidad de obreros «a ganar la calle», se armó un mejunje de acciones violentas por diferentes rincones. Por una esquina manifestantes atacaron la sede del Partido Demócrata Cristiano, resultando herido de muerte un obrero, militante comunista. Por otra se produjo un cuasi secuestro de Edgardo Boeninger, rector de la Universidad de Chile, que estaba en la casa central reunido con miembros del consejo normativo. Y en la calle Huérfanos, entre Ahumada y Bandera, donde supuestamente reinaba la calma, me tocó ver y tomar parte en los organizados ataques de un grupo de unos veinticinco muchachotes marxistas, que de obreros no tenían ni una miga. Mi intención era subir a las oficinas de *P.E.C.*, pero me detuve en el pasaje donde se encontraba el cine Splendid a observar cómo desde el Banco Osorno y La Unión, situado al otro lado de la calle, salían con palos y cadenas en mano a amenazar a los transeúntes. No sé de dónde alguien llamó a Carabineros una y otra vez, pero nada se logró. Apenas sonaban los pitos de la policía, los atacantes se metían de nuevo al banco, a la espera del minuto en que desaparecieran. Y de nuevo a las veredas y la calle a arremeter con sus herramientas al que fuese pasando. En eso estábamos un grupo, ahí «asilados» en el pasaje, cuando llegó Jaime Valdés, periodista de *P.E.C.*, *Tribuna* y *SEPA*. No hicieron más que divisarlo desde el banco para que uno de los malévolos atravesara la calle. Alto, rubio, de ojos celestes y sarcástica sonrisa, avanzó cual tanque levantando en el aire una gruesa y amenazante cadena en cuya punta había colocado un

tarro de Nescafé con clavos salientes. Lanzó el cadenazo certeramente a la cara de Jaime Valdés, que había permanecido a mi lado. Puntería que le partió la frente a Jaime sobre el ojo derecho y el «precioso», de cadena en mano, salió espetado a asilarse en el banco. Fue tanto lo que sangraba la herida de Jaime, que no alcanzaron los pañuelos para parar el chorro: ni el mío, ni el de él, ni los pañuelos de un conmocionado público. Como pude, afirmándose en mí un Jaime que estuvo a punto de desmayarse, lo conduje a los ascensores y subimos los seis pisos (creo que seis) a *P.E.C.*, para llamar una ambulancia. Llegó cuando Jaime estaba blanco como el papel. No habiendo otra persona con tiempo para hacerlo, lo acompañé arriba de la ambulancia, sin que soltara mi mano hasta llegar a la Posta Central, que permanecía repleta de otros muchachos heridos, y no lo dejé solo hasta que llegó su mujer. Esa fue mi primera fuerte experiencia en vivo del terrorismo en acción. El que no lo vio y no lo vivió, hoy por hoy piensa que los socios de las hordas que propiciaban el terror eran niños de primera comunión o que ya están viejos y da lo mismo.

Zafarranchos callejeros similares se comenzaron a repetir casi día a día en Santiago y en un rosario de ciudades en las provincias. Valparaíso, Rancagua, Concepción, Valdivia. Al MIR, el FTR y a todos ellos no les faltaban disculpas para salir premunidos desde hondas y peñascos hasta cadenas de esas con clavos en las puntas. En Santiago, las diversas marchas partían desde una variedad de puntos y, al enfilar hacia La Moneda, se transformaban en batallas campales que, al aparecer las tanquetas con los policías y bombas lacrimógenas, se desbandaban hacia el cerro Santa Lucía, las calles Bandera, Ahumada y Estado. Uno o dos días después del cadenazo dirigido a Jaime Valdés, me fui caminando hacia Agustinas con Estado, donde canastos de piedras caían desde, justamente, el edificio adonde me dirigía y otro tanto

volaban lanzadas por jóvenes de casco muy bien puesto y pañuelos amarrados sobre la cara. Como de costumbre, yo me paseaba sin protección alguna. No importó. Ya llegando a mi meta, sorpresivamente, uno de los jovencísimos participantes detuvo el piedrazo que iba a lanzar para preguntarme si quería atravesar la calle. Al escuchar mi «sí», me puso su propio casco en la cabeza, me pescó del brazo y me atravesó casi corriendo al otro lado. ¿Miembro del MIR?, ¿de Patria y Libertad?, ¿de ninguno de los dos?

Durante ese mismo período había acordado con Orlando Sáenz que iría una determinada mañana, a las 10 o 10:30, a su oficina, situada en Estado con Huérfanos, justamente en la esquina donde antaño estuvo por décadas la tienda Gath & Chávez. No era la primera vez que con Orlando hablábamos largo sobre temas económicos contingentes, y en lo mismo estábamos cuando por la ventana vimos caer, desde algún punto más arriba, no piedras sino que peñascos. Nos asomamos tratando de hacerles el quite y vimos que los piedrazos se dirigían certeramente a una organizada columna de estudiantes de unos catorce años, que se desplazaban ataviados con el uniforme de su colegio por Estado en dirección a la Alameda. Se desbandaron algunos, pero a media cuadra se reorganizaron y siguieron su camino. Fin de la lluvia de piedras en esa esquina.

Al terminar la conversación con Orlando, me fui a *P.E.C.* Habría pasado no más de media hora cuando los que estábamos ahí comenzamos a escuchar bocinazos, griteríos y pitazos, simultáneamente con la entrada de una muchacha asustadísima, que explicó que en la Alameda y la calle Moneda la pelotera estaba ardiendo. —«¿Qué estoy haciendo aquí...», le dije a Patricio Yungue, cuya señora, Alina Eyzaguirre, trabajaba en *P.E.C.* a cargo de lo que fuese necesario.

—«Vamos a ver qué está pasando...». Tomamos por Bandera hacia el campo de batalla, pero en Agustinas Carabineros nos paró diciendo: «mejor vayan a refugiarse a cualquier parte, porque los palos, piedrazos y bombas lacrimógenas se están corriendo hacia acá». Trotamos hasta el hotel Crillón, donde fuimos los últimos del montón de atemorizados que un portero permitió entrar. Eran ya más de las 12:30. «¿Qué hacemos ahora?», le pregunté a Patricio. «No sé lo que vas a hacer tú, pero a mí no me mueve nadie de aquí». Soporté el encierro no más de una hora y salí dejando atrás a Patricio y llevándome un poco de sal en un sobrecito que me dio uno de los mozos. «Para que se la ponga en la lengua si hay muchos gases lacrimógenos. Ya estamos acostumbrados a salir a la calle con sal...», me dijo amablemente. Y vaya que me sirvió. En el cruce de Agustinas con Ahumada, haciéndole el quite a los gases, me detuve a contemplar parte de una batalla a piedrazo limpio entre varios estudiantes y las tropas izquierdistas que habían instalado sacos de piedras en varios departamentos del tercer piso hacia arriba. Miré unos segundos, atravesé la calle y me dirigí por Ahumada a Huérfanos, buscando cómo llegar al parque Forestal, donde había dejado mi diminuto *Fiat 600*. Cuando iba pasando frente al famoso edificio del Banco de Chile, por supuesto que sacando más sal del sobrecito y haciéndole el quite a más de un piedra lanzada desde el enredo que tenían en la esquina con Huérfanos, se me acercó uno de los guerrilleros. Representaba unos 28 años. Alto, bien plantado, tez clara, pelo y bigotes negros bien cortados, terno —no uniforme— color caqui, de buen corte, y una banda negra en el brazo como las que se usaban los señores de luto. —«Señora, ¿qué hace aquí en medio de esta guerrilla...?», me preguntó, caballerosamente.

—«Voy a buscar mi auto...», le contesté.

—«¿Adónde lo tiene?».

—«En el parque Forestal, a la altura de McIver, le expliqué».

—«Venga conmigo, yo la voy a acompañar...», declaró haciéndole señas a unos muchachos que a peñascazos y con mascarillas en el rostro tenían tomado Huérfanos hacia arriba. Como si hubiera movido una varita mágica, el grupo detuvo la lucha, mi interlocutor me tomó del brazo y caminando tranquilamente nos fuimos conversando y cambiando cual viejos amigos puntos de vista sobre el quehacer allendista, hasta llegar a mi *Fiat 600*. Por su acento, capté que no era chileno, tampoco cubano, argentino o del Brasil. Diría que colombiano o uruguayo, por su buen castellano y por lo educado. Y, obviamente, era uno de los jefes que dirigía las violentas maniobras callejeras. —«Cuídese, me dijo al despedirse». ¡Quién lo hubiera creído!

—«Esto no tiene salida política. Hasta aquí ha triunfado la línea de Altamirano, ese avanzar sin transar», me opinó al día siguiente Jorge Herman, hermano de Loreto y miembro de la línea izquierdista de la Democracia Cristiana, agregando: —«La DC de derecha quiere llegar a 1976».

***

Por su lado, los corresponsales extranjeros no residentes en Chile estaban perplejos ante la incoherencia del proceso chileno. ¿Cómo no iban a estarlo? El cúmulo de noticias y hechos que día a día se amontonaban; más que realidad, parecían ciencia ficción. De todo ello, ¿qué dato era importante o superfluo contar? ¿Era vital, por ejemplo, referirse a que se obligó a Allende, nuestro presidente del pueblo, a entrar por la puerta de servicio del Ministerio de Obras Públicas cuando quiso dialogar con obreros rebeldes que se atrevieron a cerrar la puerta principal y exigían el cierre del Parlamento?

¿Le interesaba al mundo saber que Rusia estaba a punto de comenzar a construir la embajada soviética en el sector más elegante de nuestro barrio alto? ¿Que aquellos que estaban en el secreto se preguntaban si acaso Chile ya era la Central Americana de la KGB? ¿Por dónde comenzar la lista aterradora de ataques frontales que desde las elecciones de marzo lanzó Allende contra la oposición aferrado a esa consigna altamiranista de avanzar a toda carrera? ¿Valía la pena escribir que en la primera semana de marzo en Valparaíso, mar afuera, languidecían veinte barcos a la espera de un turno para atracar y descargar? ¿Que la primera semana de abril ya eran más de treinta? ¿Que a un costo de US$3.000 por día se estaba convirtiendo en más caro descargar el trigo que comprarlo? ¿Cómo establecer que fue la astucia de Allende la que consiguió que los militares le extendieran la mano en octubre del 72 para que, protegido por un manto de tranquilidad, el marxismo ganara el apoyo del pueblo en las elecciones de marzo del 73? ¿Cómo explicar que Allende supo muy bien manejarse para que los mismos militares más tarde salieran del gabinete? ¿Cómo demostrar que por mucho que la Iglesia y las Fuerzas Armadas habían vetado la instauración de un sistema que pretendía borrar del mapa el pluralismo educacional, Allende insistía en instaurarlo? ¿O que por mucho que la Democracia Cristiana estuviese considerando acusar constitucionalmente a todo el gabinete por sobrepasar las leyes, el gobierno continuaba impertérrito tras el control total de la economía, la educación y los medios de comunicación? ¿Cómo indicar que aunque por primera vez el cardenal Raúl Silva Henríquez, arzobispo de Santiago, no asistió a las celebraciones oficiales del 1 de mayo, su gesto, casi con seguridad, cayó en el vacío? ¿Quién era capaz de entender fácilmente que al rector de la Universidad de Chile, un democratacristiano, se le prohibió aparecer en la pantalla del canal de TV de su universidad, el que había sido tomado por extremistas de izquierda? ¿Podría

alguien creer que, en consecuencia, el rector se vio forzado a usar el canal de la Universidad Católica, a cuyo propio rector, también democratacristiano, no se le concedía tribuna en su canal? ¿O que se veía obligado a recurrir al canal del gobierno, que permanecía en manos marxistas? Finalmente, ¿a quién, fuera de Chile, le importaba saber que Allende le pidió a Clodomiro Almeyda la renuncia al Ministerio de Relaciones Exteriores para que fuera él quien cambiase la política socialista y la encaminara hacia una línea que le permitiera al gobierno llegar a acuerdos con los Estados Unidos? Difícil prueba esta última, dado el arrastre que tenía el señor Altamirano en las bases. Bases que exigían clausurar el Parlamento para suplantarlo por la Asamblea del Pueblo. ¿Cómo hacerle ver a la prensa extranjera realidades de ese calibre? Realidades que no eran una isla en medio de la polarización que se vivía en el otoño y el invierno de 1973, amén de que desmentían la sistemática propaganda marxista, que insistentemente afirmaba que era la oposición la que fomentaba una guerra civil.

Lo repitió Allende en el tradicional mensaje del 21 de mayo, que más que nada se convirtió en una arenga revolucionaria de dos horas, en la que, dicho claramente, en su rol de presidente notificó que la meta del gobierno era crear poderes paralelos a los ya existentes. No se necesitó ser muy perspicaz para darse cuenta de que primero anularía las funciones de la Contraloría General y en segundo término anularía la labor de la Corte Suprema, ambos bastiones de la democracia. Con todo, para el hombre y la mujer de la calle, su tema candente era la falta de alimentos, de papel y detergentes y los huracanes de violencia callejera. No las luchas legales.

Una mañana cualquiera, caminando por la Alameda hacia la Plaza de Armas por la vereda norte, me topé con el en-

tonces llamado edificio de la UNCTAD, el que, post la comentada gran reunión, trataron de convertirlo, al menos supuestamente, en un importante centro cultural dirigido a los adeptos al marxismo. Tenía también un restaurante popular abierto de par en par para obreros y gente realmente del pueblo. En los pisos superiores funcionaban oficinas de ciertas ramas del Ministerio del Exterior y otros menesteres. Sin embargo, lo más atractivo y ameno sucedía por el lado de Villavicencio, donde, entre paréntesis, se voló un montón de casas para dejar espacios libres y entradas amplias a las plazoletas que hacían las veces de jardín del imponente edificio. Me detuve a recordar tiempos nada de lejanos en que en Villavicencio se inauguró la «Casa de la Luna», un entretenido centro de arte muy visitado por los intelectuales y la bohemia *hippie* que amaban el café. Más allá, pintores y escultores tenían sus talleres en otra de las casas antiguas de varios patios. Un ambiente prometedor, del que —como sucedió por tantos lados— los artistas y la ruma de intelectuales marxistas del sector se apoderaron, dispuestos a borrar de la faz de la tierra a cualquiera cuyo lema no fuese que «el arte que no es político, no es arte». Mucho peor, pocos sabían que la «Casa de la Luna» se convirtió en un centro de drogas mucho más que de arte. O que las casas que quedaron en pie en medio de las plazoletas abiertas, sin reja alguna, eran centros de miristas donde se componían canciones de protesta, además de «escuela» en la que se «enderezaba» la fe del jovenzuelo desprevenido que pasaba por ahí y no era mirista. Me tocó comprobarlo esa mañana. Me detuve a decidir si cruzaría por los jardines de la UNCTAD para ir a caminar por el parque Forestal, cuando justo en esos segundos de duda se me acercó un muchachito de no más de 13 años a consultarme si yo iba a atravesar hacia Villavicencio. —«¿Te pasa algo?», le pregunté.

—«No, pero tengo miedo de cruzar solo. Está lleno de cabros mayores que me pegan. ¿Puedo acompañarla?». Lo tomé de

la mano y conversando íbamos cuando, dos minutos después, seis grandulones agarraron a tirones a mi compañero y a manotazo limpio se lo llevaron y empujaron hacia el interior de la casa pintada ocre, situada dentro de la plazoleta, la que orillaba Villavicencio. Corrí a buscar algún carabinero. Encontré a dos y les dije: «Saquen de esa casa a un muchachito al que le están pegando». «Pero, señora...». «Pero nada..., no me moveré de aquí hasta que no vea que lo sacaron y me lo entregan...». Al verme tan decidida, entraron, lo sacaron todo aporreado y se llevaron presos a dos de los matones, los que al pasar me gritaron una insospechada cadena de insultos.

***

«Chile asemeja un país azotado por una guerra», dijeron los obispos de la provincia eclesiástica de Santiago el 5 de junio, refiriéndose al clima de violenta agitación que prevalecía a lo largo del país. Razón tenían. En mayo y en junio fueron más que preocupantes esos constantes tiroteos, muertos y heridos que sufrieron ciudades y campos, como preocupante era la huelga de los mineros de El Teniente, la que se había iniciado el 19 de abril.

Interesada por ver y escuchar con mis propios ojos y oídos lo que sucedía en Chile, nos pusimos de acuerdo con Hernán Edwards Cruchaga, leal amigo desde hacía años, y nos dirigimos un viernes a Rancagua. Rancagua, esa ciudad histórica donde el monumento a O'Higgins nos recordó que en una época en nuestra tierra chilena hubo hombres francamente valientes. Tuvimos suerte. El sábado por la mañana asistimos a una concentración que se realizó en el gimnasio Baltazar Castro, con la presencia de unos cinco mil huelguistas, mineros de El Teniente. Todavía queda patria, ciudadanos, nos dijimos al constatar que los huelguistas continuaban decididos a luchar y morir por sus principios. Hacía falta

sentir que existe gente sencilla y honesta, que con firmeza se juega por algo concreto. Gente a la que nadie le viene con cuentos. Me dolió pensar en la posibilidad de que el gobierno, tan decidido como estaba a combatir a *finish* con ellos, se las pudiese ganar. Pero después de escucharlos, después de hablar con las autoridades de uniforme, las mujeres y la gente rancagüina de la calle, sentí que eran los huelguistas los que le iban a doblegar la mano a nuestro querido Salvador. «Aquí no se trata de chistes —nos dijo un uniformado con charreteras y tres estrellas—, los mineros son gente con la que no se juega y están dispuestos a todo, hasta la muerte...». Y procedió a contarnos que durante días un minero estuvo con el fósforo en la mano listo para encenderlo y lanzarlo a una laguna de combustible. Que otro hizo lo mismo con una antorcha, que, en caso necesario, la dejaría caer en un pozo de petróleo. Y que, incluso, volarían el puente del Cachapoal. Esto, expresado por un oficial de tres estrellas, nos demostró que la cumbre del Ejército mismo sabía muy bien todo lo que estaba pasando y que no actuaban mientras no tuviesen que hacerlo. No nos cupo duda tampoco de que a nuestro interlocutor lo había subyugado la bravura de los mineros. Lo confirmó uno de los dirigentes de la huelga con que hablamos dos horas al día siguiente.

Volvimos a Santiago a chocarnos con que el clima de violenta agitación del que hablaron los obispos había recrudecido. A comprobar que entre el hervidero de contiendas callejeras, en que bandos de derecha o izquierda peleaban a matarse, la peor —hasta ese momento— pasó a ser aquella del 12 de junio, organizada por colegiales a favor precisamente de la larga huelga de los rancagüinos. Trágico espectáculo y, como era de esperar, a Carabineros se le dio orden de desbandar a los estudiantes y mantenerse alejados de los miristas. Se paseaban las tanquetas, volaban piedras y ba-

las y bombas lacrimógenas, un caos completo, en medio del cual de repente recogí a un estudiante que no debe haber tenido más de 12 años, al que le habían dado una paliza. Al pararse, aún medio *groggy*, me dijo: «gracias, voy a seguir en la pelea...», y partió trotando. ¡Qué enredo, qué recuerdo! Nadie murió ese viernes, pero 200 resultaron heridos y *El Mercurio* logró fotografiar a dos miristas disparándoles a los estudiantes. Lástima que no anoté los garabatos que me lanzaron tres obreros o algo parecido, mayorcitos ya, que andaban metidos en el medio carajeando a los estudiantes. No los anoté, pero fueron los más groseros que jamás había escuchado, eso que, en un sector de mis parientes, garabatos más que contundentes eran pan de todos los días durante aquellos lejanos veranos en el campo de mi abuelo.

El jueves 14 de junio, al mando del intendente de Santiago, tres tanquetas y varias motoniveladoras, más un contingente de carabineros, atravesaron a pie el río Maipo en las cercanías de Buin, para detener a los miles de mineros de El Teniente que marchaban a Santiago para hablar con Allende. Tras forcejeos más forcejeos, exentos de seria violencia, por las veredas del puente los mineros fueron pasando en fila india, mayoritariamente de noche. Al día siguiente, el viernes 15, se produjo la peor asonada entre estudiantes universitarios y secundarios, que se habían organizado para recibirlos y aplaudirlos. A ese incidente callejero lo llamaron «el día de la gran represión». Para variar, se comandó a las fuerzas de orden para atacar a los estudiantes y olvidarse de los miristas y de una macedonia de otras brigadas. Entre ellas, la *Ramona Parra*, del PC, cuyos militantes disparaban a matar a la vista del que quisiera mirar y testificar que ni un solo carabinero se les acercó. Mientras Allende conversaba en La Moneda con 6 de los dirigentes de El Teniente, los estudiantes se fueron asilando en las universidades Católica y de Chile, ambas convertidas en hospitales que no daban

abasto para atender a los asfixiados y a las víctimas de cadenazos, piedrazos o balazos. ¿Los mineros? Esos valientes y decididos trabajadores, que se estaban jugando la vida, se apertrecharon en los hoyos del futuro metro, junto con otro séquito de estudiantes. Conmovedor. Mirando hacia atrás, se me hace imposible no pensar que Allende, aparte de estar a esas alturas de su gobierno al borde de trasladarse al hospital psiquiátrico, ya no era quien dirigía al país. Si lo hubiese sido, todo lo que tendría que haber hecho era tomar el bastón de mando y hacer oídos sordos a las órdenes, directas o indirectas, que le impartían el Partido Comunista y el Socialista. Con razón necesitaba a los militares a su lado, mientras ellos, se sabía, no querían estarlo sino bajo precisas condiciones.

La huelga le costó a Chile, según aseguró el gobierno, un millón de dólares al día, cifra que perfectamente pudo ser cierta. Sin embargo, lo que se debatía iba mucho más allá. En especial, se buscó recordarle a Allende que fueron los propios marxistas los que en octubre de 1972 propiciaron la ley de reajustes, que le daba el derecho a reclamo a los mineros, y advertirle que no pretendiera, a menos de un año, echar pie atrás. En claro, lo que se dio fue una lucha legal o huelga legal que duró 74 días, insertándose en ella esos feroces desmanes callejeros en Rancagua y Santiago. Una reinante anarquía, tanto en las calles como en las relaciones trabajadores versus Allende. Desacuerdos y encontrones observados y analizados a lo largo de mayo y junio por las Fuerzas Armadas. Sin embargo, a pesar de lo pésimo que persistían en desarrollarse las cosas, Allende no logró convencer al Ejército de participar, ni siquiera declarando un Estado de Emergencia. «Es su problema mantener el orden. No nos pase a nosotros la papa caliente».

Por su lado, en apoyo de los mineros de El Teniente, miles de empleados de Cobrechuqui se habían declarado en huelga

desde el 1 de junio. «Si voy a escribir sobre el paro en Chuquicamata, debo ir a informarme al pie de la vaca», le escribí a Bill Buckley. Dicho y hecho, el 20 de junio volé en *Ladeco* a Calama, habiendo pagado por el pasaje el equivalente a US$1,50, ida y vuelta. Así de increíble fue en esos instantes el estado de la economía chilena. En el aeropuerto me esperaba Nena Paulsen, nombre de soltera Delia Rivas. Siguiendo la costumbre anglosajona, adoptó el apellido de Carlos Paulsen, su marido. Carlos, ingeniero, había sido contratado haría unos cinco años por la Braden Copper Co. Vivían en Chuquicamata y con ellos me quedé. Cariñosos, informados y Nena lista para cualquier actividad o acción que no fuera marxista. —«¿Qué te interesa hacer? ¿A quién quieres ver? ¿Qué lugares te gustaría visitar?», me preguntó, almorzando ese mismo día en el Club de Chuqui. —«Visitar la mina, eso es lo primero». La Nena se rió. —«Te va a ser bien difícil, si no imposible. No dejan entrar a nadie. Tendrías que hablar con David Silbermann, el mandamás de la mina aquí en Chuqui, pero dudo que te permita entrar», me anunció a voz en cuello, echando periquitos contra el gobierno. —«Nena Paulsen, ¿no son todos allendistas aquí y tú gritando en su contra?».

—«Claro que sí. Tropa de sinvergüenzas, pero a mí no me va a callar nadie...».

—«Mejor dime cómo puedo hablar con Silbermann».

—«Llámalo por teléfono, yo te puedo dar el número...».

Lo llamé, me contestó en persona, le expliqué quién era yo, que quería entrevistarlo para *National Review*, aclarándole: «no para *P.E.C.*». —«Encantado —me dijo—. Venga a mi oficina mañana a las 10». Nena y Carlos no lo podían creer.

A las 10 en punto me dejó Nena en el edificio de las oficinas de Cobrechuqui. Silbermann no me hizo esperar. Alto, de linda sonrisa, aspecto europeo y excelentes modales, me acercó una silla y me preguntó qué me interesaba saber. No estaba solo. Parado detrás de mí se mantuvo un joven de casco puesto, bigotes oscuros, tez clara, típicamente chileno del Valle Central. —«Mi ayudante», me dijo presentándomelo. Hablamos unos minutos sobre el efecto de la huelga, dejándolo a él dar sus puntos de vista sin hacerle muchas preguntas. Nada sucedía; en las minas se trabajaba bien, la huelga era mínima y era cuestión de días y todo se solucionaría. Escuché como si no dudara ni una palabra de lo que me decía y poniendo, a propósito, mi cara semiboba. Le expliqué que desde que estaba en el colegio ansiaba conocer la mina de cobre abierta más grande del mundo. Agregué que recién me había sido posible llegar hasta Chuquicamata, gracias a lo barato que estaban los pasajes aéreos, pero que estaba desolada porque me habían dicho que la mina estaba cerrada a todo público. —«¿No podrá usted hacer una excepción y me deja entrar?».

—«Mire, Nena... —me dijo con voz arrobadora— es peligroso, puede pasarle algo».

—«¿Qué me podría pasar?, le pregunté con expresión de sorpresa».

—«No sé, como están trabajando y los obreros no están acostumbrados a ver mujeres dentro de la mina...».

—«No me desilusione...», le dije casi llorando.

—«Bueno, voy a hacer una excepción, pero se va a tener que poner un casco. Anda, Juan, a buscarle uno a la señora y la

llevas tú mismo en el *jeep*. No se demoren mucho». Llegó el casco, me lo puse, le di las mil gracias y nos despedimos, ambos, muy contentos.

Mientras con Juan nos dirigíamos a la mina, se me ocurrió pensar que a lo mejor María Isabel Camus, que en la oficina de Cobrechuqui en Santiago tenía un alto puesto y a quien había entrevistado antes de partir hacia Chuquicamata, se habría comunicado con Silbermann, recomendándome. Porque así era María Isabel, una admirable mujer que, por razones que no vienen al caso, debió haberme hecho la cruz y la raya. Sin embargo, fue y sigue siendo todo lo contrario. En fin, se abrieron las puertas y las rejas y Juan, con rostro emperrado, me condujo a conocer por dentro los enormes recintos donde las calderas que derretían el cobre estaban funcionando a todo dar, con una cantidad de hombres recios trabajando bajo un calor que debería haberlos derretido a ellos también. Interesante espectáculo. Les tomé cuidadosamente varias fotografías en colores. «¿Ve, señora, que la mina no está detenida?», me dijo Juan como todo comentario. Enseguida, me llevó a otro recinto que también estaba funcionando. Al salir, el lacónico Juan dio una o dos vueltas alrededor de algunas construcciones donde no se divisaba a nadie y de cuyas chimeneas no salía ni la más leve señal de humo. —«¿Para qué son estos edificios?», le pregunté. —«No se usan, por eso es que están vacíos», me contestó y enfiló el *jeep* hacia la salida. —«Momentito... —le dije— lo que yo quería ver es la mina abierta, se lo dije clarito a su jefe. ¿Dónde está?».

—«¿Cuál mina?».

—«Juan, no se me haga el leso, usted sabe muy bien a qué me refiero».

—«Es que es peligroso...».

—«Eso lo decidiré yo, cuando la vea...».

—«Está bien, la llevaré, pero para mirarla desde arriba. No bajaremos».

Espectacular la mina y el paisaje desértico que la rodea. En ese momento permanecía totalmente vacía, salvo un tren sin locomotora y una tolva abandonada por allá abajo, ese lejanísimo abajo. Persona, ninguna. La mina no podía estar más detenida. Me hice la lesa y calladamente, con Juan observando todo lo que hacía, tomé fotografías de los alrededores, sin dirigir en ningún momento la máquina hacia el fondo de la mina. De repente, para mi sorpresa, se acercó Juan y dijo:
—«Parece que a usted le gusta mucho la fotografía...».

—«Me encanta —le contesté—. Desde que mí papá me regaló mi primera cámara fotográfica, cuando tenía 14 años...».

Bastó que dijera eso para que se abrieran las compuertas. Me contó que él adoraba la fotografía; que tenía una máquina no muy buena, pero que igual la usaba; que tenía 28 años; que estaba casado, tenía dos hijos y que lo único que quería era poder irse de Chuquicamata, dada la incompetencia reinante en la mina. «Yo soy comunista, del partido, y, como tal, no estoy acostumbrado a esa falta de interés que hay en los trabajadores para aprender a hacer las cosas bien hechas. Es cierto que estamos en huelga, que no está trabajando ni el 50% de la gente, quizás menos. Quedó muy poco del personal antiguo cuando se fueron los gringos, que sí sabían trabajar. Los que los han ido reemplazando no han querido integrarse. Yo no

debería estar contándole estas cosas, pero usted me inspira confianza, y ya no doy más...». Me llegó al corazón su dilema, porque, ¿qué salida tenía? ¿Qué futuro podrían tener sus hijos ahí en Chuquicamata? Con razón andaba enfuruñado, carcomiéndole la desilusión. Inolvidable, ese Juan.

E inolvidables Nena y Carlos, quienes se preocuparon, durante los tres días restantes de mi estadía, de coordinar una visita a Chiu-Chiu, a Caspana y al Valle de la Luna. A este último valientemente fuimos en un destartalado taxi cuyos neumáticos estaban lisitos, sin destello alguno de haber tenido un pasado con dibujada goma gruesa. Fue un verdadero milagro que volviéramos sin que ninguno de los cuatro se reventara, ya que, justamente por el candente problema de la carencia de neumáticos nuevos, casi nadie pasaba por esos desolados caminos.

***

Para mí, personalmente, como para muchos otros periodistas y expertos en política, era de cajón sentir y presentir lo que Allende seguramente también captaba: que algunos grupos militares estaban de pies a cabeza en contra de su marxista gobierno y preguntándose a sí mismos si no deberían dejar de lado su distanciamiento. Leyendo entre líneas la escueta frase con que mi amigo coronel de la Fuerza Aérea respondió a mis preguntas («Usted, Nena, no se preocupe... Tranquila...»), empecé a convencerme de que algo más que serio se estaba cocinando. A ello debo agregar que en alguna fecha de junio llegó a mi casa, cerca de la medianoche, Frank Manitzas, ese corresponsal extranjero más cercano a mí. Llegó ahogado de ganas de contarme que venía de una pequeña comida privadísima, a la que se había invitado a dos militares de alto grado. «Nena, para que tú sepas y no lo olvides, ambos aseguraron con firmeza que si se diera el caso de un

golpe, va a correr mucha sangre». Supuse, además, que si Frank llegó tan tarde sin avisarme, fue porque sabía que mi teléfono lo habían intervenido. Detallito este sobre el cual fui informada hacía muy poco por mi amigo de la Fach, cuando me llamó específicamente para decirme: «No te puedo hablar, tu teléfono está intervenido». Y cortó. Tema que era mejor no comentarlo con nadie. Ni con Manitzas.

Mientras tanto, continuaba la huelga de los mineros de El Teniente, paralelamente con la de Chuquicamata, salpicadas ambas por ataques verbales de la izquierda a la oposición, y viceversa. Más una variedad de contingencias que se iban sumando, como, por ejemplo, la clausura por 6 días de *El Mercurio* y el asalto con metralleta en mano al *Canal 6* de TV de la Universidad de Chile. Todo ello «alegremente» adornado con el hazmerreír de todo Chile y publicado en todo el mundo. Aquel de la mañana del 27 de junio, en que Alejandrina Cox, quien iba manejando su auto por la Costanera hacia el centro, le sacó la lengua más de una vez al general Prats, que iba al costado en su blindadísimo *Mercedes Benz*. Por supuesto que ella no se esperaba una reacción tan fuera de toda imaginación como la del general, quien perdió los estribos y, sin titubear, sacó su revólver y le disparó un balazo al auto de la atrevida Alejandrina.

La risa, los chistes y la indignación militar se detuvieron en seco a las cuarenta y ocho horas. Cual aquella fábula de la ovejita que repetidamente vaticinaba la llegada del lobo, el ya frecuente pronóstico de un complot para derrocar a Allende se convirtió en una abrupta y sorpresiva realidad a las 8:55 de la mañana del 29 de junio. ¿Tanques a las puertas de La Moneda? ¿Balas volando y muy visibles muertos? «¡Absurdo!» o «demasiado antidemocrático para ser cierto», opinaron algunos. «Caído del cielo», dijeron otros. «El

pueblo debe salir a defender su gobierno, con armas o con lo que tengan...», suplicó Allende, abiertamente alarmado. La mayoría de los que andaban por las cercanías, al ver a 8 de los tanques del Regimiento Blindados N° 2 dirigiéndose hacia La Moneda, corrieron a perderse. Entre ellos, el agregado comercial de la embajada de la reina Isabel II, que a través del espejo retrovisor de su automóvil comprobó que una mole marca *Sherman* lo iba empujando para que se moviera rápido. Cuando logró estacionarse, recibió un solo grito y tuvo que salir corriendo, mientras las balas llovían por todos lados. A Irene García-Huidobro, gran amiga de mi hijo Ignacio en los años colegiales, le tocó estar parada en la esquina de Agustinas con Ahumada, en el preciso espacio en que segundos después le volaron los sesos a un joven mirón. La impresión que se llevó al verlos colgando más arriba no pudo evitar imaginarse que podrían haber sido los sesos suyos. Y todo por ir caminando hacia la oficina. Otros no arrancaron. Al contrario, corrieron a observar la extraña revolución y un buen número fue víctima de las balas; aparentemente, la mayoría disparadas por francotiradores apostados en los edificios del gobierno. Se rumoreó también que a varias embajadas se las consultó sobre posibles asilos políticos, pero nadie alcanzó a llegar a las puertas de ninguna. A las 11:46, la insurrección fue sofocada por el propio Ejército. El gobierno reconoció la muerte de 22, pero se aseguró que murieron 40, en su mayoría militares. Los heridos sumaron docenas. Se tomó rápidamente preso al coronel Roberto Souper Onfray, que fue quien dirigió la maniobra, y un toque de queda nocturno se sumó al Estado de Emergencia que se había declarado dos días antes.

Naturalmente, una buena cantidad de chilenos creyó que era un *show* organizado por el gobierno, como excusa para forzar una especie de dictadura sobre el pueblo chileno. Nada que ver. Tal como le escribí a *National Review*, de

acuerdo con mis fuentes de entonces, fue una verídica conspiración para desbancar a Allende. Me aseguraron también que la mayoría de los organizadores originales se vieron obligados a echar pie atrás al descubrirse que una soplona paloma mensajera los había delatado, ya que a esas alturas de los preparativos los estaba vigilando todo el sistema de inteligencia del Ejército. De paso, a quien fuera que le correspondía explicarle el cuadro completo al coronel Souper, comandante de la guarnición, tal vez pensando que otros regimientos se unirían una vez consumado el hecho, no le informaron al alto oficial que el plan inicial no corría. Trágico asunto para la oposición, ya que ese *Tanquetazo*, como lo denominaron, empañó la imagen del Ejército, tanto en Chile como en el extranjero. Trágico fue también el desenlace para Patria y Libertad... en apariencia —solo en apariencia— activo participante, según se comentó. Encabezados por Pablo Rodríguez, sus líderes procedieron a asilarse a las 4:10 p.m. del 31 en la embajada de Ecuador.

El inmediato resultado del fiasco fue, quién podría dudarlo, una total censura de prensa que forzó a todas las radioemisoras a emitir solamente noticias aceptadas por el Ejército. ¿Los canales de TV? Se los tomaron sus empleados marxistas, quienes, como broche de oro, le prohibieron la entrada a los empleados no marxistas. Anecdótico también fue el paso que dio Allende. En la mañana siguiente, cuando por la radio urgió a todos sus partidarios a salir, armados, a tomarse las calles, a salvar su gobierno, tuvo la sorpresa de descubrir que los trabajadores ya se habían organizado, pero dentro de los cordones poblacionales que rodeaban Santiago. Triste fue para él comprobar que la mayoría de sus seguidores jamás se iban a atrever a enfrentar a un tanque o a un soldado. Con la rapidez del rayo, el pueblo chileno se cercioró clarísimamente de que Las Fuerzas Armadas eran a

todas luces capaces de controlar las calles cuando y como lo deseasen. Hasta los más «ultras» captaron el punto. A nivel del pavimento de las calles, ese 29 de junio no se vio ni un solo extremista de aquellos que habían convertido en profesión el salir a disparar, golpear, apedrear e insultar a mujeres y estudiantes. Por su lado, al atardecer, en un discurso radial, Allende halagó a las Fuerzas Armadas hasta más no poder, notándose nítidamente que nuestro presidente sabía muy bien que se había salvado por milímetros. ¿Se salvaría la próxima vez? La conspiración no apagó la creciente inquietud militar. Al contrario. La Fuerza Aérea, la Marina y los regimientos permanecieron acuartelados y en alerta las 24 horas del día y, para aparentar normalidad, se turnaba el 50% con el otro 50%, mientras los barcos de guerra se mantuvieron en alta mar a la espera de instrucciones. Todo esto se lo escribí a *National Review*.

En uno de los inmediatos días siguientes a la aparición de los 8 tanques, en que aún persistían sus efectos en el ánimo de los santiaguinos, me «choqué» en Agustinas, a los pies del edificio de *La Nación*, con Carmen Silva, la tan querida pintora por todos aquellos que la conocieron y quien fuera mi inicial profesora de dibujo. Nos habíamos cruzado con bastante anterioridad a ello, cuando ambas vivíamos en la misma cuadra de la calle llamada entonces Las Urbinas y hoy en día Los Urbinas. O viceversa. De un «¡Hola, buenos días!...», no tardamos, ahí paradas en la vereda, en comenzar a cambiar ideas. Iniciales ¡bla!, ¡bla!, ¡bla! que se fueron convirtiendo en un profundo entendimiento de asuntos del alma y los desconsuelos o alegrías que nos acarrea. Carmen, que era pura pintura y sentimientos, estaba en esos días de fines o comienzos de los años 50, entre altos y bajos, pasándolo pésimo. Vivía así, entregando su corazón y sufriendo las consecuencias, pero el hondo lazo que nos unía, nos viéramos o no nos vié-

ramos, no se cortó nunca. Tampoco la alegría que ambas sentíamos en cada encuentro, por distanciado que fuese, y así de fuerte fue el abrazo que nos dimos a los pies de *La Nación* a comienzos de julio del 73. «Nena, qué felicidad encontrarte, estoy desesperada buscando leche. Tengo que tomar leche, ayúdame a encontrar leche, por favor». ¿Leche?, me dije a mí misma, ya no me acordaba ni cómo era.

«Carmen, no hay leche por aquí, y creo que en ninguna parte... Si quieres, te acompaño a una especie de café-bar que está en Agustinas, hacia Amunátegui». Fuimos. Cero leche, pero conseguí tranquilizarla, a medias, con unas dos Bilz o algo así. Carmen, ya sea porque no quería que nos separáramos o porque siempre me contó todo lo bueno y lo malo que le sucedía, sin detenerse ni un solo instante me describió, al detalle, todo lo que le había pasado y sufrido desde por ahí por agosto de 1970 o 1971, de lo cual yo no sabía nada de nada. «Todo pasó por mi culpa... —dijo—. Pero lo peor fue que, de pura desesperación, me metí a trabajar con el grupo de Altamirano. Tú sabes, tiene un lugar de encuentro con todos los miristas por ahí por Bustos, muy cerca de donde vivo. Y yo, la tonta, empecé a ayudarlos en lo que podía y ahora no sé qué hacer. Me ha hecho peor. No he pintado por meses de meses y de fondo no tengo nada que ver con ellos... Pero, Nena, por favor, ¿qué hora es? Tengo que irme. Ojalá me encuentre de nuevo contigo. Me ha hecho bien contarte todo este lío...». Nos despedimos y no la vi hasta después que volvió de su destierro en Ecuador, en otro encuentro parecido que, como siempre, nos llenó de alegría.

Poco después me crucé en otra vereda, esta vez en Providencia, con mi prima Luz Donoso. Ni siquiera su irradicable comunismo, ni ese no trabajarle un día a nadie que, en mi a lo mejor errado criterio, era la antítesis de los preceptos mar-

xistas, habían borrado el cariño que le tenía desde que nací. O esa hasta cierto punto lástima que sentía por ella desde hacía ya muchos años. Aunque sin ese tan profundo entendimiento que tuve con Carmen Silva, nos abrazamos ahí en Providencia, muy contentas de vernos. Hasta que se acordó y me dijo: «Nena, tú tienes la culpa...».

—«¿De qué?, Luz...».

—«De que el gobierno mío haya fracasado. Ya murió. Ya no es...».

—«Pero, Luz... si Allende sigue ahí en La Moneda...».

No alcancé a terminar cuando, rabiando, partió sin despedirse. Y me quedé ahí parada al llegar a la avenida Suecia, pensando: «Si Luz lo dice, será porque el Partido Comunista ya sabe que se desintegró la Unidad Popular, que ya no hay vuelta que darle».

A mediados de julio, me invitó María Isabel Anguita a pasar unos tres o cuatro días en Portillo. A ese Portillo que durante los meses invernales de 1973, salvo por escasísimas excepciones, dejó de ser la elegante *high society* esquiadora de Argentina, Brasil, Santiago y, aunque en menor escala, de Estados Unidos y Europa. Nos encontramos con que dominaba la presencia de nuestros «hombres nuevos», que de elegantes tenían poco —pelos largos mal cortados, vestir desastrado y aspecto físico muy lejano al de los bellos y bellas jóvenes que en tiempos normales adornaban Portillo—. Nada nos importó. Fue maravilloso respirar tan puro oxígeno y estar rodeadas de la blancura de las montañas contrastando con el azul de la Laguna del Inca y de los cielos sobre

las alturas andinas. Así y todo, rodeadas de aquella belleza como estábamos, tratar de desconectarse de la velocidad en que se desarrollaban los acontecimientos chilenos, me fue difícil. Opté por escribir cartas: a Alistair Horne, quien me había escrito preguntándome si no hubiese sido mejor para mí haber permanecido fuera de Chile bajo Allende; y a los Burr, que se habían ido a España.

«Santiago, julio 23, 1973

¿Sabes?, Alistair, es fascinante estar al medio del ojo del huracán, tratando de parcelar lo importante de lo trivial, a medida que perforo la superficie de las noticias. También es cierto que, por momentos, es atrozmente agotador. No es que el vivir diario sea gris o incómodo o carente de lo esencial. No sé cómo, pero aún, por aquí o por allá, es posible echar mano a una botella de pisco, que a ti tanto te gusta —en el mercado negro, por cierto—. O de conseguir suficientes alimentos —también en el mercado negro, si se quiere que sean de buena calidad—. O se obtienen a través de amigos o a través del trueque. Esto, en el *chic* barrio alto. Los menos sofisticados consiguen lo que quieren directamente de los sindicatos, al precio oficial. Triste realidad, porque no se ha materializado el hambre anunciado que iba a derrocar a Allende. Y, como le he escrito a Bill, las horribles colas son un desahogo para las mujeres que nunca antes tuvieron la oportunidad de salir de sus escuálidos hogares. Y una fuente de dinero para los que, comprando y revendiendo en el mercado negro, convierten las colas en un medio para lograr mejores entradas, sistema mucho más ventajoso que latearse trabajando.

«Lo bastante corrosivo es sentir que se está viviendo en perpetua ilegalidad. Por lo menos para mí. La mayoría de los chilenos viven y se desplazan indiferentes a que estén o no

estén día a día cometiendo ilegalidades, o a que su íntimo deseo sea balear a un montón de gente, entre los cuales hay muchos que han conocido durante toda su vida. Pero más trágico —y rompedor de nervios— es el que a estas alturas está profundamente enraizada una convicción general que indicaría que la respuesta final no va a llegar sin sangre y muertes. Paralelamente, se presiente que esta mezcolanza que está partiendo en dos al país puede anclar a la derecha o a la izquierda. Increíble, pero cierto, es que cualquiera que tenga sangre corriendo por las venas no puede evitar querer vivir de pe a pa el drama enterito y no perderse ni un momento de la "entretención". Se convertiría en un cuento muy largo el escribirte todos los detalles y elementos que están en juego. Mejor me los salto, por ahora. Pero una cosa es obvia: en el mejor de los casos vamos a tener un difícil-de-soportar-gobierno-militar. Difícil de soportar si adoras la libertad de prensa o te gusta la política. Ambos son elementos que los militares odian. Y con razón. En Chile, hoy en día, no tenemos precisamente una prensa libre. Lo que tenemos es un descontrolado y vergonzoso torrente de abusivas y cínicas calumnias. Y cualquier chileno honesto no puede sino confesar que este lío en que estamos metidos se debe principalmente a la estupidez o egoísmo de los políticos».

***

«Santiago, agosto 1, 1973

Queridos Max y Celinda:

¿Les gusta andar en auto? ¿Les gusta una buena marraqueta? ¿Les gusta leer el diario en la casa y no en la calle? ¿Les gusta de repente salir a tomarse un trago rico? ¿Les gusta que los amigos lleguen de visita? ¿Les gusta pensar en un

week end mirando el mar o en algún picacho nevado? ¿Les gusta entrar a algún almacén y comprar esas cosas simples de la vida, como un kilo de azúcar, café o quizás un poco de mantequilla? ¿Les gusta un baño caliente en las mañanas? ¿O quizás uno al atardecer, antes de salir a comer? ¿Les gusta la idea de que cuando nazcan vuestros nietos, médicos y matronas puedan desinfectarlos con alcohol o purificar la piel de la hija si necesita colocársele una inyección? ¿Les gusta saber que con seguridad habrá agua para cocinar o tirar la cadena del escusado? ¿Les gusta la vida sin sobresaltos y sin chuecos que se dan vuelta la chaqueta a cada rato? ¿Les gusta pasearse por la ciudad sin toparse en cada esquina con un soldado o policía cargando su metralleta? ¿Les gusta? ¿Les gusta? ¿Les gusta? Si así es, mírense al espejo todas las mañanas allá en España y salten de felicidad... En Chile —en el Chile de hoy, 1 de agosto—, a dos años y nueve meses de aquel día en que la Democracia Cristiana le dio el sí al honorable presidente, don Salvador Allende, no hay bencina para ir al centro, para venirse del centro o para pensar en visitar a un amigo o amiga cercanos. Y si por alguna casualidad se llega a alguna bomba bencinera para recibir 7 litros (y no más) o comprarla en el mercado negro, donde te la venden por litros... en botellas, se piensa que se está en un país en guerra al estilo de Alemania en 1940 o en algún planeta de ciencia ficción. Militares de casco y metralleta velan por la seguridad y el orden, para que no se arme la mocha a lo largo de las seis o diez cuadras que forman la cola. Olvídense de que en octubre pasado ya existían las colas. Las de ahora son de otro calibre. Y lo son porque la verdad de la milanesa es que no hay bencina en Chile, y el que Vilarín esté con sus huestes detenidas es una mínima parte del cuadro. Además, seguramente todo se habría definido si algunos de los torcidos del partido que conocemos no hubiesen elegido el diálogo (asentando así que el "compañero" es el legítimo presidente de la República, perfectamente encuadrado en la

legitimidad exigida). Pero como en esta parte de la oración es demasiada la ira que me da, me la saltaré. A lo que voy un poco es que este rincón nuestro tan querido está convertido en un caos aún mucho mayor que aquel día en que ustedes se marcharon raudamente hacia cumpleaños felices. El cambio es notorio. Ha habido un sinfín de peloteras y huelgas heroicas de mineros que han sido (para variar) engañados con suma inteligencia y eximias estrategias. Golpes fallidos, exigencias militares y vociferaciones estruendosas en el Parlamento que no conducen a nada por falta de ética o culebreo de la DC. Agreguen un presidente que llora, un Altamirano que pide que Chile se convierta en una hoguera y que la tropa desobedezca a cualquier oficial que no dé las órdenes del gusto de nuestro primo Carlos. Sumen asesinatos que a nadie le importan y un gran asesinato que tiene a todos en ascuas: el del comandante Araya, que lo balearon estando en su balcón y no en la playa. Y mil conjeturas que hacen subir y bajar los termómetros, mientras en las calles por lo general ha hecho un frío atroz y en los hoteles los parroquianos se mueren de frío porque no hay petróleo para el agua o la calefacción. Viva Madrid, Franco y todo el bienestar que ha sabido dar a palos y con el fusil en la mano... pero bienestar.

Lo curioso es que cualquier chileno que desaparece por un tiempo pierde el sentido de las proporciones. Agranda las nostalgias y olvida los golpes que nos trae el NO pan de cada día. Cuando vuelven, encuentran todo sensacional y que todo está de maravilla. Me refiero a nuestra querida Lucía, con quien hablé esta mañana. Para ella todo está genial. A lo mejor lo está para quienes no viven de la noticia. Pero, si uno se introduce en la vida de los mineros, del camionero, del arquitecto, del médico que debe defender su servicio a puñetes y a veces hasta a balazos... O del ingeniero que no puede aplicar sus conocimientos porque no hay materiales

ni la menor buena voluntad, la cosa es distinta y agarra su buen poco el ánimo. Sin hablar de aquellos que defienden su pequeño almacén. O la serie de damnificados que en cuatro días se han ido quedando sin fábrica, pequeña o grande, mientras observaban atónitos que fieras armadas se hacen cargo de sus industrias, fábricas o barracas, formando cordones que cada día encierran más y más al *ghetto* llamado barrio alto. El cordón de Cerrillos y el de Vicuña Mackenna son ya pelos de la cola, de temores del pasado. Hoy está el cordón Macul, el Manquehue, el de Barrancas y el que se pida a gusto del consumidor. Cierto que en una pasada de tanques o caballería, o tal vez un solitario *Hawker Hunter,* barrerían con todos los valientes que se solazan apedreando o disparándole a estudiantes y mujeres o dándoles vuelta los autos a inocentes choferes que desearían llegar a sus sitios de trabajo. Pero, por más cierto que ello sea, y por mucho que las FF.AA. están aparentemente decididas a terminar con los ejércitos extremistas paralelos, las amenazas siguen latentes. Ya nadie, ni los curas, se quedan dormidos en la noche sin pensar que esa misma noche o al día siguiente puede llegar el momento que a ellos les toque matar. *Father* Gerald Whelan, del Saint George, el colegio de mis hijos y a quien tuve mucho que agradecerle, me decía hace dos días que desde luego que va a morir gente si Allende le da vuelta la espalda a la extrema izquierda. Que hay que matar por lo menos a 20. Pero que eso sería mejor que una masacre general. Es decir, hasta los curas le están dando un mental visto bueno al matar a hermanos, como si ello fuera parte de los diez mandamientos. Y no sigo, porque me da mucha pena el comprobar a diario que todos vivimos de hecho, o en la mente, en un ambiente donde la delincuencia es parte natural del vivir. He dicho... Viva Madrid...».

***

«Agosto 9, 1973.

Llamó por teléfono el capitán del Ejército que habíamos conocido en Rancagua. Lo invitamos a almorzar a casa de mi fiel amigo Hernán, juramentándole que lo que se hablara quedaría entre nosotros y nadie más. Y así lo cumplí hasta hoy, en que releo la mezcolanza de anotaciones que escribí durante y post el almuerzo de aquel 9 de agosto, la misma fecha en que el presidente Allende integró a su gabinete a las más altas autoridades de las Fuerzas Armadas. El general Carlos Prats, comandante en jefe del Ejército, quedó a cargo del Ministerio de Defensa; el almirante Raúl Montero, comandante en jefe de la Armada, del Ministerio de Hacienda; el general del Aire César Ruiz Danyau, comandante en jefe de la Fuerza Aérea, del Ministerio de Obras Públicas; y José María Sepúlveda, general director de Carabineros, del Ministerio de Tierras y Colonización.

PALABRAS DEL CAPITÁN:

"Habrían aceptado el gabinete, se dice, gracias a promesas de compra de aviones *Mirage* y *Hawker Hunter*, y también armas".

"A Carlos Rafael Rodríguez, viceministro de Cuba, y Manuel Piñeiro, jefe máximo de los servicios secretos cubanos, los echó de Chile el comandante en jefe de la Armada. Simplemente vinieron a adiestrar a los cordones. Se sabe que, dirigido por cubanos, habrá un ataque, probablemente a fines de mes, para conseguir autos y armas militares".

"Ya nadie cree en Prats y hay un desconcierto general en los mandos medios-bajos".

"La burocracia impide la aplicación del control de armas. Lo que han hecho hasta ahora es una ínfima parte. Las armas están en los cordones".

"Anoche 'mandaron' a allanarlos. A las 2 de la mañana les dijeron no van. Sabían que si los comandantes aceptaban el gabinete, los regimientos se podían levantar. Había que distraerlos".

"En el paro nacional de la CUT se repartieron panfletos llamando a prepararse para la batalla. No sé si ahí mismo, pero hay afiches con fotografías de varios militares. Debajo de la foto, el índice de una mano indica: A TI TE MATAREMOS. Esto para que los miristas los reconozcan si los ven, y los maten de inmediato".

"No hay jefe ahora en las Telecomunicaciones y tampoco en los demás regimientos. Los han dividido. Todas las FF.AA. están infiltradas, pero nadie sabe qué cosa piensa quién. Nadie se atreve a hablar. Existe una desconfianza general de los compañeros. Nadie sabe si el amigo lo va a delatar".

"Los altos mandos están infiltrados. 'Se anuncian descabezamientos, que habría que empezarlos por los dos de la Fuerza Aérea', dijo refiriéndose a dos del recién nombrado en el gabinete".

"Éxodo. Está bajando la dotación chilena en vez de aumentar".

"En Arica: tanques de la Segunda Guerra Mundial. Si se les echa bencina, arden. Tacna, en cambio, cuenta con dos grupos blindados".

"Los portuarios son los más armados de Chile. Ellos descargan las armas. Y rompen cualquier bulto que no saben qué contiene. Los dejan caer de las grúas. Y muchos lo que contienen son armas".

"Los UP duermen en distintas partes todas las noches. Prats, tanto en camas en la Escuela Militar como en otras casas y en varios regimientos".

"El 20, para el *Tanquetazo*, los UP se fueron a distintas embajadas. En su mayoría a la de Cuba".

"No queremos una guerra civil. No sé si creemos en una guerra civil".

"No vemos líderes. Existe resentimiento al civil. Les carga Alessandri por haberle negado a las FF.AA. dinero para compras y haber dicho que si querían plata cerraran la Escuela Militar, de Aviación y Naval. Frei y su partido votaron por Allende en el Congreso, por tanto son culpables. Pero reconocemos que fue el gobierno de Frei el que le dio a las FF.AA. la oportunidad de estudiar en las universidades".

"No la queremos, pero vamos a terminar con la papa caliente en las manos...".

"'Todos temen a los vecinos'. Chile está totalmente vulnerable. Dependiente económicamente de la Argentina... y de Rusia. Todo lo que se le ha entregado a Rusia a cambio de su apoyo es increíble. La entrega a Moscú de la caleta Colcura, y otros puntos al sur, es una vergüenza".

"Se odia al periodista por falta de seriedad. La radio *Chilena* es la única que se puede escuchar. Y *La Tercera*, leer; pero, no

es del todo veraz. *Canal 13* miente. *Canal 13* no fue en Rancagua a la comandancia a preguntar nada. Sin embargo, un *film* de las 'tomas' y clima de Rancagua lo presentaron como visto por la comandancia, con entrevista a Ackernecht. El *13* miente, tanto como el *9*".

"El gobierno pretende terminar con el sindicalismo y el gremialismo. Encuentra que los políticos están tratando de dividir a las FF.AA., cosa que no han conseguido. Lo que les parece pésimo. Y están enojados por las críticas a Bachelet".

"Carabineros depende del intendente. Nosotros no dependemos de nadie. Eso nos da más seguridad, y la seguridad trae la cautela. Carabineros no actúa. Los hacen actuar. Las FF.AA. son mucho más autónomas. Nosotros sabemos lo que estamos haciendo, qué más seguridad que eso...".

"Chile tiene una dotación de aproximadamente 35.000

Bolivia, cerca de 200.000

Argentina, 600.000

Perú, entre 500 y 600 mil

En Tacna hay una brigada blindada completa: 71 tanques.

En Argentina, hay una fábrica de tanques. La frontera está plagada de tanques"».

IV

RETORNO A EUROPA

Agosto - Octubre 1973

El 13 de agosto logré sortear el último obstáculo que se me exigió para darme el pase de la salida de Chile al extranjero. A decir, que un ciudadano amigo firmara un documento estableciendo que él sería mi aval si yo no volvía al país. Dicho en claro, se comprometía legalmente a pagar mis impuestos hasta que yo regresara. Volé a Miami el 15 a encontrarme con mi hijo Ignacio, quien se preparaba a viajar a Roma con su hermano Max, donde, ya se había concretado, estudiarían durante un año, bajo el programa de estudios en el extranjero de la Universidad de Notre Dame, Indiana. El plan era que yo, la "mami", los acompañaría en el trayecto de ida, para después trasladarme a Alemania a que Alfredo Herzka me entrevistara en la *Deutsche Welle*. Gracias a la eterna y

honda generosidad de Carmen Bascuñán y Alejandro Briones, para variar, que me alojaron, me pude quedar cerca de Ignacio hasta fines del mes. Y, además, escribir.

«Mr. William Buckley

Miami, August 17, 1973

Dear Bill:

Tengo al frente mío la carta que te envió el señor Montes de la Universidad de Oregon. Me pides mis puntos de vista. Entiendo muy bien el dilema del señor Montes. Ese dilema respecto a qué pasos hay que dar para lograr una visa permanente a los Estados Unidos lo tienen también cientos de otros chilenos, incluyendo a mis dos hijos, como tú sabes. Sin embargo, seamos justos, a pesar de todo lo que está sucediendo, Chile no es Cuba. Aún no, no obstante que a cada rato innumerables profesionales se chocan con muros frustrantes. Muchos de ellos, tal como el señor Montes dice, hasta cierto punto porque el gobierno es el único que emplea a la mayoría de los profesionales. Las firmas privadas simplemente están desapareciendo. Otros, porque no existe incentivo alguno. No ven futuro. Los médicos enfrentan una escasez desastrosa. No hay alcohol, algodón, equipos quirúrgicos, género de algodón blanco para sus uniformes, sábanas para las camas de los hospitales, antibióticos, etc. Escasez de lo que pidas. Los arquitectos se enfrentan con una creciente falta de materiales de construcción y no esperan poder construir en años algo que valga la pena. Al nivel de las Universidades, los profesores se ven envueltos en urdimbres de sectarismo, carencia de textos actualizados,

constantes huelgas, conjunto que en la práctica convierte en imposible lograr el nivel de enseñanza que se requiere. Por su parte, los estudiantes están tan frustrados, y algunos tan cansados de la política, que ya les da lo mismo si aprenden o no aprenden lo que se les pide. Se llora por más ingenieros, pero muchísimos se están yendo o ya se fueron. No porque no pudieran encontrar trabajo, ya sea en o afuera del gobierno (constantemente aparecen avisos solicitando ingenieros especializados); pero, debido al reinante sectarismo, saben muy bien que si no son marxistas no los contratarán. Hay que sumar, además, el que, al igual que el caso de los médicos, no tienen acceso al mundo actualizado del *know how*.

Sin embargo, como dije, Chile no es Cuba... todavía. Tal como menciona el señor Montes, el gobierno está decidido a controlar todas las fases de la educación, pero no la controla aún. Los colegios privados, al menos los que cuentan, todavía son privados. Si algunos de ellos actualmente enseñan marxismo, es porque eligieron enseñarlo, no porque se les fuerce. Y los colegios privados, junto con los colegios públicos y las universidades (lo que incluye las asociaciones de padres y profesores, consejos de estudiantes, la Iglesia y las Fuerzas Armadas) han detenido los pasos que ha dado el gobierno para echar adelante la planificada ENU (Escuela Nacional Unificada). El gobierno, continuamente, trata de romper las barreras, pero no ha podido y probablemente no pueda hasta dar otro enérgico empujón al asunto en marzo.

La otra diferencia con Cuba es que los chilenos pueden salir del país. Cierto que a condición de varias cosas; pero de poder, pueden. Cualquier ciudadano que pague impuestos lo suficientemente altos como para respaldar la compra de un pasaje, puede ir a Europa o a Mendoza, si quiere. No podrá sacar dólares o muy pocos, pero no lo detendrán. La verdad

es que hoy los reglamentos son menos rigurosos que hace un año. Naturalmente, es bastante amargo para los chilenos observar que a cubano que llega a suelo norteamericano, automáticamente se le concede visa de residente. La diferencia estriba en que Castro se tomó el gobierno ilegalmente, mientras en Chile se eligió a Allende en plena legalidad.

Simultáneamente con esta carta, estoy enviando a *National Review* mi recién escrita, aquí en Miami, "Letter from Chile".

Love, as always...»

«Letter from Chile,
National Review, N.Y.
Miami, agosto 17, 1973

En la noche de agosto 13 comí en mi casa con un invitado europeo. A las 10:15 exactamente se cortó la luz eléctrica. Al instante encendí todas las velas que había colocado por doquier, pesqué mi linterna y corrí a cerrar todas las puertas y ventanales y a llenar la tina del baño. "¿Por qué?", me preguntaban sus ojos. "Porque esta es una diáfana noche sin una gota de viento. Un apagón es ilógico. En poquísimos minutos nos quedaremos sin agua. Puede que esta sea LA noche".

Mientras conversábamos se escuchaba el correr del agua que llenaba tinas vecinas. Ese fue el primer encuentro de mi amigo con el ánimo de entrega de los chilenos a la fatalidad de su drama. Con una forma de vida en que una guerra civil y asaltos por doquier se aceptan como algo inevitable. Nada tan dramático se produjo aquel agosto 13, pero no estaba muy lejos de serlo. Terroristas habían dinamitado una estratégica torre de alta tensión, dejando a 700 kilómetros a la redon-

da en plena oscuridad, incluyendo a Santiago y Valparaíso. Coincidentemente, varios barrios se quedaron sin agua.

Unos días antes la Marina había detectado una sublevación apoyada por elementos foráneos a la institución. Inmediatamente después, explotó una línea suministradora de petróleo, matando a dos, hiriendo a docenas y quemando animales, campos y casas. Terroristas la habían volado en pedazos. La diaria anarquía es menos espectacular, pero rompe los nervios. No pasan 24 horas sin amenazas, tiroteos o andanadas dirigidas a políticos, los rebeldes gremios, canales de TV opositores, las oficinas de los diarios y, últimamente, a diplomáticos norteamericanos. Algunos han dado en el blanco de casas y automóviles militares. Una bala mató al *aide de camp* del propio Allende. En cada uno de los casos la prensa marxista culpa a Patria y Libertad, el opositor grupo extremista, ahora en la clandestinidad. O culpan a la CIA, o a los gremios de los camioneros, actualmente cumpliendo su segunda huelga a nivel nacional. Por su lado, en cada caso la oposición vocifera culpando a los extremistas y a la leva de guerrilleros latinoamericanos que a raudales han llegado a Chile a "apoyar" al gobierno de Allende. Naturalmente, la visita de Rafael Rodríguez y Manuel Piñeiro, el primer ministro de Cuba y jefe del servicio secreto, respectivamente, no borró para nada las suposiciones de la oposición. Tampoco obliteró el runrún que aseguraba que fueron las FF.AA. las que les pidieron a los "distinguidos visitantes" que se fueran callados y rápidamente. Cualquiera que haya escuchado al MIR, ese izquierdista movimiento revolucionario, chillando furibundos *slogans* a las FF.AA. en un mitin de la CUT organizado por los comunistas a favor del nuevísimo gabinete militar, se van a chocar con varias sorpresas. Algunas ya han aparecido. Por los menos 18.000 flamantes uniformes militares han sido descubiertos en ma-

nos de extremistas, la mayoría costureados en fábricas de ropa lista-para-usar recientemente nacionalizadas —se dice que realizados con material contrabandeado desde Cuba—. Si a ese trozo de noticias se quiere sumar que en varias universidades pro-marxistas las melenas a lo Che Guevara han sido reemplazadas por cortes al cero, a lo militar, bueno, un Yakarta a la chilena no parece tan demencial. Alusión que vuelve loco a *El Siglo*, el periódico perteneciente al comunismo, cada vez que *El Mercurio* sugiere la posibilidad.

Sin embargo, las vueltas del carrusel no son tan simples. Parecería que Allende nuevamente ha detenido una crisis inmediata gracias a las maniobras engañosas con que logró que tres comandantes en jefe y el general director de Carabineros aceptaran formar parte del gabinete. Pero, por cierto que no resolvió ninguno de sus problemas a más largo plazo. No solo es una telaraña que a toda carrera tejieron los socialistas para atajarles el camino a los uniformados. Además los ministerios que se le entregaron al cuarteto militar no tienen influencia directa en las prácticas políticas. Quizás la excepción sea el Ministerio de Hacienda, el que se le confió al almirante Montero. Pero, como declarara el senador Eduardo Frei —ex presidente al mando del Partido Demócrata Cristiano: —"Nadie ha sabido de un país importante que para el Ministerio de Hacienda no llame a expertos en economía. Incluso en el gobierno militar de Brasil se nombró a un economista no militar".

No importa cuán aguda sea la inteligencia del almirante —y lo es—, no está solo en el ministerio. Deberá confiarse en la información que se le facilite y sus decisiones dependerán de quién y en qué formato le entregue esas informaciones. Tendrá que trabajar con el equipo comunista del Banco Central, con el comunista del Ministerio de Economía y con

Pedro Vuskovic, el cerebro tras todas las calamidades financieras de Allende. La tarea del almirante no es solo difícil, es la más difícil que un chileno pueda enfrentar. En contra de la voluntad de la mayoría, este gobierno, en cuanto a lo político, económico y social, ha elegido aplicar sistemas que nos han llevado directo al desastre. Un gobierno no puede descansar en recetas o demoras producidas para permitir que Allende respire y, así, convenientemente, permitirle que recupere poder.

La cruel verdad es que este paso táctico de los militares, sin duda alguna dado en nombre del patriotismo, muy luego produjo olas de arrepentimiento y recelos. Por un lado, el Partido Nacional vislumbra una trágica demora en la caída de Allende. Por el otro, los extremistas marxistas, actualmente a todas luces opositores a Allende, inmediatamente le echaron la culpa al gabinete que capituló. También reconocieron que ese paso reformista partió a la izquierda en dos. Sin embargo, parecería que, entre todos, son las FF.AA. las más tristes. Al menos, molestos están los mandos medios. Los más, quieren que los comandantes en jefe se salgan del gabinete, a menos que se les dé el poder total. Para ellos, la crisis pide un todo o nada. Muy pocos creen en que el gabinete sea una fórmula mágica. Como dijo puertas adentro un oficial desilusionado: —"Si no encuentran esa fórmula, Chile bien luego va a despertar una mañana y descubrirá que su frontera con Perú delimita con el bulevar más importante de Santiago. Y su frontera con Argentina en el río Biobío, 800 kilómetros más al sur".

El meollo del problema descansa en la existente diferencia entre este gabinete y el marxista-leninista de noviembre de 1972 a marzo de 1973. Aquel incluía al general Prats en el clave Ministerio del Interior y le fue posible resolver la huelga general en 48 horas. Un gabinete que significó la ley y el

orden que momentáneamente se logró. Esta vez el país está atosigado de males que no se sospechaban en octubre pasado: una inflación del 350%; delincuencia a todo dar a través de un desenfrenado mercado negro; cero disciplina laboral, cada vez más baja producción industrial y agrícola. Agreguemos el que se detectara —al fin— el vasto fraude electoral de marzo, el que alcanzó los 200.000 votos. La actitud de vida o muerte de los gremios, que tan bien saben cuál es su fuerza; una reconciliación entre los marxistas y no marxistas más remota que nunca; el aumento de esos "cordones" de los trabajadores, tan rápidamente convirtiéndose en un peligroso regimiento paralelo. Más la pérdida del Ejército de su *status* de neutralidad, con los consecuentes sentimientos antimilitaristas de al menos la mitad de los seguidores de Allende. Para mejor o peor, de aquí en adelante será imposible que no se identifique a los militares con las políticas allendistas. Ello significa pagar un precio muy alto si no se les entregan todas las cartas del naipe. Visiblemente no las tienen.

Pero, claro, esta carta está fechada agosto 17. Las fuerzas políticas en juego están tan tambaleantes, que cuando se lea lo que escribo, el actual gabinete puede que sea historia del pasado —o que el país haya estallado en pedacitos—. Que la situación no puede durar es desgarradoramente obvio».

Esa "Letter from Chile" fue lo último que escribí para *National Review* antes del 11 de septiembre. La redacté, la eché al correo personalmente en Miami, pero se traspapeló. No llegó a destino. Me quedé con la pura copia y no la andaba trayendo conmigo cuando, con Ignacio, nos fuimos a Nueva York y, de paso, a despedirnos de los Buckley previo a volar a París. «¡Estará de Dios!», me dije, y nos fuimos a encontrar con James McNair, mi buen amigo arquitecto, a quien conocí en Chile por allá por 1958 e invariablemente me ha llevado

a conocer rincones no turísticos de Manhattan y Connecticut. Ese día nos condujo a conocer las torres gemelas construidas por Minoru Yamasaki. Subimos hasta el bar situado en el último piso de la primera torre, la que funcionaba en pleno. La segunda torre aún no estaba terminada. Para no creer era la vista desde esas alturas. Más que espectacular. Me borró por un buen rato la imagen de lo patas arriba en que persistía estar todo Chile.

***

Llegó Max unos días después a juntarse con nosotros. Los dos hermanos volaron a París con sus compañeros de curso y yo tomé el vuelo que me había reservado la *Deutsche Welle*. Y, ¡oh, sorpresa!, a la bajada del avión me esperaba Alfredo Herzka. Me recibió eufórico de noticias sobre Chile: 1) Que unas trescientas esposas de oficiales en servicio del Ejército, algunas casadas con generales, llegaron hasta la casa del general Prats a entregarle una carta a su señora. —«Imagínate, Nena, le pedían a la señora Prats que le hiciera ver a su marido que públicamente se opinaba que las Fuerzas Armadas estarían colaborando con un gobierno marxista». 2) Que el 22 de agosto la Cámara de Diputados, haciendo uso de sus atribuciones constitucionales, por amplia mayoría, acusó al gobierno de Allende de ilegalidad e inconstitucionalidad. 3) Que al día siguiente el general Prats renunció a su cargo de comandante en jefe del Ejército y al de ministro de Defensa. Que como comandante en jefe lo sustituyó un general llamado Augusto Pinochet. —«¿Lo conoces?, Nena».

—«Para nada, pero me parece que en algún momento fue comandante en jefe subrogante».

Informaciones claves, todas, pero el fiel Alfredo comprendió muy rápido que, como buena mamá, lo que me interesaba en

ese momento era estar con Ignacio y Max lo más posible, y, como yo, se subió al carro del ir y venir del grupo de alumnos. Me fui al mismo hotel que ellos y, en el auto de Alfredo, los seguimos por el norte de Francia. Rouen, Honfleur y hasta Mont Saint Michele, el que nos tocó contemplar en un día de cielos azules, rodeado por el mar y un mínimo de otros turistas a la vista. Tan entretenida como práctica resultó la presencia de Alfredo, que resolvimos que Ignacio y Max abandonaran a sus compañeros de ruta y se fueran con nosotros en auto hasta Roma y no en el bus en que viajaron sus compañeros de estudio. Iniciamos el viaje vía Nancy hacia Luxemburgo, que Alfredo ansiaba conocer, y continuamos a Estrasburgo a visitar su catedral; de ahí a Friburgo, el lago Constanza y el norte de Italia. A Siena llegamos el 10 de septiembre, con el suficiente tiempo para recorrer la ciudad y, en el *hall* del Palazzo Vecchio, admirar los dos murales de Simone Martini.

Caminando y contemplando las callejuelas de Siena íbamos, cuando casi me infarté al encontrarnos de sopetón con dos idénticos afiches, con un fotogénico rostro de Allende subrayado por largo texto. «Esto merece una fotografía...», dijo Max, quien de tanto escuchar a Alfredo y a mí hablar sobre la Unidad Popular, se había comenzado a interesar plenamente en el tema y en leer la prensa del día. «A comprar los diarios, entonces...», dijo Alfredo. Mientras permanecimos en París, y en toda la ruta, comprábamos periódicos en alemán, francés, inglés y de España algunas veces. Religiosamente seguimos el diario vivir allendista a través de la prensa europea y de Norteamérica, en la que todos, de izquierda o derecha, con *Le Monde* a la cabeza, estaban admitiendo que la Unidad Popular había sido un fracaso a punto de fallecer.

THE GUARDIAN, agosto 25: «A pesar de todo, el Dr. Allende no ha demostrado ninguna señal de dar como caso per-

dido su lucha por lograr las metas de sus transformaciones, lo que podría llevar a un golpe militar».

David Holden, en el *SUNDAY TIMES*, agosto 26: «"Esto no puede seguir" se ha convertido en la nueva Canción Nacional de Chile».

LE POINT, Nº 50 - 3 septiembre: "L'armée chilienne veille aussi aux excés de l'autre bord, celui de la gauche. Elle ne tolérerait pas longtemps une situation de faiblesse résultant du chaos économique. La situation aux frontières la préoccupe. L'Argentine a des visées sur l'Antarctique chilien, le Pérou n'a aucune sympathie pour l'Unité populaire, la Bolivie s'est juré de récupérer avant un siècle son débouché sur le Pacifique que lui a ravi le Chili; le délai expire en 1973".

NEWSWEEK, septiembre 3, 1973: «ALLENDE SE BALANCEA EN UNA CUERDA FLOJA — SIN UNA RED DEBAJO»

LE FIGARO, septiembre 4: "LE CHILI SUR LA CORDE RAIDE. Une guerre civile larvée. Le pouvoir sauvage dans les usines. Les ‹commandos communaux› ou la loi de l'extrême-gauche. Le président Allende entre l'Armée et les ‹armées parallèles›".

David Holden, en *THE SUNDAY TIMES*, septiembre 5: «El de Allende aparenta ser un peculiarísimo camino al socialismo — o, diría, para cualquiera otra parte».

Simultáneamente, *TIME MAGAZINE* decía: «la trágica expectativa es que, aunque el agobiado y asediado presidente quizás logre evitar un golpe militar, lo probable es que muy luego pierda todo su poder para gobernar o detener una abierta guerra civil».

LE FIGARO, viernes 7 de septiembre. "LES FEMMES SONT DESCENDUES EN MASSE DANS LA RUE POUR PROTESTER CONTRE LA POLITIQUE DU PRÉSIDENT ALLENDE".

"La réunion des femmes de l'opposition n'etait pas autorisée, tandis que les femme de l'Unité populaire étaient invitées a se rassembler en face de la Moneda. Ces dernières se sont retrouvées á moins de cinq mille, tandis que les autres, passant outre l'interdiction, étaient plus de 250.000 (les organisateurs disent 500.000) devant l'université catholique de Santiago. Meme si l'affaire s'est terminée dans le vacarme et les larmes, provoqués par les grenades lacrymogènes, les femmes du Chili ont infligé hier soir à Salvador Allende le plus sévère camouflet, depuis celui qu'il avait recu il y a deux ans, lorsqu'elles avaient lapé sur les casseroles".

Laurence Whitehead desde Santiago para *THE GUARDIAN*, septiembre 8: «El tema clave de la campaña de extrema izquierda (lo que incluye no solo al MIR sino también a una buena proporción del Partido Socialista), ha sido el urgir a los militares de grado bajo para que —en caso de un golpe— no le obedezcan a los oficiales. Sus resultados son previsiblemente negativos».

David Holden en *THE TIMES*, septiembre 9: «Allende: continúa escuchándose el tic tac de la bomba de tiempo».

No alcanzamos a leer los diarios en la madrugada del 11 de septiembre. Nos levantamos tempranísimo en Siena y partimos raudos hacia Roma. A las 12:00 p.m., hora italiana precisa, era el encuentro de mis hijos en Roma con los profesores y alumnos en un hotelito vecino por un lado a S. Andrea della Valle y, por el otro, a la Piazza Bologna. No sé cómo lo hicimos, pero logramos llegar a tiempo. Ante el asombro

de Alfredo, que pensaba instalarme en un hotel algo más elegante, tomé una pieza vecina a mis hijos y le propuse que compráramos sendas tarjetas para mandar noticias a Chile y las escribiéramos mientras almorzábamos.

Hacía un calor bárbaro. Tanto, que comenzó a darnos una flojera tan intensa como el calor y dudamos si caminar o no hasta el correo, pero nos hicimos el ánimo. ¡Qué agrado! Al cruzar el umbral del enorme palacio renacentista donde funcionaba, nos dieron ganas de quedarnos todo el día ahí dentro. Enteramente de mármol en su interior, aparentaba ser el lugar público más fresco de Roma. Lo indicaban entre quince y veinte señores entrados en edad que, tranquilamente sentados alrededor de una larga mesa de mármol, leían cerros de periódicos. Nosotros, en otro rincón, terminamos de escribir las tarjetas y yo me dirigí a una de las ventanillas a comprar las estampillas. En eso estaba cuando me di vueltas a ver en qué se había quedado Alfredo. Fue el preciso instante en que divisé la portada de un diario en las manos de un muy serio señor que lo leía. COLPO DE ESTADO NEL CILE, decía la portada en enormes letras rojas. Se me cayeron todas las tarjetas, patiné hacia el señor, le arranqué el diario de las manos y, como al parecer me iba a pegar, le dije: —"Sono Cilena". —"Oh!, poverina", me dijo, tomándome la mano mientras me ayudaba a encontrar la noticia escrita adentro. Lo único que faltó fue que me sentara en su falda. Alfredo miraba el cuadro sin entender nada. Al ver la portada, de inmediato declaró: «me voy a un teléfono a llamar a Carlos Vasallo», quien, como sabíamos, estaba de embajador en Roma.

Carlos mismo contestó con voz entre angustiado y contento de oírnos. Encantador como era, declaró que no sabía nada, salvo lo que la embajada de Italia en Chile le había logrado avisar a las autoridades italianas. Nos dijo que él y todos los

embajadores chilenos en Europa se encontraban totalmente incomunicados. Los teléfonos permanecían cortados y no funcionaba ninguna radio. Que lo llamáramos al día siguiente, alrededor de las 9:00 a.m. ¿Qué hacer? Compramos todos las publicaciones de la tarde y esperamos que Max e Ignacio volvieran al hotel. Llegaron, los invitamos a salir a comer y celebrar en un restaurant de la Piazza Navona. Algo había refrescado cuando nos tomamos la primera copa de vino a la salud de los militares chilenos. Estuvimos contentísimos los cuatro, muertos de ganas, eso sí, de saber más.

Estaba durmiendo cual angelito, cuando a las 6:00 a.m. del día 12 me golpearon la puerta. Pensé que les había pasado algo a los muchachos, pero no. Era Alfredo. «¿Qué haces aquí a esta hora? Déjame dormir».

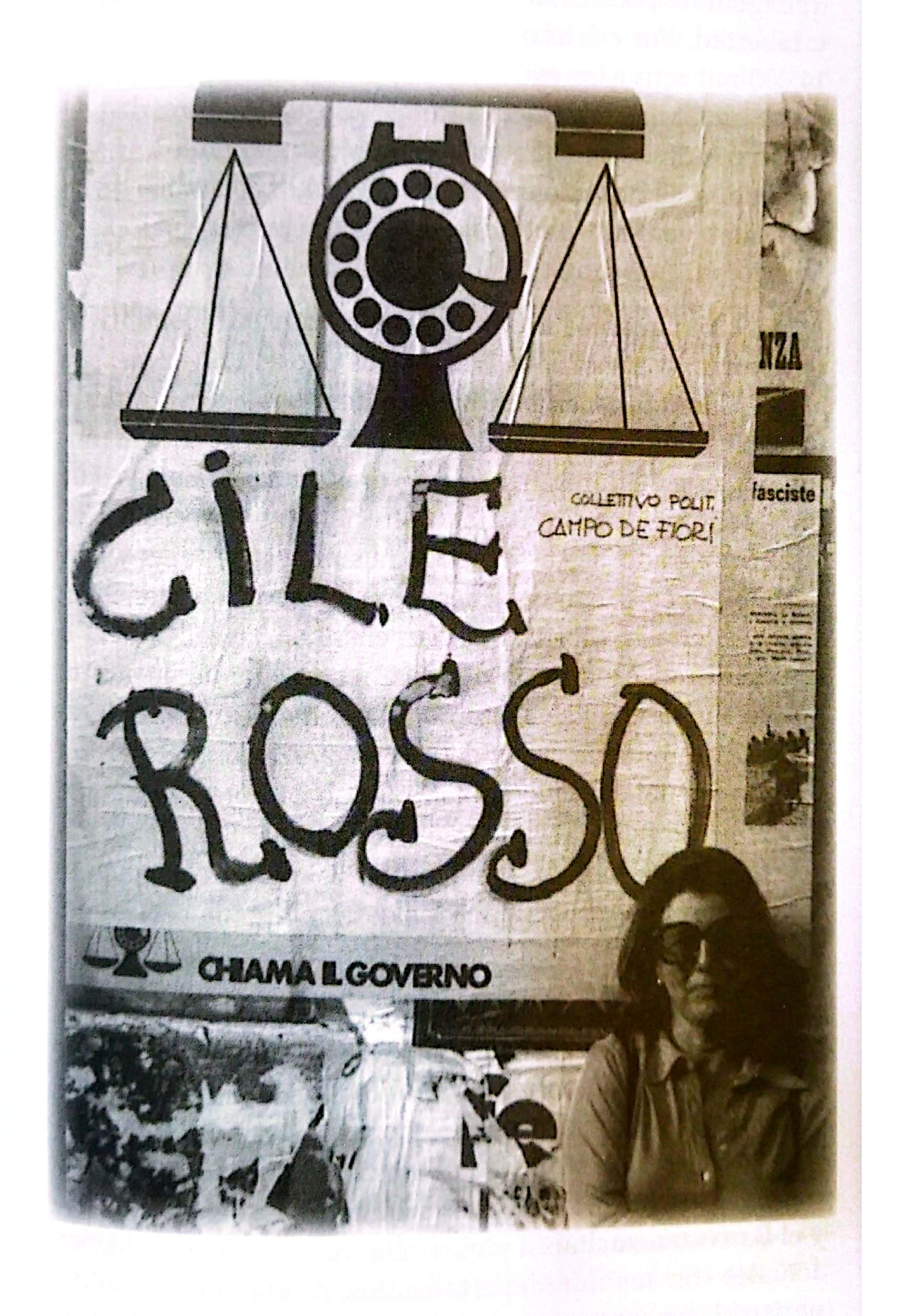
—«No pienso. Vamos a comprar los diarios y a tomar desayuno en la Piazza». Me levanté, a las 7:00 fui a despertar a Max e Ignacio, que ya estaban levantándose. Volvimos al mismo *Ristoranti* de la noche antes, pero donde a esa temprana hora penaban las ánimas. ¿Qué más hacer? Lo mismo que durante todo el recorrido de París a Roma: cada uno pescó un periódico distinto, para encontrarnos con lo inesperado. Todos, desde marxistas a socialistas e independientes, de la noche a la mañana, giraron en redondo. Sin excepción, describían el horror que los generales habían generado, mientras Allende, ese presidente que hasta el día anterior aparecía como un-marxista-que-no-supo-manejar-el-país, hundido en su incompetencia, amaneció convertido en un heroico paladín de la verdadera democracia, cuyo gobierno ejemplarizó el sueño de tantos en el mundo. ¿Los militares? Usurpadores y asesinos. Dicho esto con rudeza por los periodistas ladeados al marxismo, o con elegancia por *Der Spiegel*, que, en un texto bellísimamente bien escrito, aun-

Con mis hijos, foto tomada en Siena el 10 de septiembre de1973.


IMPERIALISMO
AMERICANO E LA
D.C. CILENA HANNO
CREATO UN NUOVO
VIET-NAM W LA
LOTTA ARMATA
DEL POPOLO
CILENO
COLLETTIVO
POLITICO
CAMPO dc FIORI
NAPOLETANA


VIVA LA LOTTA
ARMATA DEL POPOLO
CILENO VIVA IL M.I.R
CILE ROSSO
COLLETTIVO POLITICO
CAMPO de FIORI
Uova
fresche
POLLI
Conigli
di 1ª
QUALITA


VIA
DI S. NICOLA
DE' CESARINI
Festival nazionale
de l'Unità
Parco Arena Castello
Milano
1/9 settembre 1973
SOLIDARIETA' PER IL CILE
CONTRO
IL COLPO REAZIONARIO
IN DIFESA DELLA LIBERTA'
SOLIDARIETA' PER IL CILE
CONTRO
IL COLPO REAZIONARIO
IN DIFESA DELLA LIBERTA'


CILE ROSSO
COLLETTIVO POLIT.
CAMPO DE FIORI
CHIAMA IL GOVERNO
fasciste

que igual de poco discriminatorio, le echó la culpa a Patria y Libertad. Por cierto que olvidándose de mencionar a los 14.000 mil activistas extranjeros que llegaron —y se quedaron— en Chile. Tampoco se refirió al ejército paralelo que organizó Altamirano. Lo más triste fue captar, ante mis ojos y sentidos, cómo Alfredo Herzka, al leer, iba cambiando su dirección mental. No nos dijo nada, pero lo presentí.

A las 9:00 llamamos a Carlos Vasallo, que aún continuaba en la luna. «Vengan a las 12:00 —nos dijo—, tal vez ya sepa algo». Como faltaban aún más de dos horas, nos fuimos a dar una vuelta por el Campo de Fiori, donde relucía la pintoresca feria de flores, frutas, verduras y todo lo demás. Fue un agrado ver a tanto italiano ofreciendo sus cosas a viva voz. Un agrado hasta que llegamos al sector peces y carnes, donde colgaban enormes letreros escritos a mano con grandes letras: "Morti ai fascisti cileni", "Viva il Mir", "Il Imperialismo Americano e la D.C. cilena hanno creato un nuovo Vietnam". Ese conjunto sí que mereció ser fotografiado. Admirable la capacidad de organización del Partido Comunista italiano. No habían pasado 24 horas desde que se iniciara el golpe y ya tenían a toda Italia plagada de afiches atacando nuestro golpe militar. Cierto que, en cuanto al Campo de Fiori, facilitaba las cosas el que la central del partido estaba a la vuelta de la esquina.

Con la rabia algo decantada, a las 12:00 llegamos a la embajada. Nuestro amigo y embajador nos recibió de inmediato en su amplísimo escritorio. Como todos los antiguos semipalacios romanos, el de la embajada de Chile se construyó espaciosísimo. Creo que si los arquitectos del Renacimiento y el Barroco resucitaran y vieran la mayoría de los edificios actuales con sus minidepartamentos, santiguándose, retornarían al cementerio.

Carlos estaba tranquilo, pidió dos cafés para nosotros, él ya se había tomado dos, y nos repitió lo del día anterior. Comunicación, ninguna. Ni siquiera aviones chicos, privados, habían logrado salir, que él supiese. Las únicas noticias dadas provenían de una radio pirata de Bahía. Desde la Argentina transmitían que todos los ministros con que los militares se toparon al entrar a La Moneda, minutos después de que los aviones de la Fuerza Aérea la bombardearon, fueron asesinados, aseveración que nosotros nos negábamos a creer. «¿Saben?, los democratacristianos tienen toda la culpa. Con el Partido Nacional se puede conversar, cambiar puntos de vista, pero en los democratacristianos nunca se puede confiar», sentenció Carlos Vasallo. En ese momento entró la secretaria a decirle al oído a Carlos que un señor lo esperaba. «Que pase...», le dijo, y a nosotros: «¿No les importa esperar unos minutos? Esto va a ser corto...». Entró un señor alto, cincuentón, de buena facha, rostro expresivo, sin duda italiano, que me pareció conocido. Pensé que posiblemente era actor de cine y lo había visto en alguna película. Se fueron los dos a conversar en bajo tono al fondo de la sala, es decir, a unos ocho metros de distancia de donde estábamos sentados. Traté de escuchar sobre qué hablaban, pero Alfredo, alemán como es, me dijo: «No seas mal educada...», y comenzó a meter bulla moviendo las revistas y diarios que había cerca. Así y todo alcancé a escuchar que le estaba diciendo lo mismo que a nosotros, más algo más que no llegó a mis oídos por culpa de Alfredo. La embajada no había logrado comunicarse y la Democracia Cristiana tenía toda la culpa. Socialista como era Carlos, a Altamirano no lo nombró ni por casualidad. Ido el señor, nos dijo: «Es el director del *Paese Sera*. Quería saber, como todos, si recibimos alguna noticia». «Pero, Nena —se apresuró a decir Alfredo—, tú lo conociste en Chile. Estaba sentado frente a ti en la reunión de los corresponsales con Volodia Teitelboim. En esa en que tú le discutiste tanto...». Nos despedimos, ya que Carlos tenía un

compromiso a almorzar, y terminamos Alfredo y yo almorzando con un chileno, de unos 45 a 50 años, que trabajaba en la embajada, no recuerdo en calidad de qué. Agradable, bastante gentil y, como nos dijo, desesperado por saber noticias. Su hijo era mirista y suponía lo peor.

Al salir por la tarde a la calle, el *Paese Sera,* en grandes letras rojas, anunciaba: "ALLENDE ASSASSINATO". ¿Acordaron el director y Carlos Vasallo lanzar esa noticia sin aún tener ningún dato fidedigno de lo que sucedió en Santiago el día anterior? En lo que no habíamos pensado era en que si bien ninguno de los embajadores en Europa y el mundo logró conectarse con Chile, sí podían hacerlo entre ellos. El que así había sucedido me lo confirmó dos semanas después Maruja Balharry, cuyo socialista marido hacía unos meses había sido destinado a la embajada en Viena. Telefónicamente, los seis o siete más importantes embajadores destinados a Europa se pusieron de acuerdo en declarar exactamente lo mismo.

Al atardecer, nuevamente invitamos a comer a Max e Ignacio, ya no a celebrar el golpe sino que a despedirnos, yo con mucha pena, ya que no los vería hasta por lo menos el próximo mes de julio, si es que no se quedaban más tiempo en Europa. Desgraciadamente, no se me ocurrió nada mejor que, para sondear qué efecto causó en el ánimo de Alfredo el sartal de artículos en contra de los militares chilenos, preguntarle cuál día debíamos llegar a Colonia para que me entrevistara la *Deutsche Welle* y poder yo transmitir la verdad sobre Allende. Silencio. Insistí. —«Es que, Nena, las cosas han cambiado. No creo que te entreviste. Tu postura está demasiado a la derecha. Y no voy a criticar a Allende ahora que está muerto».

—«¿Qué te has imaginado?; tú, que hace dos semanas despreciativamente informaste por tu *Deutsche Welle* sobre Allende,

describiendo sus días finales como una grotesca gimnástica. Además, ¿quién te confirmó que Allende está muerto?». El dúo «mami, baje la voz» de mis hijos me hizo cambiar el tema, pero no así las ganas de pegarle a Alfredo. Peor, como no me quedaba otro camino que viajar con él en su auto hasta Alemania a tomar el *Lufthansa* para volver a Chile, cuando se pudiera volver, mejor momentáneamente hundir mi ira. El plan anterior había sido que él me iría a dejar a Viena al departamento de Maruja Balharry y de ahí yo viajaría a Colonia, en tren. Todo cambió, como me lo supuse, al minuto de saber del golpe. Llamé a Maruja por teléfono el 12 de septiembre, me dijo que tenían que abandonar la embajada ese mismo día, que Carlos se iría a España y ella donde una amiga en Ginebra, que si quería verla me fuera a Suiza yo también.

Debo reconocer que, a pesar de mi profunda irritación, Alfredo no solamente se comportó, al correr de los cuatro o cinco días que nos demoramos en llegar a Colonia, con una singular caballerosidad. Me llevó a pueblos y ciudades italianas que me interesaba conocer, pero alejadas de la ruta recta a Innsbruck vía el paso Brenner. Visitamos Gubbio y Sansepolcro y, por elección suya, nos encaramamos a San Marino. Por elección mía, seguimos vía Ferrara a Padua, a ver los frescos del Giotto en la capilla Arena, llamada también Scrovegni. Pasada perdida. Permanecía cerrada. Innsbruck lo recorrimos entero. En Colonia, me presentó a su madre, con quien Alfredo vivía, y llamó a Gunther Rauch y a Hedi Krassa, esa extraordinaria pareja que estuvo feliz de verme y saber por mí de Chile y no por Alfredo. Gunther, alemán de Prussia, y Hedi, vienesa, llegaron a Chile, cada uno por su lado, en 1936 o 37, arrancando del hitlerismo. Gunther solo y Hedi con sus padres. No volvieron a Europa hasta que fue elegido Allende. Dándose cuenta bastante rápido de que su socialismo en legalidad de legalidad estaba teniendo poco, resolvieron volver a Europa, dejando todo

atrás y llevándose solo una serie de libros que para ellos era indispensable tener cerca. Estaban viviendo en Bonn, en dos piezas de una residencial muy sombría; pero como a Hedi le fascinaban los árboles y las plantas, no echaba tanto de menos su arboleado jardín de Pedro Valdivia Norte. Me llené de admiración, eso sí, al ver lo bien que se las arreglaban en tan poco espacio. Una pieza, su dormitorio. La otra, para trabajar. Gunther en sus diseños publicitarios y para libros especializados, y Hedi en su atril pintando o tocando en el, para ellos, infaltable piano. Me recibieron como si hubiese llegado la Virgen Santísima en persona. Hablamos horas de horas sobre las oscilaciones de la Unidad Popular, de lo poco que sabíamos del golpe y de la siniestra reacción de la prensa internacional ante la caída de Allende. Hedi me llevó a conocer toda la zona. Sus tesoros barrocos, los pueblitos medievales a orillas de Rhin, las iglesias y al fondo la Catedral de Colonia, donde Alfredo ya me había llevado, pero el recorrerla con Hedi se transformó en una clase de historia del arte. Me llevaron también a Aquisgrán, a observar aspectos de lo que fue la capital del imperio de Carlomagno. Y me transportaron al aeropuerto de Dusseldorf a tomar el avión rumbo a Ginebra, a encontrarme con Maruja Balharry. Me había despedido de Alfredo y de su mamá dejando de lado los resquemores. Ello, a pesar de que Herr Herzka no encontró nada mejor que reemplazarme en la *Deutsche Welle* entrevistando a Herr Meschkat, un amigo del «Rojo» Rudi Dutschke y uno de los cinco alemanes que los militares detuvieron en Santiago y llevaron presos al Estadio Nacional.

Con los Rausch la despedida fue distinta. Era tanto lo que aún quedaba por conversar, que mientras nos tomábamos despacito un café en el aeropuerto de Dusseldorf, perdí el avión de las 11:00 a.m. Hubo que avisarle a Maruja que llegaría en el avión que salía a las 7:00 p.m. Mientras almorzábamos, y largo rato después de almuerzo, continuamos

con la cháchara y promesas de que les escribiría contándoles todo en detalle. De repente, Gunther miró la hora y, espantado, dijo: «Tu avión...». Llegamos corriendo a la puerta de salida, donde ya me habían dado por perdida. Me pescaron de un codo y llevaron a toda carrera hasta la puerta del avión que la estaban cerrando.

Maruja me esperaba, como siempre, con inmenso cariño. Estaba, al igual que los Rausch, viviendo en un departamentito de dos piezas, pero tenía todo arreglado para que me quedara con ella. Llamamos a Sergio Silva Piderit, mi jefe en Japón durante la EXPO '70, con quien no había conversado desde que, a comienzos de 1971, partió en calidad de segundo del poeta Armando Uribe, nombrado por Allende embajador en China. Sergio, encantador como era, ante mi pregunta: «¿Qué estás haciendo aquí y no en China?», me puso al día sobre los aconteceres de su vida.

—«No se puede vivir en un país donde no existe la privacidad. Tú no sabes si te han colocado micrófonos en tu casa y en la embajada. Además, tú no sabes si en tu casa y en la embajada los empleados son espías. No, Nena, aprendí la lección. No me vengan con dictaduras marxistas».

—«¿Y qué va a pasar contigo ahora? ¿Qué se ha sabido de Chile en la embajada?».

—«No tengo la menor idea, pero aquí sigo. No me han lanzado a la calle ni me han pedido la renuncia. No todavía. Es en las embajadas con representantes militares en las que los embajadores y primeros secretarios tuvieron que arreglárselas para abandonarlas de inmediato. De Chile hemos recibido solo noticias contradictorias. Allende está muerto, eso es

un hecho. Si se suicidó o lo mataron, lo aclarará la historia. *La Tencha* se habría ido a México».

La visión de nuestro golpe que tenía el taxista checo con quien hablé en Ginebra me dejó atónita. Lo comparó con la brutal entrada de los rusos a Praga en 1968. El que ese golpe lo diera un país extranjero, a diferencia de Chile, donde no se había asomado ningún país, le fue totalmente indiferente. Tampoco tenía el chofer la menor idea de que el Partido Comunista chileno fue el único Partido Comunista latinoamericano que aplaudió la entrada de los tanques soviéticos a Praga. Pero, ¿quién podía entender en esos días las noticias europeas sobre Chile, que fue lo que me tocó apreciar? ¿O entender la opinión de varios chilenos que no habían puesto los pies en Chile desde hacía años? Seres que, al igual que sus amigos suizos, en 1968 habían denunciado a voz en cuello a los *Black Septemberistas* en Múnich y en París, pero quienes en 1973 aparentemente no veían ningún paralelo entre los *Black* con los terroristas chilenos. Por su lado, un periodista británico que opinó con bondad respecto a los guerrilleros chilenos, al plantearle la comparación con los rebeldes irlandeses, se dio media vuelta y me contestó, con fiereza, que a esos habría que matarlos a tiros sin preguntar.

Con todo, entre tanto dato que fui recogiendo, el que más me divirtió fue el saber por Maruja que, al igual que Carlos, su marido, diplomáticos chilenos de varias embajadas partieron a toda velocidad a asilarse a España. Se les recibió con los brazos abiertos, proveyéndolos de alojamiento y comida. Esto es, el país sobre el que se habían pasado años criticando lo que llamaban la España fascista de Franco. Del grupo formó parte Cristián Casanova.

***

Desde Ginebra volé a Inglaterra. Dónde me alojé, no recuerdo para nada. Sí tengo claro que fue a Londres, donde Carmen Bascuñán me mandó desde Miami dos cartas que me enviaron a Miami desde Chile. La primera, copia de la enviada a otra amiga y fechada el 15 de agosto, la envió César Cecchi, respondiendo a carta mía de fecha posterior. La segunda carta, fechada el mismo día del golpe, la firmó Hernán Edwards.

César, médico, izquierdista sin remedio, buen amigo de sus amigos, que fueron muchos y de toda la gama de colores políticos, vertió en 9 páginas su profunda y penetrante desolación. Aquí anoto su comienzo y los puntos más reveladores.

«Querida...

Cuando los acontecimientos de un día son dejados atrás, en el olvido, por los acontecimientos del día siguiente, o aun los de una hora son invalidados por los de la hora próxima... O más grave todavía, cuando entre ellos no se descubre relación de causa y efecto, entonces uno queda confuso, desconcertado. Suspendido entre una sensación de estar medio en tinieblas y el sentimiento de ser solo peones de un juego desconocido que no manejas y nos sobrepasa. Es angustioso. Estoy seguro de que esto que me sucede a mí le pasa a todos los chilenos en estas circunstancias que está viviendo nuestra patria.

—Hay más: está la amenaza de una guerra civil. "Sotto voce" y creciendo lentamente en un comienzo, más rápida y abiertamente después. Hoy, a plena luz, como un avatar ineludible está el temor de que las tensiones degeneren en un enfrentamiento fratricida violento, cruel y sanguinario.

—Hemos sido arrastrados a pensar que es necesaria, absolutamente necesaria, una gran matanza para acabar de una vez por todas con esta incertidumbre que nos consume, que nos tiene paralizados, como individuos y como nación.

—Cuando esta carta llegue a su destino, ¿tendrán estos hechos algún valor y sentido, o habrán sido olvidados por otros más relevantes, más recientes? Nuestro panorama económico es desastroso. Monstruoso, trágico. En Chile la relación entre el valor y el precio se ha perdido totalmente. Y tampoco hay alguna relación entre el precio y nuestro dinero —o el valor de nuestro dinero para pagarlo.

—Gente que participa en las directivas económicas de la Unidad Popular me ha dicho que probablemente una causa fundamental ha sido la falta de un principio rector en la conducción económica. Ha habido una multiplicación caótica de centros directivos que corren con colores propios. El Partido Comunista es, según mi criterio, el principal responsable de esta anarquía. ¿Lo ha hecho a sabiendas, con el deliberado propósito de destruir la organización económica anterior y el poder derivado de ella, según piensa la derecha? No sé.

—Relación cerrada con esto tiene el desabastecimiento. Lo hay, es una verdad incuestionable. En los primeros meses de la Unidad Popular tuvimos de todo y en abundancia, pero pronto comenzaron a mermar los productos, un mermar que luego se hizo más evidente hasta para algunos productos básicos. Ello era negado en un comienzo por los partidarios de la Unidad Popular y decían que hablar de un desabastecimiento era un acto sedicioso que obedecía a la intención de provocar una mala atmósfera pública, intención de la derecha, por supuesto. Desgraciadamente la razón estuvo de parte de la derecha, de la oposición. Sus profecías se

han cumplido. Nuestra vida actual se reduce a procurarnos alimentos, telas, artículos de tocador, etc. Podría decirse que nuestra vida ha retrocedido a un plano elemental, lo cual es terrible, cierto, pero también ventajoso. Obliga a todo el mundo a valorizar la existencia común, mucho más realista, a desprenderse de mucha tontería.

—Otra cosa: nuestro mercado negro es público, no necesita disfraces, se hace a la vista y paciencia de todos. Desde luego se hace con la aceptación de las autoridades. Peor, yo diría que con su apoyo. ¿Por qué esta protección "oficial"? Simplemente porque las autoridades reciben sus respectivas "coimas", muchas veces muy suculentas. Es indignante. Los dirigentes de los organismos de distribución, nombrados "políticamente" (muchas veces altos directivos de los partidos de la UP) empiezan, pues, a cobrar su propia "coima" a los comerciantes. Es decir, el precio irreal que pagamos en Chile por cualquier cosa se genera ya en la fuente de distribución misma. Cuando se trata de industrias o tierras estatizadas, cobran "coimas" los interventores. Vale decir, los representantes gubernamentales en tales industrias o tierras. Pero hay algo aún peor: la irregularidad del sobreprecio "negro" empieza en la producción misma, a través de un mecanismo tan profundamente perturbador que me espanta. Me explico. Dadas las circunstancias del derrumbe casi total de la economía, de nuestra producción agrícola e industrial, no es posible que estas tierras e industrias estatizadas puedan pagarle a sus campesinos y obreros; no hay dinero en caja para pagar los jornales. Entonces surgió la idea de pagarles con productos —una idea algo peregrina para algunos; para otros muy sensata, pero en todo caso raíz de males espantables: Los textiles tienen cuotas en telas. Los de la línea blanca en máquinas de lavar, refrigeradores, etc. Los electrónicos en televisores, etc. De inmediato los obreros venden esos pro-

ductos en el mercado negro. Dos aspectos para la meditación: uno, que es una manera "legal" de producir mercado negro; dos, que es una forma de llevar a los obreros a una conducta social de extrema inmoralidad, transformándolos en intermediarios capitalistas de la peor especie. Es algo que me preocupa grandemente, como a mucha otra gente. Y cuando hablo de los que se preocupan, hablo de gente de izquierda, como yo mismo. Gente que esperábamos de este proceso algo muy diferente, quizás exactamente lo opuesto.

—Durante estos tres años de la UP, muchos hemos comentado estas anomalías; las hemos señalado, pero hacerlo era, en el fondo, solo una actitud crítica, mantenerse a una distancia cómoda y no comprometerse. Es decir, una actitud objetable, básicamente inmoral. Reconozco que es la mía. Muchas veces gente como yo hemos sido tratados de "momios" por pretender mantenerse en la verdad antes que participar en algo que nos parece mentiroso. Hemos sido tratados hasta de agentes de la CIA.

—Este panorama de crisis económica, de inmoralidad pública, enmarca la actividad política propiamente tal, la cual, por cierto, aparece más predominante, más importante, más espectacular, pero a la que debemos considerar solo como una superestructura que se sostiene en los fundamentos, en los podridos cimientos de los factores antes dichos. La gente de izquierda —mucha de ella, algunos muy importantes y altamente colocados— piensa que la solución es la radicalización del proceso. La gente de la derecha (o si se prefiere, de la oposición, ya que debemos reconocer una cierta diferencia entre el Partido Nacional más su vástago extremista, Patria y Libertad, y la Democracia Cristiana, cuya actitud es más reformista, por lo menos en ciertos sectores de su organización, lo que la hace aparecer casi como un partido de centro) piensa

que hay que rescatar en su totalidad las formas organizativas anteriores, el molde capitalista-burgués. La dicotomía se expresa como una lucha entre el marxismo y la democracia. Un error, por cierto. Porque ni nuestro socialismo es verdadero marxismo, ni nuestra democracia es tal.

—La izquierda teme el retorno de la derecha de tipo fascista. (...) Teme además la hegemonía probable (para la derecha hegemonía segura) de que el Partido Comunista pueda ejercer si se continúa por el sendero que estamos recorriendo. Es decir, estaríamos frente a la alternativa de dos dictaduras: la fascista de la derecha o la marxista-stalinista del Partido Comunista (el Partido Socialista y demás partidos de la Unidad Popular serían solo socios aleatorios y transitorios del Partido Comunista).

—Pero ha surgido una tercera posibilidad: Las Fuerzas Armadas como árbitro de la disputa. ¿Las Fuerzas Armadas con la derecha o con la izquierda? Estoy por cierto seguro de que las Fuerzas Armadas chilenas son de derecha. O que, al menos, no son de izquierda en absoluto. Lo que vemos es a la derecha picaneando continuamente a las Fuerzas Armadas para que den un golpe militar y a la izquierda tratando de conquistarlas como compañeras de gobierno.

—¿Y si las Fuerzas Armadas decidieran tomarse el poder para ellas solas? Serían ampliamente aplaudidas por la derecha, aunque eso no correspondiera a la idea más propia de esta última, que es llegar a recuperar todo el poder para sí misma, sola. ¿Fascismo en Chile? Así es. Y aunque sigue escuchándose esa estupidez de que cosas así nunca ocurrirán en Chile, porque aquí "somos tan inteligentes", "tan cultos", "tan democráticos", "diferentes al resto de América Latina",

"tenemos tanto respeto a la libertad y por la persona humana". Cosas todas que pueden desaparecer en dos horas bajo una adecuada propaganda radial, televisiva y de prensa.

—Nuestra Unidad Popular no ha medido la responsabilidad histórica que le ha cabido, una responsabilidad que rebasa nuestros límites territoriales.

—Quisiera hablar también de la atmósfera que rodea a Allende mismo. Me es duro lanzar sobre él, en una carta como esta, la sombra de un comentario negativo, interponer entre la luminosidad de su significado histórico y nuestro juicio sobre él, un eclipse determinado por dudas que tengo, o sospechas, o reticencias. Son de diverso orden. Todas me asustan. Sé bien que todo hombre es una incógnita; que la voz que le escuchamos es una entre las muchas que tiene. En el caso de un hombre público como Allende, de alguien que ha programado su mentalidad, su conducta y su vida entera alrededor de ese núcleo movible que es la contingencia política, es aún más dificultoso saber cuál es su verdadero motor, el origen de sus actos.

—Siempre he pensado que mi buen amigo Salvador Allende se afirma en una última moralidad patriótica y aun en una última moralidad que va más allá de lo nacional. Pero me temo también un peligroso *interplay* entre esa estrella fija que le señala su brújula histórica y el campo magnético de su alma abismal, con sus debilidades, sus tinieblas y, por qué no decirlo, también con sus perversidades. Hablé de un destino trágico. Así es. A veces despierto en la noche, no muy lúcido, por tanto semipensando, semisintiendo, que este hombre a quien amo tanto, y a quien admiro y respeto, pero al que soy también capaz de observar objetivamente, que este hombre, repito, terminará en un acto sombrío. Qui-

zás no personal, triturado por acontecimientos externos, y que arrastrará tras sí, en ese momento futuro que me angustia, a todo el maravilloso destino de este socialismo que no fue, que ya no fue, según pienso, siento y creo.

—Está también el destino de *Tencha*, su mujer. *Tencha* está en un estado psicológico realmente triste. Como si estuviera segura de que todo marcha hacia un fin catastrófico, se debate en una tensión interior que la destruye. Es una persona sustancialmente secreta, silenciosa, callada —aunque aparenta lo contrario—, una mujer solitaria y por lo mismo es imposible ayudarla. Solo nos cabe quererla. Se dice que no tiene preparación política. Pero yo, para mis adentros, creo que ella es particularmente segura y lúcida en su posición de izquierda, pero que lo es de esa manera recta y definitiva que a los políticos profesionales les parece infantilismo, que al cinismo de estos políticos les parece inadaptación a la realidad. *Tencha* habla, por ejemplo, con una sinceridad que bordea la imprudencia, de dificultades que se aproximan, de días por venir realmente duros, peores que los actuales. A veces creo escuchar en sus palabras un perturbador tono de fatalismo pesimista, de una seguridad no dicha de que todo se irá al diablo. Hay gente que cree que Allende procede como procede por desinformación, porque estaría rodeado de un grupo que lo mantiene alejado de la verdad. Otra cosa sería el caso de *Tencha*: incluso el caso opuesto. Es probable que el *entourage* de *Tencha* —algunas de sus amigas, sus secretarias, etc.— la mantenga en el conocimiento de lo que verdaderamente ocurre y se piensa. Además, ella tiene un contacto más permanente con la gente corriente, con la mayoría.

—¿Cuánto de lo privado de Allende está coloreado de momentos fundamentales de nuestra historia patria? No lo sabemos. En todo caso, la situación presente se centra en otros he-

chos. Los más relevantes, de los cuales son tres: la pugna por el Poder Legislativo (entre el presidente y el Parlamento), el intento de conciliación entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana y la entrada y salida de las Fuerzas Armadas del gabinete de ministros de Allende. Los tres hechos se lubrican entre sí y se articulan en un punto común: la amenaza de una guerra civil y los esfuerzos por evitarla... o para reducirla.

—La idea de un acercamiento entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana es ampliamente apoyada por el Partido Comunista. El Partido Socialista es renuente a sostenerla. Los demás partidos de la UP cuentan poco en estas cuestiones. La Democracia Cristiana misma coquetea con la idea, y se aproxima o se aleja de ella según factores cambiantes día a día.

—Los jefes militares, navales y de la Aviación han estado formando parte del gabinete de Allende desde octubre pasado por períodos variables y sucesivos. Aparentan no tener color político, porque nuestras Fuerzas Armadas no lo tienen, ni deben ni pueden tenerlo (???). Si participan del gobierno, lo hacen por disciplina, acudiendo al llamado del presidente, que es su jefe supremo. Pero en los últimos tiempos esto ha tomado un carácter inquietante. ¿Cuál? Cada tanto alguno de estos jefes uniformados presenta su renuncia en forma tal, que es evidente que está coloreada políticamente. Es claro que renuncian porque se niegan a seguir colaborando con la política de la UP, y cada ministro uniformado que renuncia se convierte de inmediato en héroe nacional. Naturalmente, es la derecha la que se encarga de hacerlos aparecer como tales. En algún caso muy raro, es la izquierda la que propone la heroica aureola. Es el caso del general Prats, cuya conducta me parece extraña, misteriosa, misteriosísima. La presencia de las Fuerzas Armadas en el gobierno de Allende es garantía de que el "Djakarta", del que se habla, de una Guerra Civil, no llegará.

—A propósito, *Tencha* me dijo hace pocos días: "El golpe ya está dado, solo falta su ejecución". ¿Se refiere a un golpe militar? Pareciera».

***

La carta de Hernán Edwards habla por sí misma:

«Santiago, 11 del 9, 1973

Querida Nenita:

Finalmente se produjo... es como despertar de una pesadilla, pero con un terrible malestar y dolor de cabeza...

Como casi todos los días, estuve oyendo radio *Balmaceda* (DC) desde las 8:00 a.m. Transmitía sus programas habituales: una entrevista a dos políticos DC que se referían a la inflación, el precio de las papas y otras cosas por el estilo. A las 9:00 a.m. me llamó Magdalena para decirme que había Junta Militar, que María Ignacia y Claudio no salieran por ningún motivo. La *Balmaceda* seguía hablando del precio de las papas. Cambié a *Minería* y oí la cadena de la Junta pidiéndole a Allende que hiciera abandono de La Moneda. En caso contrario, el edificio sería bombardeado por aire y tierra. La radio *Balmaceda* seguía hablando de la inflación.

———

Como estamos en primavera, lo tomé, internamente, en plan jocoso. Dejé a los hijos en la casa, con estricta prohibición de

salir y me fui a mi oficina. Solamente habían algunos mozos. Seguí a la sede comunal de la DC, donde había sido citado por un llamado de teléfono recibido en mi casa. Me encontré con un solo camarada. Nos pusimos en mi auto a oír radio durante cerca de media hora. No llegó ningún camarada más. La Junta le fijó a Allende un plazo máximo hasta las 11:00 a.m. para que saliera de La Moneda; pasada esa hora, el edificio sería bombardeado. Eran las 10:00 a.m. y radio *Magallanes*, por donde Allende había hablado a las 9:29 anunciando que no dimitiría a costa de su vida, ya no estaba transmitiendo.

Me despedí de mi camarada y volví a mi oficina. En la calle me encontré con Raúl Hameau, primaveralmente andando en bicicleta. Le propuse que me acompañara al edificio de la UNCTAD, donde tenía que ver algunos trabajos. En Portugal con la Alameda comenzaron las balas. Entendiendo que la cosa iba en serio, enfilamos de vuelta. Otra balacera en plaza Italia. Decidimos ir a ver el bombardeo de La Moneda desde el cerro San Cristóbal. Unos carabineros nos impidieron subir. Volvimos a la Costanera. Frente a las Cervecerías Unidas un pelotón de militares se instaló con una micro erizada de ametralladoras. Seguimos hacia arriba, vimos dos aviones picando sobre Tomás Moro. A las 12:00 estaba cada uno de nosotros en su casa, prontos a respetar, como padres responsables que somos, el toque de queda que empezaba a las 3:00 p.m.

—

Hoy 12 aquí sigo encerrado con mis hijos cumpliendo un segunda día de toque de queda. El sentido de humor está bastante disminuido.

Es penoso.

La muerte de Allende fue anunciada oficialmente solo hace media hora (a las 2:30 p.m.). La soledad de *La Tencha*. Según César Cecchi, fue ella la única persona autorizada para acompañar el cadáver hasta Valparaíso, donde se le enterró a las 12:30 de hoy. Los continuos disparos de anoche y de todo el día de hoy, hacen pensar en miles de muertos en Cerrillos, Quinta Normal, Vicuña Mackenna y otras zonas industriales. El ultimátum, con amenaza de fusilamiento, que la Junta ha dado a quienes no se rindan a esta hora; los aviones que revolotean sobre Santiago, listos para entrar en acción contra los focos de resistencia de obreros suicidas; los documentales de *TV 13* mostrando La Moneda destruida y quemada; los detalles que se rumorean por teléfono respecto a las personas que habrían muerto junto a Allende; el eco del odio que durante tres años sembró la UP, que ahora se advierte, entre otros; un reportaje a Tomás Moro, en que se exhibe el dormitorio, clóset y baño de Allende, así como despensas llenas con cientos de tarros de Nescafé y botellas de trago importados; es penoso... penoso... penoso; pero indispensable.

De la Junta, el aviador general Leigh es el más fría y tajantemente antimarxista. Habla de extirpar de raíz el marxismo, cueste lo que cueste. El general de Carabineros, Mendoza, más cauto, habla de volver al país en legalidad: "No se trata de ideologías". Pinochet, general del Ejército, apareció abrumado en la primera presentación en TV. Merino, el almirante: "Nos gusta estar en nuestros buques, en el mar; no obstante nos hemos visto forzados...", con lo que trae a la memoria aquello de que a Prat lo empujaron...

Así, a primera vista, parecería que Leigh les va a robar la película...

Se piensa que los muertos son de dos mil a cinco mil, hasta este momento. Dicen que la embajada de Cuba fue allanada

y que otras embajadas están repletas de asilados y rodeadas de militares. Dicen que si Allende pidió cesar el fuego por cinco minutos, no fue para suicidarse... que habría sido ultimado por quienes primero entraron a La Moneda una vez que sus ocupantes se rindieron (2:00 p.m. del 11 del 9)... Dicen... dicen... dicen. Todo por teléfono, con mucha dificultad para comunicarse, mientras se oyen detonaciones, balaceras de ametralladoras y el ir y venir de helicópteros.

No aparecen las columnas de humo que se temía ver a esta hora en la parte sudoeste de Santiago.

El lento vuelo de un helicóptero sugiere calma por el momento... ahora los disparos son muy esporádicos.

La radio difunde largas nóminas de personas que deben entregarse voluntariamente, entre ellos algunos conocidos: Clodomiro Almeyda, Carlos Lazo, Orlando Letelier, *Payita* Contreras. Me informan que la *Paya* entró ayer a La Moneda, poco después de que llegara Allende, y que no se la vio salir.

En este momento un "bando" da una lista de "operativos" realizados. Supera los sueños del más recalcitrante reaccionario de los momios; controlados decenas de focos extremistas: en El Cañaveral, Universidad Técnica del Estado; Cristalerías Chile, Sumar, Bancos de Chile, del Estado y del Trabajo, Editorial Quimantú, etc. Ciento cincuenta cubanos apresados y fletados a su país.

Seguramente a esta hora, 6 p.m., se ha fusilado a muchos que resistieron.

¡Qué cómodo sería verlo todo en blanco y negro! Es desgarrador comprobar la acción de la Junta y reprobar el holo-

causto que ha significado. Cómo me gustaría ser un momio simple, de aquellos que en estos momentos celebran la matanza de comunistas con un vaso de *whisky* en la mano!

Sentimentalismos aparte, me preocupa la "fabricación de héroes en serie" que estos operativos vienen significando.

Chile es un caso médico delicado. No vislumbro el kinesiólogo capaz de rehabilitarlo social, moral y económicamente después de la drástica intervención de los cirujanos uniformados. Ojalá aparezca el hombre, o los hombres, capaces de aglutinarnos y hacernos trabajar duro para la reconstrucción del país. No dudo del entusiasmo de los comerciantes, transportistas y profesionales; pero aquellos otros que conforman la base de la pirámide, pasado el susto, cuando solo quede el dolor y la rabia, ¿trabajarán sin crear problemas?

—

El detalle y lo que ha seguido se puede ver en los diarios que van junto a esta larga y *diletada* "carta"...

Chile es un animal de buen carácter, que se enoja poco, pero cada cuarenta años suele tener actitudes de fiera...

Llama la atención que el marxismo, luego de tres años en que contó con televisión, radio, diarios, editoriales, policía, dinero, estructura administrativa, etc., etc., no fue capaz. En el momento del enfrentamiento parece que le faltaron manos, ya que sobraron ametralladoras y otras armas de fuego, que se guardaban en Tomás Moro, La Moneda, Cañaveral y otros lugares.

—

Es necesario ayudarle a Ismael Huerta en la difícil tarea de mejorar la imagen de la Junta en el exterior. La UP fue hábil para disimular en el extranjero sus fracasos económicos, morales y sociales. Creo que quienes se duelen por el golpe militar de Chile no tienen idea de cómo estábamos durante los últimos meses aquí. Dura misión la de Huerta...

Los días 11, 12 y 13 estuvimos en Suecia 72, María Ignacia, Claudio, Mauricio y yo. La tarde del 13 los hijos se fueron a casa de su abuela Gabriela y Mauricio a la de sus padres. Desde esa noche yo alojé en casa de Carmen, porque todos los Goñi viajaron el 9 del 9 a Buenos Aires. Se supone que solo el 23 se normalizarían los vuelos internacionales.

Me alegra imaginarla con sus hijos. Deles miles de cariños. Besos. Hernán».

***

Carta mía enviada a Mario Arnello:

«Londres, octubre 20, 1973.

Querido Mario:

Desafortunadamente la guerra árabe-israelí ha borrado cualquier otra noticia y todos los temas ajenos a los tanques *phantoms* y la península Sinaí están en receso. He hablado en líneas generales con varios periodistas pero recibo la misma contestación: "Es tal el enredo que existe en este instante para conseguir noticias claras sobre el Medio Oriente, que ya no sabemos para dónde vamos o de dónde venimos...". Con decirte que absolutamente nadie se ha referido a la intervención de Huerta en las Naciones Unidas. Yo ni siquiera

sé si habló. ¡Qué mala suerte que le haya tocado ahora, justamente ahora! Tampoco se ha leído nada que importe en relación a la intervención en Nairobi del general Cano frente al Fondo Monetario Internacional. Las cartas criticando cualquier editorial pro Junta, claro que salen publicadas. Cada día comprendo más lo acomplejados que están todos los países europeos occidentales. En especial su prensa frente a la vigorosa estrategia marxista. O socialista si así la quieres llamar. Así la denominan por estos lados los propios opositores al marxismo. No te imaginas cuán raro es que usen la palabra marxismo. Aparentemente la encuentran teñida de prejuicios o, no sé, padecen del complejo de que no vayan a decir que son fascistas. Realmente el terror al fascismo invade todos los rincones de Europa. Hitler sigue penando como si estuviera vivo y presente. Mucho se dice que Alemania Oeste es el país más europeo de Europa, en el sentido de que es el más abierto al resto del continente. El menos nacionalista. Pero ello se debe a que tienen terror a que se les denomine nacionalistas. Todo tiene olor a hitlerismo. Y Chile, o mejor dicho, la Junta está pagando las consecuencias. Los platos rotos por otros. ¡Qué ira! Y lo peor es pensar que el momento psicológico para hacer una campaña fuerte pro la Junta se está pasando».

***

Llegué a Chile el 31 de octubre. Primavera gloriosa. Toque de queda a las 9:00 p.m. Algunos días a las 8:00 p.m. No fueron muy agradables esos tan tempranos toques de queda para las personas sin familia. Divino para quienes buscaban estrechar los lazos matrimoniales y la unión con los hijos. Pero existían, como en todas partes, seres hundidos en la soledad, como tantas veces yo, o aquellos otros que se aburren a morir con esposas lateras o maridos indiferentes. Pudiéndose, se optaba por alojar (yo) en las casas donde se nos in-

vitaba a comer. O juntarse puertas adentro con grupos hasta el amanecer, en el caso de los más frívolos y resistentes. Opté por la lectura y por levantarle el ánimo a María Inés que, aunque trabajaba solo medio día para mí, continuaba viviendo en mi casa. La encontré llorando a mares día y noche. Pensé que estaría echando de menos al encantador de serpientes, Raban von Mentzingen, el agregado de prensa en la embajada alemana, quien, a la espera de que llegara su mujer desde Alemania, me había arrendado la casa al irme rumbo a Italia. Nada que ver. A los tres días María Inés me confesó que, justamente después de irme, conoció a su novio, un joven "maravilloso", mirista, que el día del golpe se asiló en mi casa. Que en vista de que yo iba a llegar, ella lo acompañó y esperó hasta que el "precioso" saltara por encima de un muro de la embajada de México. Acto seguido, se pasó días yendo a Américo Vespucio a esperar que él se acercara a la reja de la embajada, para finalmente escucharle a su queridísimo decir: "Es tan agradable estar aquí con estos mexicanos...".

Me dio mucha risa la ironía. ¡Un mirista asilado en mi casa! Un caso más para agregar a las leyendas —o verdades— que rápidamente pasaron a ser tema destacado en cualquier reunión, antes o después del toque de queda. "Esto es el infierno del Dante...", le anunció por teléfono desde la embajada de Francia a su mejor amiga, una chilena casada con francés que se asiló con sus cuatro hijos. Porque la verdad fue que infierno, penoso o agradable, no hubo duda alguna de que el diario vivir tanto del cuerpo diplomático como de los asilados, a partir del 11 de septiembre, se convirtió en una pesadilla con visos circenses. La embajada argentina, infinitamente amplia como era —no dio abasto para alojar y alimentar a los 700 asilados que tuvo en un mismo momento. Ello, sin entrar a describir el desastre que significó no tener baños suficientes para aquel regimiento, convirtién-

dose los pocos a disposición en el paraíso de los gasfíteres. Las reuniones sociales hubo que realizarlas en otra parte. Los cortinajes y el tapiz de los muebles de toda la embajada debieron ser reemplazados. El jardín quedó totalmente destruido, y los tranquilizantes se convirtieron en moda. Más o menos lo mismo sucedió en la embajada de Francia, que tuvo que ser reamoblada enteramente. La cancillería de una de las embajadas europeas, situada en un edificio del centro, no especialmente amplia y con una sola ducha (de agua fría), recibió a 58 asilados, despertando la consiguiente furia de la mayoría de los empleados, que para nada estaban de acuerdo con la inclinación socialista de su embajador. Las de Panamá y Alemania Oeste, entre otras, se vieron forzadas a arrendar otras casas para alojar a la avalancha. Y, al menos, un embajador se trasladó a residir al hotel Sheraton. Otro, un nórdico embajador, menos llamativo que el embajador Edelstam de Suecia, pero igualmente izquierdizante, se encontró una mañana con que 40 personas se habían descolgado desde jardines vecinos para literalmente apoderarse de su residencia. Se comentó que su amor por los derechos humanos se había enfriado bastante. Incontables médicos, dentistas y un surtido de exasperados cocineros y mucamas fueron contratados por la mayoría de las embajadas. Sin entrar a describir la pantagruélica cantidad de comida que se distribuyó diariamente para los asilados. Guagüitas nacieron, los pololeos estuvieron a la orden y, dentro del grupo de los más jóvenes, una apreciable cantidad se asiló para viajar gratis. La mucama de unos amigos apenas les sirvió el almuerzo un día de enero de 1974, dejando atrás una nota con un "Chao, me voy a viajar...", y de un salto se asiló en la embajada convenientemente situada en la casa del lado. Cuatro embajadas delimitaban con el Club de Golf Los Leones y más de un golfista tuvo el placer de observar a Pedro Vuskovic —como sabemos, considerado el cerebro tras los dolores de cabeza que le aportó la economía a Allende— agradablemente jugando ajedrez con Jaime Faivovich,

quien, en su calidad de subsecretario de Transportes, fue el peor enemigo de los camioneros.

Menos pintoresca que los pormenores de los asilados, pero humanamente más importante para mí, fue la visita de César Cecchi unos tres días después de mi llegada. Ni él ni su familia habían tenido problemas. Dos oficiales llegaron a su casa en La Florida, echaron una mirada, dándole un susto tremendo a la mamá de César, mujer de bastante edad, pero no la molestaron en nada. Se fueron y no volvieron. No estaba seguro de que Allende, como la izquierda entera vociferaba, hubiese sido asesinado, quizás porque, como siempre sucedía con César, escudriñando y escudriñando lograba saber más que los demás. Le pregunté por *Tencha*. "La fui a ver a la embajada de México. '¡Qué descanso que todo esto terminó!', fue lo primero que me dijo. La noté relajada y buenamoza, como era antes, ataviada con un alegre vestido floreado. Me explicó que no había querido irse de Chile, pero que sus hijas la convencieron de que era mejor que se fuera a México y que estaba medio arrepentida de haberles hecho caso. "Aquí tengo amigas y todo lo mío, ¿Qué voy a hacer a México?".

Tiempo después, no mucho, una pareja amiga que por el trabajo de él viajaba constantemente a tierra mexicana, me contó que justamente allá los pilló el golpe. Que la curiosidad los condujo al aeropuerto de Ciudad de México a ver la llegada de Hortensia Bussi, arribo que me describieron con lujo de detalles. El presidente Echeverría, enteramente ataviado de negro, al igual que todos sus ministros, paraditos y desplegados en hilera, esperaban frente a una alfombra roja que desenrollaron a toda carrera hasta la escalinata por donde descendería la señora Hortensia. "Imagínate, Nena, la cara que pusieron cuando se abrió la puerta y apareció una *Tencha* sonriente, de pollera clara y una blusa florea-

da. Pobrecita, se quedó estática al divisar el riguroso luto de Echeverría y Cía. Creemos que se le heló la sonrisa para siempre, porque de ahí, por lo que sabemos, la pescaron los cubanos y no la soltaron más..."».

***

Sabiendo que tendría que escribirle a *National Review* cuanto antes, salí a visitar a mis amistades, a conversar con Enrique Campos Menéndez, a quien la Junta de Gobierno nombró su asesor cultural. También a varias cabezas pensantes que estaban apoyando a los militares en su esfuerzo por enderezar la economía y la monumental obra que significó desarmar el enredo general que dejó el infierno de los últimos meses de la Unidad Popular.

Como le escribí a María de la Luz Marmentini a Australia en diciembre 13: «Por un lado los militares, pocos en cantidad como son para la obra en mayúsculas que han emprendido, trabajan día y noche, llenos de bríos y sinceridad y honestidad. Por el otro lado, el odio que engendró el gobierno de Allende persiste, quizás más fuerte que antes. Se introdujo tan adentro que veo su término mucho más lejano que el fin de los problemas económicos o el desvanecimiento del enfermizo interés por Chile en el extranjero. Cierto que los marxistas eran todos asesinos en potencia. Unos porque su tesis insistía en la revolución sangrienta para llegar al poder. Los otros porque sabiendo el cráter encendido al que se dirigía el país, dejaron que las cosas siguieran su rumbo hacia el desastre. Pero ahora veo con horror que los civiles hablan con una superficialidad aterradora, diciendo que dieron muerte a muy pocos... Que habrá que matar unos dos millones... y cuando digo (ya no me atrevo a hacerlo) que la muerte solo engendra más odio, qué preferible sería encerrarlos por un tiempo en una isla o un desierto y ponerlos a

trabajar para que esa isla y ese desierto den frutos; o cuando digo que hermanos, madres, novios e hijos de los que hoy mueren jamás van a perdonar a los militares, recibo como contestación: —"¿Qué te pasa? ¿Acaso te estás poniendo marxista?". Frases que me repiten los mismos amigos y conocidos que antes, al comienzo de Allende, al advertirles lo que es el marxismo, me catalogaban de *momia que ve marxistas debajo de las camas*. No entienden que el que ahora no les desee la muerte es porque significaría que soy igual a ellos... Simplemente no lo puedo resistir, me angustia horrores. Creo en la Junta. O, al menos, veo que se estaban jugando y sacrificando por entero para levantar esta papa caliente que les lanzaron encima con la misma puntería con que la Fuerza Aérea lanzó los *rockets* sobre La Moneda».

Volviendo atrás, poco después de mi llegada a Chile me telefonearon Anthony y Antonia Walters para invitarme a su casa a conocer al equipo de la *BBC* que llegaba al día siguiente a Santiago. Finalidad: entrevistar y filmar a los ministros de Allende que permanecían presos en la isla Dawson. Además, para mi dicha, vino con ellos Loreto Herman, en calidad de intérprete. ¿Podía decirle a Tony que no iría? Jamás.

No habían otros invitados, tornándose el encuentro en un ameno intercambio de noticias sobre Inglaterra y uno que otro dato sobre el bombardeo a La Moneda y la personalidad de los ministros de Allende. De todos, a los únicos que yo había conocido eran Tohá, apenas, y a Letelier desde que era un lolo de 14 años tan habiloso como simpático. La Loreto, siempre espléndida, cariñosa y llena de ideas, dijo: —«Nena, ¿por qué no vienes con nosotros a Dawson? Podrías escribir un lindo artículo para Estados Unidos...». Los *BBC* aprobaron la idea y llegado el momento volé con ellos y su extenso

equipo televisivo a Punta Arenas. No me fue posible conseguir permiso en Santiago para atravesar a Dawson, pero en el edificio Unctad, recién denominado Diego Portales, me aseguraron que el general Benavides, que estaba a cargo de Magallanes, no tendría ninguna razón para negármelo, ya que yo era corresponsal extranjera. No resultó tan así. El general Benavides estaba rodeado de personas y atosigado de papeles y problemas por solucionar, y de bastante mal genio. Fue terminante en que a él le habían dado una lista de los que atravesarían y yo no figuraba. Además, no conocía ni de nombre la revista *National Review*. Desilusionada, por decir lo menos, me despedí de Loreto, mientras el grupo en coro me decía: —«Not to worry... te contaremos todo». Volví a Santiago esa misma tarde.

A los tres días llegaron de vuelta los *BBC* y Loreto. Nuevamente los Walters organizaron una reunión. Por segunda vez también conmigo, más dos ingleses de la embajada. —«Cuéntame, Loreto, ¿se congelaron de frío? ¿Con qué ministros estuvieron?».

—«Nos tocó un día soleado heladísimo, pero íbamos de parka y de un cuanto hay. Con el primero que hablamos fue con Orlando Letelier, quien permanecía afuera aprovechando el sol. Lo que más querían saber los gringos era cómo había muerto Allende. Le preguntaron a Orlando. Les contestó que hablaran con el doctor Guijón. Eso hicimos y esa entrevista es lo más importante de la filmación».

—«¿Qué dijo?».

—«Que se había suicidado pegándose un tiro con la metralleta que le había regalado Fidel Castro. Que él había vuelto

atrás después de que Allende los obligó a todos a dejarlo solo y que abrió la puerta justo en el segundo en que Allende apretó el gatillo. Se filmó toda la entrevista».

—«¿Les cupo alguna duda?»

—«Ninguna. Guijón es un médico muy sencillo, quitado de bulla, sin la fanfarronería de algunos otros con que hablamos. Que hablaron, porque yo no hice más que traducir. Qué pena que nada de esto va a transmitirse aquí. Solo en Inglaterra».

—«Qué descanso, Loreto, saber que Allende no fue asesinado por los militares, como la izquierda mundial nos quiere hacer creer».

Esa noche, mirando una fotografía en que Allende aparece en el balcón de La Moneda con Fidel Castro, ambos saludando al pueblo chileno, irónicamente, reflexioné: «Adiós, Allende. ***Thank you...!*** Gracias por haber logrado destruir la hermandad de los chilenos. Gracias por haber, con tan buena puntería, conseguido, como un payaso cualquiera, dejar patas arriba al país...».

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1971 -1972: becada por el Consejo Británico, se licenció en Londres en la Historia de la Arquitectura, Artes Decorativas, Pintura y Escultura. Posteriormente obtuvo su Licencia en Teoría e Historia del Arte en la Universidad de Chile.

1971 -1981: sobre el acontecer chileno fue corresponsal de NATIONAL REVIEW, revista de opinión de Nueva York.

1978 - 1990: Directora del Museo Nacional de Bellas Artes. Como miembro de AICA, Asociación Internacional de Críticos de Arte, participó en diversas jornadas Internacionales y, como jurado, en concursos nacionales e internacionales de las Artes Visuales. En calidad de Comisario estuvo a cargo del envío chileno en cuatro Bienales del Arte de Sao Paulo, Brasil.

Cómo profesora de Historia de las Artes Plásticas ha dictado clases particulares y en la Universidad Adolfo Ibañez; y es autora de los libros Museo Nacional de Bellas Artes y La Mujer Chilena en el Arte.



FOTOGRAFIA: DAVID COLLEDGE

Sencillo y sin complicaciones como era el comandante Pepe, aquel mirista que comandaba la revolución desde Temuco a Osorno, mi cuento del tío lo tranquilizó y la pregunta clave que le hice me la respondió con la más entera y cándida sinceridad; "¿Cual es el plan de fondo de Uds. a corto, mediano o largo plazo?".

- "Tomarnos los campos y los pueblos del sur, violentamente si es necesario, mientras en Santiago el MIR se toma la ciudad y bajan a unirse con nosotros a medio camino...".

- "¿O sea, la meta es "tomarse" todo Chile violentamente? ¿No les importa si muere gente?".

- "Claro que violentamente. Tiene que morir un millón de chilenos para que el pueblo se compenetre de la revolución y ésta se convierta en realidad. Con menos muertos no va a resultar".


9 789568 433246

Editorial Maye Ltda.